





Part of the 22



EL PEQUEÑO

GRANDISSON.

ET PEQUEÑO

GRANDISSON.

P-6601

EL PEQUEÑO

GRANDISSON,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D.<sup>A</sup> SEGUNDA MARTINEZ  
DE ROBLES.



MADRID:

OFICINA DE LOS HEREDEROS DE D. FRANCISCO DÁVILA.

1834.

PM 447  
R. 597

EL PEQUEÑO

100-100

GRANDISSON

TRADUCCION DEL FRANCÉS

POR

D. SECUNDA MARTINEZ  
DE ROBLES.



MADRID:

OFICINA DE LOS HEREDEROS DE D. FRANCISCO D'AVILA.

1834



## PROLOGO

# DE LA TRADUCTORA.

**L**os principios de educacion recibidos en la niñez forman y determinan la carrera de la vida , obrando con tanta fuerza en lo sucesivo que pueden compararse á la misma naturaleza é influyen esencialmente en la felicidad ó desgracia de los hombres. La mayor parte de los sucesos que marcan nuestra existencia sobre la tierra, si tratamos de examinarlos á sangre fria , son consecuencias inevitables de nuestro modo de obrar; y de consiguiente producto de nuestra educacion. Y cuando la pureza y la uniformidad de estos principios llegan á generalizarse en una nacion , forman una fuerza moral irresistible y nunca sojuzgada. Tamaña trascendencia merece una atencion extraordinaria, una moral sana y sencilla , conocimientos exactos de nuestros deberes y obligaciones, respecto de los demas hombres, ideas de sensibilidad y humanidad: he

aquí las bases de la educación, cuyos principios no solo hacen la felicidad de los hijos que tienen la dicha de recibirlos, sino la de los padres, que gozan la de inculcarlos.

El pequeño Grandisson reúne estas ventajas, tanto mas apreciables cuanto que están comprobadas con una concisión y claridad verdaderamente originales. Penetrado el autor de que habla con niños, no olvida un momento esta circunstancia, y sostiene hasta el fin el estilo conveniente en un lenguaje sumamente sencillo y comprensible, empleando en vez de estériles discursos y afectadas arengas ejemplos de virtud, amenizados con brevísimas é interesantes relaciones. La aridez de los preceptos contribuye á que se comprendan poco y se olvidan presto en tan tierna edad; pero el cumplimiento de aquellos por otros niños que han sido felices y vivido tranquilos y contentos con su observancia, les quita toda duda de que son fácilmente practicables, de modo que no habrá niño que al leer esta obrita no desee llamarse Carlos, é imitarle.



EL PEQUEÑO  
GRANDISSON.  
LIBRO PRIMERO.



CARTA PRIMERA.

GUILLERMO D. <sup>000</sup> A SU MADRE:

*Lóndres 17 de abril.*

**M**i querida mamá: V. me permite que la escriba. ¡Qué consuelo para mi corazón! ¡Ah! es preciso que no sea V. perezosa en contestarme, pues que es la única satisfacción que tengo desde que estoy separado de V.

Llegué á Lóndres sin novedad alguna: sin embargo, aseguro á V. que estoy triste, y muy triste. Dirá V. que es una niñada; pero yo no he hecho otra cosa que llorar todo el camino, al recordar el último beso que V. me dió: vamos; no la

no volveré hablar á V. mas de esto. Sé quanto me ama y no quiero afligirla.

Esta ciudad es preciosa, y sumamente poblada. No tenemos en Holanda una que sea la mitad de grande, me gusta sobremanera, pero no encuentro aqui á mi mamá. ¡Ah! este es el mal.

V. tenia razon en alabarme á su amiga madama de Grandisson: es tan amable y buena, que es preciso quererla desde el momento que se la ve. A mi llegada me abrazó con la mayor ternura; de la misma manera que V. lo hacia cuando se hallaba satisfecha de mi modo de obrar. ¡Y Mr. Grandisson! no puedo decir á V. cómo se hace estimar. Quiero me sirva de modelo para cuando yo sea grande, y estoy seguro de lograr el cariño de todo el mundo procediendo como él. Mi papá debia ser lo mismo, pues que V. me ha contado varias veces que era bello sugeto. ¡Ah, si viviese yo seria dichoso! haria como el pequeño Grandisson, le obedeceria hasta en la mas mínima cosa: le amaría con todo mi corazon, sin que por esto dejase de querer á V. lo mismo; pero el cielo no lo ha permitido, y si me ha dejado una mamá tan buena como V. lo es, en fin no tengo porque quejarme, hay muchos hijos que no disfrutan esta dicha. Todos los dias doy gracias á Dios de esta felicidad: suplicándole conserve á V. A Dios mi querida mamá, á Dios mi hermanita. Remito á las dos mil besos, deseándolas toda felicidad. Piense V. un poco en mí, pues yo pienso siempre en

V. ¡Oh! ¡cuándo podré ver á V. y abrazarla, qué largo me vá á parecer este año! El tiempo pasaba con velocidad cuando estabamos juntos.

MADAMA D.\*\*\* A SU HIJO.

*Amsterdam 28 de abril.*

Tu carta me ha llenado de placer, mi querido hijo. La tristeza que has experimentado al separarnos, me dá á conocer que tienes un corazón sensible. Un hijo que se aleja de su mamá sin sentimiento, no puede amarla, sin embargo, es necesario escuchar la razón. No podemos estar juntos siempre, y abandonarse debilmente al dolor es una cobardía. Aprende á contrarestar con ánimo los acaecimientos de esta vida. Lo que parece mas feliz, está mezclado de mil penas, que es preciso acostumbrarse desde la niñez á saber soportar. Cuando te halles triste por no estar á mi lado, piensa con qué placer nos veremos de aquí á un año, y esta idea te servirá de consuelo. Mientras tanto nos escribiremos cuantas veces sea posible: escribir es casi como hablarse. Ahora conocerás lo bien que has hecho en aplicarte. ¿Qué te habria sucedido si hubieses descuidado tus lecciones? Estamos separados y nada podriamos saber el uno del otro.

¿Conoces que Mr. Grandisson es un hombre apreciable y quieres tomarlo por modelo? tú me

encantas con esta idea, mi querido hijo. Esta elección es en tí un principio de virtud. Sí, tu padre era como él, y yo estoy segura que sabras hacerte digno de llamarte su hijo, este es el único consuelo que me resta despues de haberle perdido.

A Dios, mi querido Guillermo, abraza en mi nombre á madama Grandisson, y particípame todas tus ocupaciones y juegos; pero escribeme siempre como si me hablases. Las cartas deben ser sencillas, naturales y sin afectacion. Tu hermanita me pregunta cien veces al dia si he tenido noticias tuyas echándome en cara que no sé jugar con ella tambien como tú lo hacias.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*Lóndres 18 de mayo.*

Un millon de gracias, mi querida mamá, por tu bondad en escribirme. Inmediatamente presenté la carta de V. á madama Grandisson. ¡Qué excelente mamá tienes! Me ha dicho despues de haberla leído. Sí señora, la respondí; mamá es otra V., y entonces me abrazó. Escucha, amiguito, me dijo, pues que te permite escribirla, previniéndote la des cuenta de cuanto te ocurre, no debes hechar nada en olvido. Hablale de tus estudios, de tus diversiones, y cuéntale tambien tus juegos con mis hijos. Esto podrá servirla de consuelo en tu ausencia. Pero señora, la contesté, mamá me ha

prohibido el hablarla de lo que pasa en casa de otro, y seguramente no querrá que yo la diga mas de lo que á mí pertenece. Bien, me ha respondido, te permito le des parte de cuanto pasa en mi casa: no tengo mejor amiga que tu mamá; ni tendria inconveniente en confiarla todos mis secretos; por lo que te encargo mi confianza. ¡Oh mamá: cuánto placer he tenido con este permiso! ¡cuántas cosas tengo que referir á V. de mi amigo Cárlo! De este será de quien la hablaré muchas veces. Ignora V. su talento, su juicio, sentimientos y bondad: siempre estamos juntos. Cada dia le amo un poco mas que el anterior. Su hermano Eduardo, que tiene dos años mas que él, no es ni con mucho tan amable. ¡Pero la pequeña Emilia, su hermanita, es sumamente graciosa!

Madama Grandisson acaba de escribir á V. y me pide mi carta para incluirla en la suya. Estoy incomodado por no poder hablar mas con V.: me parece que jamas me cansaria de escribirla: siento tanta pena al dejar la pluma, como alegría al tomarla. A Dios, mi querida mamá, cuidese V. mucho y continúe comunicándome sus sabias lecciones, y así llegaré á ser tan amable como mi amigo Cárlo.

Abrazo tiernamente á mi hermanita, y me sirve de disgusto no poder jugar con ella, pues que hecha de menos lo bien que yo sabia desempeñarlo.

MADAMA D.\*\*\* A SU HIJO.

*Amsterdam 18 de mayo.*

Te doy la enhorabuena, mi querido hijo, por tener un amigo tal como Cárlos. Algunos de mis conocimientos que le han visto en casa de sus padres, me hablan de él como de un niño el mas interesante. Conocerás por esto la ventaja que ofrece conducirse bien y llenar sus deberes; haciéndose uno amar de todo el mundo. Eduardo desde sus primeros años ha demostrado un caracter áspero é indocil: pero mi querido amigo debes conocer sus defectos para no caer en ellos sin dar entrada en tu corazón al mas pequeño aborrecimiento contra él. Eduardo es niño y puede corregirse, y hasta que llegue este dichoso cambio es digno de compasion.

- Se deja conocer en la carta de madama Grandisson que te honra con su amistad; tú debes esforzarte á merecerla en todos sentidos. Debes conocer cuán sensible seria á mi corazón que tuviese que reprenderte: pero no, te conozco y no querrás dejar de ser el querido de tu mamá. A Dios mi querido hijo.



GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*Lóndres 27 de mayo.*

Cárlos escribe á V., mamá, Cárlos escribe á V. su carta, vá dentro de la mia. ¡Qué hermosa letra, qué gracioso modo de explicarse! Pero esté V. tranquila, pues en mí consiste hacerlo tambien como él. No tengo mas que doce años y él trece, en un año puedo yo adelantar mucho. Nada faltaria á mi felicidad si V. estuviese aquí para ver cuán dichoso soy. Todos nuestros estudios son otros tantos placeres: aprendemos el dibujo, el baile, la música y damos todos los dias nuestros paseos por el campo para conocer las plantas. Mr. Bartlet, que es un sabio, viene todas las semanas dos ó tres veces á vernos y aprendemos mucho con su conversacion. Conozcô cada dia mas y mas cuán triste es vivir en la ignorancia. ¡Es tan ventajoso cultivar uno sus talentos! La dificultad está en saber adoptar el medio para que el estudio divierta al mismo tiempo que instruya. No crea V. que yo pierda el tiempo aquí, tengo un buen modelo en mi amigo Cárlos. Reina entre nosotros una emulacion sin que por ella pierda nuestra amistad; al contrario, parece que nos amamos mas. Ceso de escribir á V. porque me llaman para desayunarme. ¡Vuela pues carta mia, y dí á mi mamá que la amo con todo mi corazon; dila tambien que la abrazo mil y mil veces.

Aprovecho el poco de papel que me queda para decir á mi hermanita cuántos cariños ella quiera.

CÁRLOS GRANDISSON Á MADAMA D.\*\*\*

*Lóndres 27 de mayo.*

Nos ha hecho V. un grande favor con mandarnos su hijo. Es un amigo que V. me ha dado para toda mi vida. ¡Con cuánto placer y ternura habla de V.! Tambien me cuenta la muerte de su papá, cuando la describe me hace llorar amargamente. ¡Qué dichoso eres, me decia ayer tarde, de tener todavía papá! ¡Un niño es bien desdichado luego que se halla sin él! ¡Ah se pierde su mas querido protector y su mejor amigo! ¡No sé como hay hijos que desobedezcan á sus padres, y que los aflijan con sus vicios! ¡Ah! si yo hubiese causado á mi papá el menor sentimiento no habia para mí un momento de dicha. Pero tú todavía tienes una mamá, le respondí. Sí, me replicó, tengo una mamá que me quiere tan tiernamente como yo la amo; su cuidado por mí se ha doblado despues de la muerte de mi papá, y es preciso que yo redoble mi respeto y amor á ella. ¡Por qué no soy yo ya grande? compartiria sus trabajos y la ayudaria á soportar sus incomodidades. Si, mientras que yo viva quiero probarla por mi cariño que no soy indigno del suyo. Tanto me enterneció que no pude responderle sino abrazándole con el ma-

yor cariño. ¡Ah, señora, el que sabe honrar á sus padres debe ser un amigo muy fiel!

No puedo decir á V. cuánto se aplica al desempeño de sus deberes. Mr. Bartlet se admira de sus progresos diarios. No crea V. que estamos siempre estudiando, nos divertimos; y nuestros juegos nos son mas gratos despues del trabajo. Corremos en el campo, jugamos á los bolos, y practicamos todos los juegos que exigen ligereza y movimiento. Nuestras lecciones, nuestros ejercicios y juegos tienen sus horas marcadas; y puedo asegurar á V. que cada una de ellas la desempeñamos bien.

¿Qué debe V. pensar, señora, sobre la libertad que me tomo de escribirla tan larga carta? pero V. me perdonará sin duda, hablándola de lo que mas quiere. Todo lo que á él toca debe causarla complacencia, pero no quiero abusar de ella. Suplico á V. disculpe mi charlatanería, en consideracion á la amistad que profeso á sus hijos y al profundo respeto con que besa los pies de V.

*Cárlos Grandisson.*

MADAMA D.\*\*\* Á SU HIJO.

*Amsterdam 4 de junio.*

Te incluyo la respuesta á la primera carta que he recibido de tu amigo Cárlos. Estoy fuera de mí

por lo que me dice de tus sentimientos hacia mí. Consérvamelos siempre, mi querido hijo, y tu mamá será feliz.

Tengo que comunicarte una triste noticia; el jóven Etampes á quien tú conocias acaba de ser preso: su pasion por el juego le ha perdido y ha arruinado á sus padres. No habia mucho tiempo que habian pagado una suma considerable, bajo la condicion de que no jugaria mas: no por esto se enmendó y sus pérdidas han sido enormes. Sus padres carecen de medios para cubrir las deudas de su hijo, y sacarle de la prision, á menos de quedar en la miseria. ¡Qué desgraciado jóven! no ignoras qué amable seria sin esta terrible pasion que le dominaba. Al principio se le tenia lástima y en la actualidad se le desprecia. Hijo mio, ten siempre presente este ejemplo para que te guardes de un vicio que causa tantos males.

Madama de Grandisson me ha escrito diciéndome que tú participas de las lecciones de sus hijos. ¡Con qué bondad suple esta familia los gastos que tu mamá no podia hacer para que adquirieses los conocimientos necesarios segun tu clase! Sé agradecido á tus bienhechores, y piensa sin cesar que te hallas en obligacion de aprovechar tus buenas disposiciones: tu aplicacion es el único medio de corresponder. No pierdas momento, el tiempo que pasa no vuelve mas. Será para mí de la mayor satisfaccion ver que tu talento se desenvuelve y que mi hijo adquiere los mayores conocimientos.

¡Qué gusto no encontraré en su conversacion! Esta esperanza es por sí sola suficiente á endulzar el dolor de nuestra separacion que sirva igualmente para sostener tu ánimo. Si, hijo mio, te he dicho ya que el cielo no nos ha destinado para vivir siempre juntos. Pero nada puede impedir que nos amemos, ni aun cuando estuviésemos separados por mayor distancia. A Dios, mi querido hijo, cumple con tus deberes sin abandonar tus juegos: no puedo ser dichosa sin tu felicidad.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

Lóndres 12 de junio.

Mamá, mañana vamos al campo, ¡cómo me voy á divertir! Carlos ha empaquetado muchos libros para llevarlos con nosotros, y no hemos olvidado nuestros lapiceros. Todos los alrededores, dicen que están llenos de paisages encantadores, y nos ejercitaremos en trasladarlos al papel. La pequeña Emilia lleva tambien su tambor de bordar, para imitar con su aguja las mas bellas flores: aunque no tiene mas que doce años es sumamente diestra. Ella es quien hace la mayor parte de sus ramos, y todos tres estamos sumamente contentes; Eduardo solo está incomodado: le tengo lástima porque esto me dá á conocer que no gustá del aire del campo. Me hallé presente á una conversacion que tuvo con sus hermanos, y la voy á referir á V. palabra por palabra

*Emilia.* ¿Sabeis que nuestro amigo Bartlet, viene con nosotros al campo?

*Cárlos.* Sí, mi querida Emilia, y estoy muy contento.

*Eduardo.* Pues yo no.

*Cárlos.* ¿Y por qué no?

*Eduardo.* Porque siempre encuentra en mí que reprehender.

*Cárlos.* Pues bien, sus reprensiones te ayudarán á corregirte. Me parece que los que tienen la bondad de advertirnos nuestros defectos son nuestros mejores amigos: yo los estimo mucho mas que á los que nos adulan.

*Cárlos* tiene razon, ¿es verdad mi querida mamá?

*Eduardo.* Pensaba á lo menos verme por algun tiempo libre del maldito latin: pero no, veo que será preciso hacer todos los dias nuestra traduccion como en la ciudad.

*Cárlos.* Así lo espero, y no encuentro nada difícil estando en nuestra compañía Mr. Bartlet, que ademas se propone enseñarnos á conocer todas las plantas y yerbas del campo, ¡ah! esto será un placer.

*Eduardo.* ¿Sí, un placer ir á buscar yerbas con las narices contra tierra como un carnero!

*Cárlos.* Pero, mi querido Eduardo, creo que no has hecho todavía la maleta?

*Eduardo.* Ya me la hará un criado.

*Emilia.* Los criados están muy ocupados.

*Eduardo.* Qué importa, que se acuesten una hora despues.

*Emilia.* ¡Pobres gentes, despues de estar todo el dia trabajando ¡quieres que pierdan una hora de sueño?

*Edardo.* Vea V. qué gran mal.

*Emilia.* Podrias ahorrarles este trabajo haciéndola tú mismo. Mejor seria esto que divertirte en hacer rabiar á tu perro.

*Eduardo.* Mi perro me pertenece y puedo hacer lo que quiera.

*Emilia.* Sí, pero los criados no te pertenecen.

*Eduardo.* Escuche V. señorita, no tengo necesidad de sus lecciones; guárdese las para sí.

La disputa se iba acalorando y Carlos los cogió por las manos diciéndoles; vamos, amiguitos míos, abrazense ustedes. Las cuestiones entre hermanos son siempre malas. Supuesto, Eduardo, que tú quieres estar aqui para divertirte, dame la llave te haré tu maleta, mientras que los criados comen.

Carlos es un buen hermano, exclamó Emilia, le amo con todo mi corazon.

¡O mainá que diferencia de uno á otro! cuán amables cualidades son la afabilidad y complacencia: pero á Dios, que es preciso concluir. Tendré cuidado de escribir á V. así que llegemos al campo. Porque no es V. de la partida con mi querida hermanita.

## GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

15 dz junio.

Llegamos en fin, mi querida mamá; ¡Qué preciosa casa de campo! Por todas partes está rodeada de hermosos paseos: el parque es dilatado, y desde mi ventana descubro un paisaje que se pierde de vista. Los jardines están cuidados con tanto esmero que embelesan. Carlos tiene uno que le pertenece, adonde puede sembrar y plantar todo lo que quiera; inmediatamente que llegamos fue á verle. ¿Sabe V. qué ha hecho? es imposible ser mas noble y generoso. Ha dado al jardinero cuatro duros por el cuidado que ha tenido de su jardinito. Podia seguramente no darle esta gratificación, mediante á que su papá paga muy bien al jardinero, pero es un hombre que tiene seis hijos, todos pequeños; es pobre, y Carlos generoso. Me parece que ha hecho bien, sin embargo á Eduardo le ha parecido muy mal. Referiré á V. lo que ha pasado entre los dos.

Eduardo, que estaba cerca de mí, vió los cuatro duros en la mano del jardinero, y en seguida marchó hácia su hermano.

*Eduardo.* ¿Estás loco para haber dado tanto dinero á ese hombre? papá le paga su trabajo.

*Cárlos.* Es cierto, pero como mi jardinito está tambien cultivado merece una recompensa. Por



otra parte, ese hombre es un pobre y tiene muchos hijos, y es necesario compadecerse de los desgraciados.

*Eduardo.* En hora buena, mas no era preciso darle mas que merece.

*Carlos.* ¡Ah, mi querido hermano! si papá no nos diese mas que lo que merecemos seria muy poco.

*Eduardo.* ¿Pues qué tendrás atrevimiento para decirle lo que has hecho?

*Carlos.* Sin duda yo confio no hacer nunca mas que lo que pueda decirle.

*Eduardo.* Papá te reprenderá; te lo aseguro.

*Carlos.* Yo te digo que no me reprenderá. Le he visto muchas veces darle él mismo algun dinero al jardinero cuando está contento de su trabajo.

*Eduardo.* Pero papá da su dinero, y el que tú das no te pertenece.

*Carlos.* Perdona, mi querido hermano, el dinero que he dado al jardinero era mio; es el fruto de mis economias, y me está permitido disponer de él, no podia haberlo empleado mejor.

*Eduardo.* ¿No hubiera sido mas justo comprar cohetes y petardos y dar un pequeño fuego artificial á mamá en obsequio de nuestra llegada?

*Carlos.* Mamá no necesita de estas esterioridades para estar convencida de nuestro afecto y cariño: ademas los cohetes no durarán mas que un momento, ¿y á qué viene este ruido? Por otra parte, semejantes fiestas pueden causar incendios: no,

no, mi dinero no podia haberse empleado con mas utilidad. El jardinero comprará zapatos á sus hijos, y los pobrecitos no se hallarán precisados á andar descalzos sobre las piedras y espinas.

*Eduardo.* Con risa burlona. ¿Qué nos importa que los hijos del jardinero tengan ó no zapatos? á nosotros nada nos toca.

*Carlos.* Pero á ellos sí: el cielo nos guarde de no pensar mas que en nuestras necesidades, sin ocuparnos en las de los otros. ¡Ah mi querido Eduardo, tengamos piedad de los pobres ellos son hombres como nosotros.

Eduardo no tuvo que replicar, y nos dejó bruscamente para ir á atormentar un gato que vió durmiendo sobre un banco de cesp ed.

¿Qué dice V. de esto mamá? Me avergüenzo por lo que respecta á Eduardo, y amo cada vez mas á Carlos. Madama Grandisson tendrá mas placer en oir la generosidad de su hijo, que en ver todos los cohetes del mundo. ¿Qué mayor satisfaccion que socorrer á un hombre que tiene necesidad de uno. A Dios querida mamá; me llaman para dar un paseo. ¿Con qué impaciencia espero sus cartas! ¿Cuándo las recibiré de mi hermanita?

MADAMA D.<sup>na</sup> A SU HIJO.

*Amsterdam 20 de junio.*

Hetenido el mayor placer, mi querido hijo, en recibir tu última carta. Tienes razon en preferir el modo de pensar de Carlos al de Eduardo. Cómo su corazón debe estar satisfecho al ver la alegría del honrado jardinero! Este placer se renovará todas las veces que él vea con zapatos á sus pobres hijos. El mejor medio de merecer las riquezas es el hacer con ellas seres felices.

Madama de Grandisson me acaba de mandarte tus dibujos. Estoy contenta al ver que aprovechas las lecciones que te dan. Si la fortuna te negase sus favores, la pintura es una profesion tan honorífica, que el hijo de un coronel no debe tenerla á menos: por otra parte es una diversion que impidiendo la ociosidad te libertará de todos los vicios á que ella arrastra. La práctica de las bellas artes es la mas segura salvaguardia de la juventud contra las pasiones.

El deseo que manifiestas de tener carta de tu hermanita, me ha dado margen á hacer una porcion de reflexiones. ¡Oh mamá, me decia ayer por la tarde, qué cosa tan bonita es saber escribir! Cuando V. me lee las cartas de mi hermanito, parece que está aqui y que nos habla. Ruego á V. mamá que me ponga un maestro á fin de poder escribir á mi

hermano, que será como si le hablase y estuviese á su lado. Me ha instado tanto que la he prometido ponerle maestro el mes que viene. Está fuera de sí, me ha abrazado diciéndome yo seré aplicada: quiero hacerme acreedora al favor que V. me dispensa. ¿Qué podré yo hacer para tener á V. contenta? Tú no debes hacer mas que aprender, hija mia, la he contestado. Pero aprender mamá, no es cosa para V. sino para mí. Esto me interesa tanto cónti la he respondido, y ¿la dicha de mis hijos, no es la mia? ¡Oh mamá, me ha contestado en seguida, ¿cuándo podré yo hacer alguna cosa que sea para V. sola! ¿Y bien, mi querido hijo, no es esto demasiado para una niña de seis años? La he abrazado estrechándola sobre mi corazón, igualmente te abrazo con el mismo cariño.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

27 de junio.

¡Ah mamá, acaba de suceder una gran desgracia! Eduardo ha caído en un canal: está muy malo; Madama Grandisson se halla también enferma, y todos estamos llenos de tristeza. Va V. á ver como Eduardo sufre por su culpa, y es dichoso en haber escapado del peligro: sino hubiera sido socorrido á tiempo se habria ahogado sin duda. Esto sucedió ayer despues de comer.

No habia sabido sus lecciones, y Mr. Grandis-

són le previno no saliese de su cuarto hasta aprenderlas. Desobedeció la orden de su papá, y bajó de su aposento para encontrarnos. Contaré á V. exactamente cómo pasó. Habíamos salido hacia un cuarto de hora con el objeto de beber leche caliente en una pequeña hacienda no muy lejos de la casa de campo. A poco rato oímos gritar á Eduardo, que corría hácia nosotros casi sin aliento. Nos detuvimos á esperarle creyendo se le habia permitido venir con nosotros, llegó y seguimos marchando. A pocos pasos encontramos un muchacho que empujaba un carretoncillo, en el que llevaba un pequeño tonel de vinagre, quiso apartarse para dejarnos el paso libre, y metiendo el carretoncillo en una rodada cayó con el tonel en tierra: el pobre muchacho se encontró en un compromiso, porque él solo no era capaz de volver á poner el tonel sobre el carreton, y no habia ninguna persona por allí que pudiese ayudarle. El buen Carlos corrió hácia él: vamos Guillermo, vamos Eduardo, gritó, es preciso ayudar á este muchacho: entre los cuatro tendremos bastante fuerza para colocar el tonel. En efecto, dijo Eduardo, nos conviene ocuparnos en estas cosas. ¿Por qué no? respondió Carlos, nunca parece mal hacer una buena accion; tú puedes estarte quieto: veamos entre los tres si tenemos bastante fuerza. Pusimos manos á la obra, y en un momento levantamos el carretoncillo poniendo el tonel encima, mientras que Eduardo cantaba y se burlaba de nosotros. El muchacho, muy contento

nos dió las gracias siguiendo su camino. Vaya Carlos, dijo Eduardo, que es una cosa maravillosa; creo que tú serás un valiente vinagrero. Carlos le respondió riendo, si alguna vez lo soy y tengo la desgracia de volcar mi tonel, me alegraré hallar alguno que tenga la bondad de socorrerme. Sí, respondió Eduardo, ríete: ¿qué dirá papá cuando sepa lo que acabas de hacer? Querrá mas á su hijo, contestó Emilia; papá es tan bueno que en lugar de Carlos hubiera hecho lo mismo. Va, dijo Eduardo me avergonzais entre los dos. ¿Es decoroso á nuestra clase tomar parte en los negocios del populacho? Si tiene necesidad alguna vez de nosotros, respondió Carlos, mas á menudo necesitamos nosotros de él. Hemos socorrido á ese muchacho, ¿quién sabe si nosotros necesitaremos algun dia de su auxilio?

V. verá mamá como Carlos tenia razon. A penas llegamos á la pequeña hacienda, cuando Eduardo nos propuso hacer una corta navegacion en un barquichuelo que se hallaba á la orilla de un canal. Emilia y Carlos no consintieron, manifestándole que su papá se lo habia prohibido espresamente. Bueno, dijo Eduardo, papá no sabrá nada. Pero Eduardo, contestó Carlos, no debemos hacer nada, que papá no deba saber. En hora buena, dijo Eduardo, en este caso voy á dar un paseo por la pradera, porque yo no me divierto aqui. Creimos en efecto que este era su desigñio; ¿pero lo querrá V. creer mamá? En lugar de ir como dijo á la

pradera, volvió por detras de la casa y se metió en el barquichuelo. Como á una media hora despues oimos gëitar, ¡ socorro ! ¡ socorro ! Corrimos con el colono y su hijo. ¡ Pero cuál fue nuestra consternacion al ver el barquichuelo teastornado y el desgraçado Eduardo debajo del agua ! Un muchacho estaba cerca de él teniéndole asido por el cuello de su vestido ; pero sin tener bastante fuerza para sacarle , gritaba pidiendo socorro. El colono se arrojó al canal y logró sacarle del agua con ayuda del muchacho ; pero Eduardo salió sin conocimiento y sin moverse. Emilia daba gritos lastimosos , y yo estaba tan asustado que nada podia decir. Carlos solo se hallaba tranquilo y conservaba toda su presencia de espíritu. Dispuso desde luego llevaria su hermano á la casa del colono , para hacerle volver en sí. Despues rogó á su hermano se aquietase , á fin de que sus gritos no llegasen á oídos de sus padres. Yo voy á buscarles , añadió , para prevenirles con cuidado la desgracia que acaba de suceder : tened cuidado de mi hermano. ¿ No se admira V. , querida mamá , de prevenciones tan sabias y tiernas ? Pero cuál fue el sobresalto de sus padres al oír el suceso ! Madama de Grandisson se desmayò , y Mr. Grandisson despues de haber dado las órdenes para socorrerle corrió hácia su hijo. A pesar de la firmeza de Mr. Grandisson no pudo contener sus lágrimas. ¡ Oh cuán grande es el amor de un padre á sus hijos ! Todas sus faltas las olvida cuando la ve en peligro. A fuerza de cuidado hicieron volver

á Eduardo, pero permanece en la cama. Está bien castigado de su desobediencia: ha estado cerca de perder la vida y de dar la muerte á sus padres. Esta es una buena leccion á fin de ser siempre sumiso y dócil á los mandatos paternos. A Dios, mi querida mamá, daré á V. pronto noticia de todo. ¡ Cuántas cosas tendria que decir á mi querida hermanita por la tierna escena que ha tenido con V. ! Asi lo haré cuando ella sepa escribir.

Y **GUILLERMO D. . . . Á SU MADRE.**

*2 de julio.*

Madama Grandisson está mucho mejor, mamá. Eduardo se restablecerá pronto, y confio que esta aventura le hará mas cuerdo. En mi última carta dije á V. que un muchacho salvó á Eduardo, sosteniéndole por su vestido. Pues bien; se me pasó decir á V. que este muchacho era el vinagrero á quien habiamos ayudado á poner su tonel sobre el carretoncito. Carlos dijo muy bien: en este mundo necesitamos unos de otros sin saber como. Esto mismo sucedió á Eduardo, porque si nosotros no hubiesemos socorrido al muchacho, se habria visto precisado á permanecer en el camino al lado de su tonel, y de consiguiente no habria llegado á tiempo de ver la desgracia de Eduardo, para arrojarle al agua sosteniéndole y gritando á su socorro. Referiré á V. una conversacion que con



este objeto tuvimos ayer despues de comer con Mr. Grandisson, en la habitacion del enfermo. Aprecio la bondad que ustedes tienen de venir hacerme compañía; dijo Eduardo al vernos entrar.

*Cárlos.* ¿No harías tú lo mismo si estuviésemos enfermos?

*Eduardo.* Puede ser que Guillermo tuviese mas placer en pasear.

*Guillermo.* Te aseguro que no, Eduardo. Es para mí una satisfaccion acompañarte y ver que te encuentras mejor.

*Emilia.* Sobre todo cuando pensamos que pudimos haberte perdido.

*Eduardo.* Es cierto: á no ser por aquel valiente muchacho no habia remedio para mí.

*Mr. Grandisson.* Me alegro, hijo mio, que esta reflexion ocupe tu imaginacion. Conoces en la actualidad, como decia Cárlos, que jamás puede uno saber si tendrá ó no necesidad de cualquiera persona, que se encuentra en el caso de necesitar de nosotros.

*Eduardo.* Tiene V. razon papá; tengo un particular sentimiento de no haber ayudado á aquel muchacho, que despues me prestó tan gran servicio.

*Mr. Grandisson.* Me complace que reconozcas lo mal que hiciste. Debes acordarte continuamente de tu libertador, con la idea de que quizá llegará dia en que tú puedas hacerle otro servicio. Mientras que esto sucede, puedes llenar en alguna manera tu obligacion, socorriendo todos aquellos que veas necesitan de tí. Tambien puedes sacar de

tu desgracia una leccion sumamente útil, y es que jamás se deben despreciar los que son menos que nosotros. ¿En lugar del jóven vinagrero, qué hubiera hecho un señorito? Se hubiera contentado con llamar á tu socorro sin egecutarlo él mismo, y hubiera habido tiempo para que perezieses á su vista, antes que atreverse á arrojarse al canal. Al contrario el muchacho, mas valiente y compasivo, se precipitó al agua trás de tí, con peligro de su propia vida. Tú acababas de negarle un servicio que no te hubiera costado mas que un pepueño esfuerzo; y á pesar de tu dureza respecto á él, no tuvo miedo en esponer sus dias por salvar los tuyos. ¿Has hecho tú hasta ahora ó harás en toda tu vida, una accion que pueda compararse á la suya? Tus desconsolados padres, tus hermanos, tus amigos le deben un objeto querido que iban á perder. La sociedad le debe uno de sus hijos, que tal vez algun dia trabajará con utilidad por ella. Guardémonos, pues, de despreciar á ninguno de nuestros semejantes, sea cualquiera el estado en que la suerte le haya puesto, pues que los pequeños pueden sernos mas útiles que los grandes. Yo lloraba, mi querida mamá, mientras que Mr. Grandisson discurrió así. Pareciame que todas sus ideas se grabaron en el fondo de mi corazon. Sí, he observado mas de una vez que las gentes del pueblo se prestan mejor á socorrer á uno cuando necesita de ellos: no puede ser malo el que está pronto á socorrer á sus hermanos.

A Dios, mi querida mamá; mañana vamos á comer en casa de la hermana de Mr. Grandisson que se halla á algunas millas de aquí. Debemos acostarnos temprano para levantarnos al amanecer, y por eso no soy mas estenso. Como Eduardo no puede venir, se halla tan enfadado que participo de su incomodidad, y vea V. otro castigo de su falta. Daré á V. cuenta de nuestra visita: ruego á V. me escriba, mi querida mamá, hasta tanto que mi apreciable hermanita pueda ser su secretaria.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

5 de julio.

Nos hemos divertido mucho, mi querida mamá, en casa de Lord y Lady Campley. Hubiera deseado que V. hubiese visto cómo mi amigo Carlos se condujo en medio de una numerosa sociedad. Habia entre nosotros otro jóven poco mas ó menos de nuestra edad. ¡Qué diferencia de Carlos á él! Este tenia siempre un aire seco y afectado, no sabia mas que hacer cumplimientos y reverencias; no se atrevia á mirar cara á cara á las personas, como si tuviese vergüenza de alguna mala accion. Carlos al contrario, es cortés con nobleza: se presenta con aire desembarazado al par que modesto: escucha con atencion y habla poco; pero lo que dice está lleuo de gracia y propiedad, y parece que todo el mundo gusta oírle. Distingue á cada uno

segun se lo merece. Respetuoso con sus superiores y personas de mas edad: es político con sus iguales, y afable con sus inferiores; sin parecer cuidadoso tiene las atenciones mas delicadas. Contaré á V. solo un caso: habiamos ido á pasearnos por el jardin; una señorita dejó su sombrero en la casa y á poco tiempo se quejó del ardor del sol. Cárlos lo habia adivinado, y cuando ella se disponia á volver á la casa por su sombrero vimos llegar á Cárlos que le traia. Le pidió permiso para ponerlo, y lo ejecutó con aquella gracia que le es propia. Sí, aseguro á V. que parece en la sôciedad un hombre de treinta años. Despues de comer tocó en el piano una pieza muy difícil, que fué aplaudida de todo el concurso. ¡Oh, si yo llegase á ser tan amable como él, seria dichoso! aunque no fuese, mamá, mas que para complacer á V. Las dos hijas de Lady Campley están perfectamente educadas, y la mayor, que se llama Carlota, canta maravillosamente. Emilia la ama con el mayor cariño, y se han prometido escribirse.

Olvidaba contar á V. lo que nos sucedió en el camino á nuestro regreso. Mr. y Madama Grandisson, con Emilia y una señorita vecina que les acompañaba, iban delante. Mr. Bartlet, Cárlos y yo ibamos en otro carruage. Apenas habiamos andado dos millas encontramos un pobre viejo sentado al pie de un árbol. Cárlos hizo parar el coche y volviéndose á Mr. Bartlet, le dijo, vea V. ese pobre viejo, parece ciego y nadie le acompaña,

¿Qué puede hacer aquí ese desgraciado? ¿Me permite V. vaya á preguntárselo? Con mucho gusto, amigo mio, le respondió el apreciable Mr. Bartlet. Cárlos bajó del coche, y corrió hácia el pobre hombre diciéndole. ¿Quién es V. amigo mio y qué hace tan solo en este sitio estraviado? ¡Ay de mí! respondió el ciego, vivo á mas de dos millas de aquí. Salí esta mañana para venir á pedir limosna á ese pueblo que está... no sé de que lado; y mi conductor, que es un perverso muchacho, no ha querido volverme á conducir, porque no he reunido bastante dinero para pagarle, como regularmente lo hago. No tengo mas esperanza que en el cielo que enviará alguna persona en mi socorro. Pero le dijo Cárlos, el sol acaba de ponerse y será pronto noche. ¿Qué será de V. aquí? Pereceré de miseria, respondió el ciego; no, contestó Cárlos, yo quiero ser ese que V. espera de parte del cielo para salvarle. ¡Oh! Mr. Bartlet, continuó volviéndose hácia nosotros, ¿me negará V. la gracia de salvar á un viejo miserable, un pobre ciego abandonado sin recurso, que vá á perecer si nosotros no tenemos piedad de él? La noche se acerca, ¿qué va á ser de este desgraciado sin nadie que le guie? Su habitacion dista de aquí dos millas; ¿qué nos impide conducirle en nuestro coche? Sí, Cárlos, le respondió Mr. Bartlet, sigue los movimientos de tu generoso corazón. Cárlos no acabó de oír la respuesta, cuando tomando al viejo por la mano le hizo montar en el coche. Otro que mí

amigo hubiera tenido á ménos ir con un hombre tan miserable y andrajoso; pero él, al contrario lo tenía por un honor.

No fue necesario separarnos mucho de nuestro camino para conducir al pobre viejo á su choza. Vi que Cárlos al hacerle bajar del carruage, le puso con disimulo dinero en la mano, separándonos de él despues de haber recibido mil bendiciones. A nuestra llegada todos alabaron este acto de humanidad. Pero dijo Emilia, ese hombre con su larga barba y sus andrajos haria una singular figura en tu coche; Ah mi querida hermanita, yo no pensaba en su mal vestido, respondió Cárlos, sino en la alegría de haber socorrido á un desgraciado! Mr. Grandisson no pudo contener las lágrimas y tendió los brazos á su hijo, que se precipitó en ellos, estrechándole tiernamente sobre su corazón; Oh mamá, el mio estaba lleno de placer á la vista de una escena tan tierna! Me parece que el coche es un carro de triunfo para mi amigo.

GUILLERMO D. Á SU MADRE.

12 de julio.

Doy á V. gracias, mi querida mamá, por su preciosa carta, hacia ya tiempo que V. no me habia escrito, y temia que estuviese incomodada con mi amigo. Sabe V. lo que hago? llevo siempre en el

pecho la última carta que recibí de V., para poder leerla mas francamente y estudiar las lecciones que contiene. Me parece que valgo un poco mas cada vez que la leo.

Ayer fue el cumple años de Madama Grandisson. Carlos se levantó mas temprano, y sus devociones fueron mas largas que lo acostumbrado. Sin duda rogaba al cielo por su querida mamá, como yo lo hago por V. en semejante dia. Estrenó un vestido que le hacia mucha gracia. Es necesario que refiera á V. con anterioridad lo que habia hecho.

Hace cerca de un mes que dieron á Eduardo y á Carlos un vestido nuevo de verano, que ellos mismos habian escogido. Eduardo se lo ponía todos los dias, pero Carlos continuó en ponerse el de el año anterior que estaba todavía muy bueno. Su papá le preguntó la razon por qué no se lo ponía, respondió, que reservaba su traje para una visita de ceremonia. Esta visita debia ser la que hiciese á su mamá el dia de su cumple años. ¡Qué amable es Carlos! ;y con qué propiedad lo hace todo! Emilia habia venido á llamarnos y nos esperaba con impaciencia. Bajamos juntos y encontramos á Mr. y Madama de Grandisson, que estaban desayunándose en la sala. Carlos fue el primero que cumplimentó á su mamá, por sus dias. Se hincó de rodillas y besó con el mayor respeto su mano. Si pudiese acordarme de todo lo que dijo! pero me hallaba sumamente conmovido para po-

der retener sus palabras. La presentó un ramo de flores cultivadas por sus propias manos. Emilia le siguió y dió á su mamá un precioso bolsón que ella misma habia bordado; y como no esperaba este presente, la fue mas agradable. Madama Grandisson tomó á sus dos hijos en los brazos, y los besó con el mayor cariño: en seguida hizo lo mismo con ellos su papá, mientras que yo felicitaba á su mamá lo mejor que me fue posible: á lo menos lo hice con la mayor sinceridad, porque amo verdaderamente á mis dignos bienhechores. Eduardo llegó un momento despues; estoy seguro que ama á su mamá, ¡y quién no la amará! pero por mas que hizo sus expresiones no me causaron tanto placer como las de Cárlos. El uno se expresa con mas agrado que el otro. Emilia recibió un par de brazaletes: Cárlos y Eduardo cada uno una repetición. ¿Creerá V. que la de Eduardo está ya descompuesta? Á mí me regalaron un microscopio. Este instrumento vale para mí mas que otro cualquier dije. Solo la bondad de Madama Grandisson podia haberme juzgado digno de este regalo.

Por la tarde hubo una gran reunion de todas las personas de las inmediatas casas de campo. Cárlos hizo los honores de la mesa; trinchó, y sirvió los licores á las señoras; en una palabra, llenó sus deberes admirablemente.

Vea V. mamá, una carta larga, pero hablo de mi amigo, y es á V. á quien lo hago. Me admiro de concluirlo tan pronto, y no lo haré sin



abrazar tiernamente á mi hermanita, para que ella lo haga á V. en mi nombre.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

15 de julio.

Cada día disfruto aquí nuevos placeres, mi, querida mamá. Su hijo se ha vuelto jardinero. ¿Quieres ayudarme? me dijo el otro día mi amigo Es necesario dar una vuelta al jardín. La estación de las flores ha pasado; quiero plantar ensaladas para regalar á mi mamá lo que resta del Otoño. Sí, yo quiero ayudarte, le respondí. Seguramente que te agradezco la ocasión que me presentas de hacer alguna cosa en tu obsequio. En seguida nos vestimos un saco de lienzo; y véanos V. con el almocafre en la mano. El jardín se limpió aquella misma tarde: recogimos en seguida con cuidado las cebollas de flor y otras plantas, para sembrarlas otra vez antes de nuestra partida. Ayer nos levantamos á las cinco de la mañana, porque en nuestro nuevo oficio no se puede dormir mucho, mediante á que nada puede trasplantarse con el ardor del sol. Esta mañana bien temprano hemos vuelto á emprender la obra, habiendo tenido la satisfacción de concluirla antes de desayunarnos. Esperamos con impaciencia ver nacer las semillas y echar raíces la plantación: mientras tanto nos ocuparemos en destruir las malas yerbas. ¡Qué

placer será ver crecer nuestras plantas! Hasta este momento me habia sucedido como á los demas niños, que ven las producciones de la naturaleza sin saber por qué; pero Carlos me enseña á reflexionar sobre todo lo que veo. Puedo dar á V. una prueba, refiriéndola una conversacion que hemos tenido ayer. No sé si he dicho á V. que Carlos tiene una preciosa pajarera, poblada de toda clase de pájaros que él mismo cuida. Acabábamos de concluir nuestra obra del jardin, y fuimos á dar un paseo con Emilia. Esperaos un momento nos dijo Carlos; es preciso que os deje un instante, pues que hoy aun no he echado de comer á mis pajaritos.

*Emilia.* Nosotros iremos contigo; ¿es verdad Guillermo?

*Guillermo.* Con mucho gusto, Emilia.

*Carlos.* Me alegro que tengais la complacencia de venir á visitar mis pajaritos.

*Guillermo.* ¡Ó qué preciosos pájaros! ¡parece que se alegran de verte?

*Carlos.* Es porque estan acostumbrados á comer de mi mano.

*Guillermo.* Diria que te conocen.

*Carlos.* Tengo una satisfaccion en ser conocido de ellos. He observado sin embargo, que quando tengo mi sombrero puesto huyen de mí, como si no me conociesen. El instinto de mi perro es mas seguro, me reconoceria bajo cualquier disfraz.

*Emilia.* Eduardo debia aprender de ti á ser

mas cuidadoso. ¿No ha dejado el otro día morir á su pardillo de hambre? ¡Oh, si yo tuviera un pájaro me guardaría bien de dejarle morir de hambre!

*Carlos.* Tienes razon, es preciso cuidar los pobres animales, pues ellos no se hallan en estado de proveer por sí mismos á sus necesidades.

*Emilia.* ¿No sería mejor darles libertad que tenerlos presos? Se encierran aquellos que hacen mal á otros; y seguramente estos pobres pajaritos no han hecho mal á nadie.

*Carlos.* Sin duda: pero no son mas desgraciados en su jaula. Si hubiesen gozado antes de la libertad no los privaría de ella. Pero estos han nacido en su prision, y apostaría á que si les abriese la pajarera temerian salir.

*Emilia.* Sin embargo ven á los otros volar libremente. ¿Qué pensariamos nosotros si estuviésemos encerrados?

*Carlos.* Pensariamos que es muy agradable estar libre y muy triste carecer de libertad. Pero los pájaros no tienen ninguna idea de esta diferencia. Con tal que se les dé de comer y beber están contentos, gozan como lo que son, sin pensar en lo que les falta.

*Emilia.* Te doy las gracias, pues me has tranquilizado en este particular. Mi tia Campley me ha prometido un canario y yo pensaba recibirle para darle libertad. Tú puedes venir en la actualidad, mi amiguito, tendré cuidado de tí, y siempre abundará la comida en tu jaula á pesar del

invierno; cuando á los otros pájaritos les cuesta tanto trabajo encontrarla debajo de la nieve.

V. vé mamá, que Emilia es muy preciosa. Pienso que mi hermanita no le parezca larga esta carta, pues le presento un buen modelo que imitar.

GUILLERMO D.\*\*\*A SU MADRE.

15 de junio

Cárlos, Eduardo y yo fuimos ayer á comer en casa del caballero Friendly. Tiene un hijo de nuestra edad con quien nos divertimos mucho. Quiero referir á V. mi querida mamá, la conversacion que acerca de este objeto tuvimos á nuestra vuelta. Emilia salió al encuentro, y nos preguntó con un aire gracioso, si nos habiamos divertido: sí, mi querida hermanita, le respondió Cárlos, pero hubiera sido mayor nuestra satisfaccion si nos hubieses acompañado.

*Emilia.* Agradezco tu bondad: sin embargo Eduardo me parece que no viene satisfecho de la visita.

*Eduardo.* Es cierto; he estado otra vez en esa casa y el jóven Friendly no me gusta.

*Cárlos.* ¿Y por qué mi querido Eduardo? El es amable y político.

*Eduardo.* Tanto que parece un hombre de cuarenta años, mas bien que de catorce.

*Cárlos.* Justamente es la circunstancia que yo

estimo mas en él. ¿No hallas admirable que á su edad tenga tanto juicio é instruccion?

*Eduardo.* ¿Qué necesidad tenia de enseñarnos todos sus instrumentos de física? ¿Qué dirias si yo hablase á una señorita de las bellezas del latin? ¿No seria una pedantería impolítica?

*Carlos.* Sí, sin duda porque tú sabrias ya que ignoraba este idioma; pero el jóven Friendly podia suponernos tan instruidos como él, y le juzgo bastante modesto para hacerlo con intencion de humillarnos. Quiso divertirnos un rato con algunas esperiencias curiosas ejecutadas sobre la máquina eléctrica. Confieso que me han gustado mucho, pareciéndome que estos conocimientos no están fuera de nuestro alcance, y me siento estimulado con el mayor ardor á instruirme en todas las ciencias que tienen por objeto el estudio de la naturaleza.

*Eduardo.* ¿Y qué dices tú de un jóven de sus circunstancias que tiene un torno de tornear?

*Cárlos.* Digo que es una cosa que me gusta mucho, y que rogaré á papá me compre uno.

*Emilia.* Si, si, Cárlos, asi me harás bonitos juguetes de marfil.

*Eduardo.* En verdad que no puedo contener la risa: Carlos Grandisson se hará tornero: es una excelente idea. Vea V. el modo de tener un buen oficio por si acaso llegas á ser pobre.

*Cárlos.* No te burles Eduardo; hay infinidad de personas que habiendo sido mas ricas que nosotros yacen en la miseria. Aunque espero no tener nece-

sidad de ejercitar el arte de tornero para ganar mi vida, es una ocupacion muy divertida, y da destreza á las manos. La ejercitaré como una distraccion cuando me encuentre fatigado del estudio.

¡ Oh mi querida mamá, si estuviese V. bastante rica para comprarme un torno! Pero no, no inquiete á V. esta idea: trabajaré en el de mi amigo Carlos. El jóven Friendly ha torneado á nuestra presencia una pequeña caja de marfil que me ha regalado. Se la remito á V. para mi querida hermanita, hasta que yo pueda mandarla cosa hecha por mi mismo.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

22 de julio.

Mr. y Madama Grandisson han ido á pasar unos dias en casa de uno de sus amigos. Mr. Bartlet acaba de salir para Lóndres; de consiguiente, mi querida mamá, hemos quedado solos con una antigua ama de gobierno, y un corto número de criados. Emilia está á la cabeza de la casa, mientras la ausencia de su mamá. Ella da las órdenes á todos con tanta prudencia y juicio, que parece tener diez años mas. ¿ No es admirable en una señorita de tan pocos años? Todavía no ha cumplido doce, y los criados la respetan como á su misma mamá. ¿ Sabe V. por qué? porque jamas se familiariza con ellos, aunque les habla con afabilidad.

Sigue en esto el ejemplo de su hermano Carlos. No puede V. imaginarse como la quieren y respetan todas las personas de casa. Eduardo al contrario, no hace mas que jugar con ellos, y no pueden sufrirle. Es cierto que les hace muy malas partidas, tratándolos muchas veces con un orgullo insopor- table. Mejor hubiera sido que hubiese acompañado á sus padres. Cuando ellos no están aquí para su- jetarlo, no hay medio de poder estar á su lado. Carlos, Emilia y yo llenamos nuestra obligación, de la misma manera que si estuviesen aquí Mr. y Madama Grandisson; pero Eduardo aprovecha su ausencia para pasar todo el dia vagando ó corrien- do por el campo. Se entretiene en impedirnos que estudiemos, como si nuestra aplicacion le repre- diese su pereza. Estábamos ayer mañana en un es- tremo de la sala ocupados en dibujar. Eduardo se divertia en hacer volar á un abejarron que tenia atado al extremo de un hilo: bajo pretexto de seguir- le venia á tropezar con nuestras sillas con el objeto de echar á perder nuestro trabajo. Emilia acalo- rada iba á reprenderle con aspereza cuando Carlos la previno dirigiese con dulzura la palabra á su her- mano: mi querido Eduardo, le dijo, si tú quieres jugar sea en horabuena: ¿pero por qué interrumpirnos en nuestro trabajo?

*Eduardo.* ¿No ves que es el abejarron el que me lleva?

*Emilia.* En efecto: parece creible.

*Carlos.* Sin tratar de incomodarte: ¿qué pla-

cer puede encontrar un niño de tu edad con tal diversion? ¿No es pues atormentar un pobre animalito sin necesidad?

*Eduardo.* Pues bien, voy á darle libertad con tal que te vengas á pasear conmigo al jardin.

*Cárlos.* Es decir, que si yo rehusó el ir, tú continuarás atormentando al abejarron, sin embargo de no ser culpa suya el que yo no quiera seguirte.

*Eduardo.* Jamas quieres complacerme.

*Carlos.* Escucha: ¿no será mejor, segun mi opinion, hacer lo que manda papá, que quiere que esta hora se emplee en el trabajo?

*Eduardo.* Como si él estuviese aqui para hacérnoslo ejecutar.

*Emilia.* Tú no haces nada como no sea á la fuerza.

*Eduardo.* Siempre estais los dos contra mí.

*Carlos.* No, y aunque Emilia tiene razon para probarte que quiero complacerte, vedme aqui pronto á seguirte: acabaré mi dibujo en otro momento. Vamos pues al jardin, será para mí una satisfaccion poderte agradar.

No habian llegado al estremo de la calle de árboles, cuando principió á llover de una manera que les precisó á volver á casa con gran sentimiento de Eduardo. Cárlos para consolarle le propuso un rato de lectura de la historia antigua. Va, yo no necesito tus libros, le respondió Eduardo con incomodidad, me importa poco ser sabio: para ser ofi-



cial de un regimiento no se necesita tanto.

*Cárlos.* Y bien: ¿crees tú que el conocimiento de la historia no sea útil á los oficiales del ejército?

*Emilia.* ¡ Bravo oficial, que no sabrá hablar mas que de bombas y cañones!

Eduardo hizo un guiño á su hermana, y en seguida quiso forzarnos á que jugásemos á las cuatro esquinas, supliendo John por el que faltaba. Pero Cárlos, que á pesar de la dulzura de su carácter es capaz de mucha firmeza, le respondió: no hermano mio, no ha consistido en mí el que no pueda complacerte, la lluvia nos lo ha impedido. Te he propuesto otra diversion que debia satisfacerte; tú no la has aceptado, pero sí mi hermanita y mi amigo, por lo que creo deber ceder á la razon y no á tus caprichos.

Eduardo que sabe que su hermano no vuelve atras del partido que toma, salió en seguida refunfuñando, y á pesar de la lluvia marchó á jugar delante de la puerta, con un perro de presa de quien se ha hecho amigo para atormentarle sin cesar. Volvió despues de una hora mojado hasta la camisa y lleno de lodo desde los pies á la cabeza. En este intervalo leimos la vida de Epaminondas, que nos causó el mayor placer, teniendo suficiente tiempo para concluir nuestros dibujos. Despues se presentó ocasion para remitirlos á Mr Grandisson, y hemos tenido el gusto esta mañana de saber que estaba contento con ellos. ¿ Qué habrá pensado de Eduardo que nada le ha mandado? Esto me aflige:

daria todos mis juguetes porque fuese tan bueno y aplicado como su hermano. Entonces podria decirse que nada faltaba á la dicha de sus padres. Veo con sentimiento cuántas penas les causa. ¡ Oh mi querida mamá, si llegará un dia en que cause yo á V. estas incomodidades! No, no, tranquilizese V. Cuando yo pienso el cariño con que V. me ama, conozeo lo que debo hacer para merecerle. Me atrevo á prometer á V. que jamas la daré mas que motivos de satisfaccion. Desde aqui digo que mi hermanita hace á V. igual promesa, y yo la abrazo con cariño por tan buena resolución. Á Dios mi querida mamá.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

*24 de julio.*

Una de las criadas de la casa está muy mala. Va V. á ver, mamá, si es posible tener un corazon mas sensible y compasivo que el de Emilia. Esta mañana se ha levantado al amanecer, para dar una bebida á la enferma. No ha descansado hasta tanto que se la ha visto tomar, pues así lo habia prevenido el médico. Parece mas bien una hermana que una criada la enferma, segun el cuidado con que la asiste. Es recomendable tanta humanidad en una señorita tan jóven. Eduardo la ha reprendido, diciéndola; ¿te parece regular servir tú misma á una criada? ¿Por qué no? ha respon-

dido Emilia; si es obligacion de estos servirnos cuando están buenos, nos toca á nosotros cuidarlos cuando están malos. Por otra parte ¿la pobre Peggi no me ha cuidado mas de una vez en las enfermedades de mi niñez? De consiguiente debo yo hacer por ella lo que ha hecho por mí. Pienso cuánto placer tendria yo, en su lugar, viendo que tomaban interés por mi salud. Eduardo se avergonzó y salió de la habitacion dando brincos. Al ver esto he dicho para mí; Emilia no hace mas que lo que yo he visto hacer á mi querida mamá; cuando nuestra pobre Naneta tenia calentura, era mi mamá quien la cuidaba. Este recuerdo me ha hecho pensar en una cosa que me pone triste. ¡Hay tantos criados en esta casa! y V. mi querida mamá, no tiene mas que una para que le sirva. ¡Qué desgraciada es V.! Es forzoso que haga por sí misma una infinidad de cosas, que no convienen á la viuda de un coronel. Si mi hermanita fuese mas grande podria ayudar á V., pero ahora es bien al contrario, pues la causa mas trabajo. ¿Y yo qué hago aqui en lugar de estar á su lado para ayudarla con todas mis fuerzas y consolarla? Esta reflexion me oprime el corazon; solo una cosa minorra mi tristeza, y es, que á fuerza de instruirme pueda algun dia poner fin á sus desgracias. ¡O cómo esta esperanza me consuela! A Dios mi querida mamá, abrazo á V. entre las lágrimas y la alegría.

MADAMA D.\*\*\* Á SU HIJO.

*Amsterdam 6 de agosto.*

¡Cuánto amo á la jóven Emilia! sí, hijo mio, no hay una virtud mas laudable que la humanidad. Seria de desear que todas las señoritas se aprovecharan de tan hermoso ejemplo, y que en lugar de incomodar sin utilidad á los criados, aprendiesen á tratarlos con bondad. ¿Cómo uno puede ser insensible al placer de hacerse amar por aquellos que nos rodean?

¿Mas por qué, afligirte, mi querido hijo, porque yo no tengo mas que una criada? El gran número de criados no hace la dicha de los amos, sirviendo mas para el fausto que para la utilidad. Cada criado en una casa anuncia una necesidad mas en los dueños de ella, y les sujeta á mayor cuidado y vigilancia. Si tuviera mas medios tendria sin duda el número de personas que pide mi clase. Lo miraria como un deber para asegurar la subsistencia de algunos desgraciados, que estarian reducidos á la mendicidad por falta de empleo. Pero pues que el cielo no se ha dignado concederme riquezas, no me creo con motivo á quejarme porque no tengo mas que una criada. Es todo lo que necesito, siendo suficiente su servicio.

Mientras tanto, mi querido hijo, cuáles son las ocupaciones que no corresponden á la viuda de

un coronel! tú no has reflexionado lo que queria decir. No es vergonzoso servirse á sí mismo, cuando uno no se halla en estado de pagar los servicios de los otros. Es mejor que puedas decir despues de mi muerte: mi mamá preparaba por sí su simple comida: nuestros vestidos eran obras de sus manos: apenas podia procurarnos lo necesario, pero á nadie debia. Mas bien que puedan hacerte esta reconvenccion; tus padres han vivido segun su rango y nacimiento; tenian una soberbia casa, magníficos muebles, muchos criados, pero solo te han dejado deudas. ¿Qué seria entonces el hijo de un coronel? un jóven despreciado, que á pesar de tu inocencia llevaria consigo la vergüenza de tus padres; mientras que un hombre de honor del nacimiento mas comun se desdeñaria de alternar con él.

Lo que acabo de decirte confio será suficiente para curar tu tristeza, pues te prueba cuán conforme estoy con mi suerte.

Por lo demas, mi querido hijo, la sensibilidad de tu corazon y las pruebas de tu cariño, me hacen derramar lágrimas de alegría. Aunque yo fuese mas pobre que soy, me creo rica con la posesion de un hijo tan virtuoso. A Dios, querido mio, cultiva las dichasas disposiciones que nacen en tí y serás el consuelo de la mas tierna de las madres.

Tu hermanita se ha conmovido con la lectura de tu carta, y he notado que tiene mas aplicacion y docilidad. ¡O hijos míos, estimulaos uno á otro en la práctica de vuestros deberes!

## GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

11 de agosto.

¡O mi querida mamá de qué desgracia he sido testigo! Aun estoy horrorizado y ni tengo ánimo para referirselas á V. prefiriendo enviar una copia de las cartas que Emilia y Carlos han escrito á sus padres para instruirlos, con las respuestas que han recibido de estos. Verá V. como la humanidad reina en esta generosa familia, lea V.

## EMILIA GRANDISSON Á SU MADRE.

7 de agosto.

Esta noche, mi querida mamá, hemos estado en una gran consternacion. La casa de Mr. Falston, nuestro vecino, se ha quemado enteramente: ¡O qué llamas tan espantosas! el cielo estaba rojo como la sangre, el corazon me palpita- ba: lloraba sin cesar. ¡Es tan triste ver á un padre de familia perder todos sus bienes! ¡Qué precauciones deben tomarse contra el fuego, pues que en un momento causa tan terrible desgracia! Las niñas de Falston son la causa. Ayer por la tarde sin que nadie lo notase, tomaron de la chimenea unas cuantas ascuas, que llevaron á una pequeña

habitacion apartada para cocer en secreto un ojalde. Media hora despues oyeron que su papá las llamaba. Se dieron prisa á comer su ojalde á medio cocer, y bajaron en seguida. Llegó la hora de acostarse y ellas subieron á su cuarto sin pensar mas en el fuego que habian dejado en la pequeña habitacion. El incendio se comunicó á los tapicés y desde allí al techo y muebles. En fin esta noche á las dos, cuando todo el mundo estaba durmiendo se presentaron las llamas por toda la casa. El cielo las ha castigado. Vea V. mamá por comer una malisima ojalde reducida á cenizas la casa de su papá. Sin embargo están desconsoladas, piden perdon y están medio muertas de dolor; ¿pero de qué sirve esto? El fuego todo lo ha consumido; no han podido salvar ni muebles, ni papeles ni dinero. Apenas estas niñas han podido escapar en camisa, y el mismo Mr. Falston ha estado cerca de perder la vida. Está cruelmente abrasado en varias partes de su cuerpo: habria perecido en medio de las llamas, á no ser por el valor de uno de sus criados. ¿Qué va á ser ahora del orgullo de estas señoritas? ¿Ayer eran ricas, hoy son pobres! Trataban á los aldeanos con desprecio porque no tenian bonitas casas, y hoy pueden constarse por dichosas de que estos colonos hayan querido por piedad darles acogida en sus chozas. ¡Poco tiempo es necesario para humillar el orgullo de las criaturas! Ciertamente es un defecto no tratar con afabilidad á sus inferiores estando á ca-

da paso expuestos á implorar la compasion de todo el mundo.

Esta carta es demasiado larga, y temo, mi querida mamá, molestar á V. Sin embargo de que no me atrevo á referirla todo lo que he hecho, tengo que indicarla alguna cosa. ¿Perdonará V. á su Emilia? ¡O, sí, mi mamá es tan buena y tan compasiva! Los vestidos de las señoritas Falston, han sido todos devorados por las llamas; ni uno han podido salvar. Hé enviado á la mas jóven, que es poco mas ó menos de mi estatura, uno de los míos y lienzo. Hubiera querido enviarla mas, pero como todo lo que poseo pertenece á V., no puedo disponer sin su consentimiento. La suplico tenga á bien perdonar la libertad que me he tomado: seré mas económica en adelante en mis pequeños gastos. No tendrá V. necesidad de reemplazar lo que he dado; ¡gracias á sus bondades tengo de mas.

A Dios, mi querida mamá, abraze V. por mí á mi papá, y estén ustedes seguros de mi respeto y cariño.

CÁRLOS GRANDISSON Á SU PADRE.

8 de agosto.

Me tomo la libertad, mi querido papá, de suplicar á V. humildemente por una desgraciada familia. ¿Desagradará á V. este movimiento de mi



corazon? ; O, no, sin duda! El de V. es demasiado sensible y generoso.

Por la carta de Emilia dirigida á mamá, habrá V. sabido la cruel desgracia sucedida á Mr. Falston. Pero aun hay mas; Emilia no ha podido hablar mas que de su casa y muebles: se halla amenazado de perder sus fincas. Ciertos acreedores que no le incomodaban cuando era rico, en la actualidad que ven vacilar sus créditos, quieren que se los pague á la fuerza y le han amenazado con venderle los bienes. En una visita que acabo de hacerle, he oido á su apoderado Nelson, que todas sus deudas no suben á veinte mil reales: es una pequeña suma. ¿Será preciso que despues de haberle sucedido tan cruel desgracia, se vea privado del solo medio que le queda para educar á sus hijos, y entregado á la indigencia en su vejez? El cielo nos guarde de esta desgracia! Vea V. papá lo que he pensado: la manda que mi tio me dejó á su muerte asciende á veinte y cinco mil duros: es á mi entender una gran suma. Se halla en manos de V. y puede disponer de ella. Puedo pasar seguramente sin estos mil duros, para sacar á este honrado sugeto de este conflicto. Seré bastante rico, sobre todo con la bondad que V. tiene de añadir todos los años los intereses á la suma de la manda. De consiguiente ruego á V., papá, acceda á mi suplica. Tendré mil veces mas placer en esta buena obra, que en las ventajas que podrian darme los mil duros. ; O si pudiese preservar de la

indigencia á un desgraciado viejo y á sus dos hijas, qué dicha para mí! Quiero parecerme á V. en esta ocasion; á V. que es tan amigo de hacer bien. ¿No me instruye V. todos los dias para serlo. Si V. estuviese aquí me arrojaría á sus pies, le suplicaría con tanto interés... pero basta. Queda á su sabio juicio decidir si mi súplica debe ser escuchada; mi deber es una ciega sumision á su voluntad; el respeto mas profundo á sus virtudes, y el amor mas tierno á su persona.

Tenga V. la bondad de hacer presente á mamá los mas vivos sentimientos de mi respeto y cariño.

MR. GRANDISSON Á SU HIJO.

9 de agosto.

Por mí has aprendido dices, mi querido hijo, á ser compasivo. Sin duda he procurado siempre que tu corazon sea sensible á los males de tus semejantes. El amor á nuestros hermanos, además del placer que nos hace sentir, nos presenta agradables á los ojos del ser supremo. La súplica que me haces es una prueba de la generosidad de tu corazon, y una peticion tan loable merece recompensa. Los sentimientos de que te veo animado, son para mí de un precio superior á los mil duros. Te remito un billete de banco de dicha suma: corre á aliviar la desgracia del desdichado Falston, y prueba el

placer de una alma noble. Por lo que respecta al legado de tu tío, ninguno de los dos podemos disponer hasta tu mayor edad. Guardo éste depósito como tu tutor, no como tu padre. A Dios, mi querido hijo, tu mamá y yo te abrazamos y te amamos mas que nunca.

MADAMA GRANDISSON A SU HIJA.

9 de agosto.

Si estuviese á tu lado, mi querida Emilia, con qué alegría te estrecharia sobre mi corazón. Si, apruebo el socorro que has prestado en su desgracia á las señoritas Falston: en recompensa quiero proporcionarte una nueva ocasion para que vuelvas á gozar el placer de hacer bien. Encontrarás en mi guarda-ropa una pieza de sarga de seda, que habia destinado para hacerme vestidos. Tendrás bastante para hacer dos á cada una de las señoritas. Si, creo en el corazón de mi buena Emilia, y esta disposicion le causará mas placer que si la hiciese en su favor. A Dios, querida mia, no olvides jamás la leccion que tú misma estampas en tu carta de que no debemos ser orgullosos por la posesion de los bienes de fortuna; pues que una noche sola puede privarnos de ellos; ni altaneros con nuestros semejantes por la necesidad que tenemos unos de otros. Conserva siempre en tu memoria el terrible acontecimiento que has visto:

piensa cuán peligroso es jugar con el fuego, y que de una chispa pende nuestra ruina y aun nuestra muerte misma.

Muchos afectos de mi parte á Guillermo y á tus hermanos. Espero tener bien pronto el gusto de abrazaros, y de manifestarte particularmente la satisfaccion que he tenido por tu conducta.

CÁRLOS GRANDISSON Á SU PADRE.

10 de agosto.

Me doy prisa, mi querido papá, á responder á la agradable carta con que V. me ha honrado. Si V. hubiera visto el reconocimiento que Mr. Falston me ha demostrado, habria V. llorado de compasion lo mismo que yo. Mientras que él me abrazaba, veia correr por sus mejillas gruesas lágrimas. ¡Ah, estas lágrimas debian ser bien dulces para él, pues que yo encontraba tanta complacencia en las mias! Debo dar cuenta á V. de cuanto he hecho: véalo V. aqui. Mr Falston, como V. no ignora, es de un carácter fiero: se hubiera creido humillado recibiendo un socorro, que en estas circunstancias llevaba el carácter de una caridad. No le he presentado el billete del banco si no bajo el aspecto de un préstamo, que él pagaria á su voluntad. Se empeñó en darme un recibo, que yo acepté; pero lo he desgarrado delante de él, diciéndole me era suficiente su pa-

labra, haciéndole entender que jamás se le incomodaría por este asunto. Si yo hubiese podido poner el billete en su caja de tabaco, hubiera sido para mí una satisfacción; porque jamás habría sabido de donde le venia este socorro, pero no encontré proporcion para dar este golpe: ¡O mi querido papá qué placer me ha hecho V. gustar! y cómo deseo ponerme á sus pies para darle las gracias que debo.

Suplico á V. diga á mamá, que Emilia ha ejecutado sus órdenes; se ha privado de todo recreo para concluir su obra en las horas que le estaban destinadas, y gracias á su actividad las modistas han concluido los vestidos en un día y Emilia los ha mandado.

¡Con qué impaciencia esperamos el instante que nos vuelva á nuestros padres tan dignos de todo nuestro respeto y cariño.

EL PEQUEÑO  
GRANDISSON.

LIBRO SEGUNDO.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*Lóndres 12 de agosto.*

O, mi querida mamá El pobre Cárlos tiene una pierna quemada y no puede andar; Eduardo ha causado este mal por su precipitacion, habiéndole vertido una tetera de agua hirviendo. Jamas, no, jamas ha demostrado tanta paciencia y bondad como en esta ocasion. Otro cualquiera se habria encolerizado contra su hermano, y confundídole á reconvenciones. Cárlos al contrario, procuraba ocultarle el dolor que experimentaba. No es nada, decia, no sufro mucho. Eduardo, te suplico no te aflijas. Sin embargo, conocimos inmediatamente que tenia mas mal de lo que

decía, porque la pierna se le hinchó de una manera que fue preciso abrirle la media con unas tijeras para descalzarle. Emilia se deshacía en lágrimas; vé lo que has hecho por tu aturdimiento, le decía á Eduardo. Puede ser que hayas estropeado para siempre á nuestro hermano: desearia que esta desgracia hubiera recaido en tí. Mas valdria que no hubiera sucedido á nadie, dijo Carlos, interrumpiendo á su hermana. Vaya, querida mia, esto no vale nada, tranquilízate que pronto estaré curado. Eduardo no lo ha hecho con intencion; es una desgracia, pero aunque fuese mucho mayor, seria preciso conformarse. No, respondió Emilia, jamas le perdonaré su aturdimiento. Mírale, permanece allí inmovil como un tronco, en lugar de enviar inmediatamente á buscar un cirujano. No hay necesidad, dijo Carlos: dame un lienzo y agua fresca para bañar mi pierna: de aqui á unos dias desaparecerá esto: pero continuó, dirigiendo la palabra á Emilia y á mi. Mr. Bartlet vá á llegar, no le digais nada que pueda presumir que Eduardo ha sido causa de este incidente. Y tú, hermano mio, dame la mano y abracémonos. Tu afliccion me causaria mas pena que esta corta quemadura, de la que no sufro casi nada.

¡Qué dichoso es uno en ser dueño de sí mismo! Por mas que se conozca que Carlos tenia razon, ¿quién podria hacer como él? Estoy penetrado de que de nada sirve desesperarse; los arrebatos no quitan el mal. Pero el placer que disfruto

en escribir á V., me hace olvidar que Cárlos me ha suplicado le haga compañía. A Dios mi querida mamá, disimule V. que deje de escribirla para pasar al lado de mi amigo. Abrazo á mi hermanita, y la suplico en nombre de la amistad que la tengo se guarde de quemaduras. Creo recibirá con gusto esta prueba de cariño.

GUILLERMO D. <sup>ooo</sup> A SU MADRE.

14 de agosto.

El pobre Cárlos hace dos dias que tiene su pierna tendida sobre un colchon. Me parece que sufre mucho, sin embargo de que aparenta no tener nada. Emilia le preguntaba ayer, sino le parecia triste no poder andar. ¿De qué me servirá entristecerme, respondió? no haria mas que aumentar mi mal: procuro alegrarme con la esperanza de sanar pronto, y ademas, ¿no seria una vergüenza sino tuviese serenidad para sufrir tan pequeño mal? Puede sucederme mucho mas en el curso de mi vida, y estas pequeñas desgracias me enseñan á tener dispaesto mi valor para cuando me encuentre en otras mayores. Pero, dijo Emilia, es bien incómodo sufrir por culpa de otro. Cier- to, respondió Carlos, querria mejor que hubiera sido por mi descuido: mi hermano no tendria entonces tanta pena.

Emilia. ¡Qué! ¿No te incomodas de verte



precisado á permanecer en la cama sin poderte mover?

*Carlos.* ¿Cómo quieres tú que me enoje cuando tengo el placer de ver en tí pruebas de tanta amistad?

*Emilia.* No hago mas que lo que debo, y solo tu bondad puede hacer mérito de esto; pero en fin ha faltado poco para que te hubiese abrasado toda la pierna.

*Carlos.* He aqui una causa por la que debo consolarme en mi desgracia. No tengo porque quejarme cuando veo tantas personas reducidas á andar toda su vida con muletas.

*Emilia.* Creo verdaderamente que habrias encontrado el secreto de consolarte si hubiese sido necesario cortarte la pierna.

*Carlos.* No es preciso te diga que me hubiera afligido mucho; pero como este mal no me hubiera sucedido sino por la voluntad del cielo, habria procurado resignarme para obtener la fuerza de sufrirlo.

¿Qué dice V. mamá, no es el único medio de hacer frente á las desgracias? Me acuerdo todavía del triste dia en que perdí mi papá. V. lloraba y yo me desconsolaba; pero nuestras lágrimas y aflicción no podian volverle la vida. Me tomó V. de la mano, y me dijo; ven hijo mio, roguemos al todo-poderoso nos consuele. Vi inmediatamente que V. se tranquilizó, y yo mismo conocí que mi corazón se habia consolado. Vea V. aqui el único medio que

encuentro para dulcificar mi tristeza. Espero tener desde luego bastante serenidad para sufrir, pensando que Dios es el que lo quiere; Dios á quien yo digo todos los dias hágase tu voluntad.

¿Pero por qué hablo á V. á quien yo no quería decir cosas sino para alegrarla? No encuentro otro remedio que el que tome en sus brazos á mi hermanita, la acaricia y la hable de su amor y el mio: estoy seguro que su inocente sonrisa volverá á V. la paz y la dicha.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

18 de agosto.

Mr. y Madama Grandisson acaban de llegar mi querida mamá. No puedo explicar á V. lo alegres que estamos. Los criados participan tambien de nuestro contento. ¿No es una buena señal cuando los criados se alegran tan vivamente por la vuelta de sus amos? Quiero cuando sea grande ser tan humano como Mr. Grandisson, pues que se encuentra tanto placer en hacerse amar. Voy á hablar á V. de mi amigo Carlos. Mr. Bartlet nos ha preguntado esta mañana despues de desayunarnos; si queriamos dar un paseo por el parque. Aunque Carlos se encuentra mejor nos ha rogado le dispensemos de que nos acompañe. Mi quemadura no está enteramente curada, nos dijo, y deseo que mis padres á su vuelta no puedan conocerlo. Si voy á

pasearme puede la pierna resentirse de la fatiga, y mis padres no dejarían de advertirlo: esto los afligiría, por lo que prefiero privarme del paseo antes que causarles la mas pequeña tristeza. Tienes razon, le dijo Mr. Bartlet, apruebo tu prevision: esto te hace honor. Carlos quedó en su habitacion y Mr. Bartlet, Eduardo, Emilia y yo fuimos á pasearnos hasta el medio dia.

A nuestra vuelta encontramos á Carlos que nos esperaba en la sala baja. Nos sorprendimos al verle, pues nos habia dicho que no queria salir de su cuarto. Habia sufrido un poco al bajar la escalera, pero el placer de ver cuanto antes á mis padres, nos dijo, bien puede comprarse con un corto padecimiento. Habia dispuesto anticipar la hora de comer, con el objeto de que estuviésemos mas libres para recibir á sus padres. ¡ Con qué ligereza marchó hácia la entrada luego que oímos el ruido de los coches! ¡ Con qué alegría se precipitó en los brazos de sus padres! No podia separarse para hacernos lugar. Se hubiera V. maravillado de la gracia y respeto con que dió la mano á su mamá para conducirla á la sala. Esto me hace pensar en la alegría que yo sentiré, mi querida mamá, cuando yo vuelva á su lado: aseguro á V. será tan viva como la de Carlos. Referiré á V. una conversacion que acaba de tener con su hermano, y por ella juzgará si es digno de alabanza, sin que yo tenga necesidad de llamarla la atencion.

Mr. y Madama de Grandisson habian subido

á sus habitaciones para quitarse los vestidos de camino: y Eduardo, Carlos, Emilia y yo, quedamos en la sala. Carlos suplicó á su hermana tocase alguna cosa en el piano; apenas habia principiado oimos caer una pieza de porcelana y hacerse mil pedazos.

*Eduardo.* ¡Ah, una porcelana rota! estos criados son unos torpes.

*Carlos.* No lo acuses tan pronto: no sabemos si es por culpa suya.

*Eduardo.* Yo sé que la pieza se ha roto; estas gentes tratan los muebles como si nada costasen.

*Carlos.* Voy á ver: imagino que el mal no será tan grande.

*Eduardo.* ¿Quieres apostar, Emilia, á que encuentra el secreto de escusar al culpable?

*Emilia.* Hará muy bien. ¿No estás tú contenta cuando haces alguna falta, que hablen á tu favor?

*Eduardo.* Vas á ver como Carlos dice que nada ha sucedido.

*Emilia.* Carlos no miente jamas; sabrá componerlo de otra manera.

*Eduardo.* Ya vuelve: se diria al mirarle que él es quien ha hecho el daño.

*Emilia.* Eso prueba que tiene buen corazon.

*Eduardo, á Carlos.* Y bien, ¿que ha sucedido? ¿No tenia yo razon en decir que la pieza se habia hecho mil pedazos?

*Carlos.* No he dicho yo lo contrario; es un plato de porcelana.

*Eduardo.* Hablas como si nada hubiera sido.

*Cárlos.* Aun cuando el mal fuese mas considerable, seria preciso sufrirlo.

*Eduardo.* Si fuese yo mamá, haria pagar la pérdida á ese torpe.

*Cárlos.* Seria un poco duro para un criado que no tiene mas que su salario.

*Eduardo.* Esto le enseñaria á ser mas cuidadoso.

*Cárlos.* Pero Eduardo, ¿no has cometido jamas ninguna falta, y estás seguro de no cometerla?

*Emilia.* Aunque no fuese mas que derramar el agua hirviendo sobre las piernas.

*Eduardo & Emilia.* No te entrometas donde no te llaman. *A Cárlos.* Si yo rompo alguna cosa á lo menos es nuestra.

*Cárlos.* Perdona, mi querido Eduardo, los bienes de nuestros padres no son nuestros, no poseemos nada.

*Eduardo.* Si tú llegas á ser amo, creo que tus criados podrán romper cuanto les dé gana.

*Cárlos.* ¿Todo lo que les dé gana, dices? No creo que haya criado que rompa las cosas por su gusto. Siempre ocurre un accidente, y en este supuesto son dignos de disculpa.

*Eduardo.* Vea V. una bondad bien rara y sin contradiccion. Un criado poco diestro no haria jamas mal para tí.

*Cárlos.* Tendré cuidado en no recibir criados que no sean listos, poniendo atencion en elegirlos;

sin embargo, si cualquiera de ellos rompiese una cosa, le perdonaria como si yo lo hubiese hecho.

*Eduardo.* Me parece que nuestros padres deben ser sabedores cuando se rompe cualquiera cosa.

*Cárlos.* Tambien es mi intencion el noticiárselo, pero al mismo tiempo pedir gracia para el culpable.

*Eduardo.* ¿Y quien es? ¿Johon ó Artur?

*Cárlos.* Ni el uno ni el otro. Si dijese que eres tú?

*Eduardo.* ¿Yo? Vea V. una cosa maravillosa.

*Cárlos.* Cuando tú has ido esta mañana á paseo, ¿no has dado de comer á tu perro en un plato de porcelana? y ¿no has puesto este plato en el oficio encima de un banco?

*Eduardo.* Es verdad; ¿pero que se sigue de eso?

*Cárlos.* El criado ha ido sin luz á buscar el banco, y al tomarle ha caido el plato que estaba encima.

*Eduardo.* Y bien ¿eso es falta mia? ¿Qué necesidad tenia de ir á oscuras?

*Emilia.* Eso lo hace todos los dias. Vaya Eduardo, tú tienes la culpa del daño que se ha hecho. El plato no estaba en su puesto, y el criado no podia adivinar que estuviese sobre el banco.

*Eduardo.* Señerita, V. interviene siempre en lo que no le toca. Pero escucha Cárlos, papá ni mamá no han oido nada y no echarán de menos este plato.

*Cárlos.* ¿Cómo Eduardo? ¿antes querias in-

formar los de este accidente, y ahora quieres se les haga un misterio porque tú lo has hecho? Esto no es justo; obtendrás fácilmente el perdón porque la cosa no es de entidad. Vé al presente si nosotros debemos desear tanto mal á un criado, por un ligero aturdimiento, pues que nosotros somos tantas veces culpables.

Apenas habia concluido Cárlos cuando entraron Mr. y Madama Grandisson. Les contó la aventura de la porcelana con tanta gracia y talento, que fue motivo para reirse mas que para enfadarse. Eduardo estaba admirado de ver como su hermano le sacaba del compromiso. ¡O mamá, puede uno tenerse por dichoso en poseer un hermano como mi amigo! Espero encontrar tambien un buen abogado en mi hermanita, si llegase el caso de tener necesidad de su elocuencia, para excusar mis faltas ante V.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

22 de Agosto.

Nada tengo de nuevo que decir á V. por hoy, mi querida mamá; mañana la diré cosas muy interesantes. Son los dias de mi amigo Cárlos; Eduardo me ha dicho que nos divertiremos, porque su hermano acostumbra dar en este dia una fiesta á todos los jóvenes de nuestra edad, que habitan estas inmediaciones. Emilia sostiene lo contra-

rio, y cree que no convidará á ninguno, pues ha resuelto emplear el dinero que su papá le dé para esta fiesta en comprar libros de instruccion y diversion. Me alegraria tomase esta determinacion. Los convidados se retiran luego que se concluye la funcion, y los libros quedan para siempre con nosotros.

Creo no hacer traicion á su confianza diciendo á V. que Cárlos cria en secreto un precioso canario, para regalárselo á su hermanita, hasta tanto que reciba el que su tia le ofreció. Le ha enseñado á volar desde su jaula y venir á comer á la mano. La sorpresa de Emilia será grande, pues no espera esta expresion: principia ya á repetir graciosamente un wals que le ha enseñado. Yo quiero tambien criar uno para que divierta á V. y á mi hermanita: no tengo necesidad de ocuparme en esto para pensar continuamente en V., es por el placer que tendria en ello; aunque soy tan feliz como puedo serlo estando separado de lo que mas amo en el mundo.

GUILLERMO D.ººº Á SU MADRE.

24 de agosto.

¡Oh mi querida mamá! V. vá á querer mas y mas á mi amigo. No ha dado la fiesta á sus jóvenes vecinos con el dinero que recibió de su papá. No lo ha empleado tampoco en comprar libros; lo ha invertido en.... Pero antes referiré á



V. una conversacion que Cárlos tuvo con su papá.

Nos levantamos al amanecer. Nuestra costumbre es leer todos los dias uno ó dos pasages del antiguo Testamento antes de bajar á desayunarnos. Mr. Grandisson entró en nuestro cuarto cuando nos ocupábamos en esta lectura. Cárlos se levantó luego que vió á su papá para saludarle y besarle la mano.

*Cárlos.* Buen dia papá, ¿ha dormido V. bien?

*Mister Grandisson.* Muy bien, hijo mio: ¿y tú tambien según veo? Continúa, pues no quiero estorbar tu lectura.

*Cárlos.* No me parece regular leer delante de V. cuando me hace el honor de visitarme.

*Mister Grandisson.* La obligacion es antes que todo: ademas que tendré un placer en oirte.

*Cárlos.* Estoy pronto á obedecer á V.

Acercó á su papá una silla y siguió su lectura en voz alta. Luego que concluyó Mr. Grandisson le manifestó lo contento que se hallaba por su buen modo de leer. Es un talento, dij, mas difícil de adquirir que comunmente se piensa. La mayor parte de los lectores, sin poner cuidado al sentido de lo que leen, pronuncian las palabras como si rezasen ó cantasen; esta manera de pronunciar es muy incómoda para los que oyen. Se debe leer, particularmente la historia, con un tono natural y sin afectacion, de la misma manera que si uno refiriese la suya. Pero hoy es el dia de tu nacimiento y yo he venido á felicitarte.

*Cárlos.* Mil gracias papá. Permitame V. que le abrace y le manifieste mi reconocimiento. Este día trae á mi memoria todo lo que debo al cuidado de V. y de mi querida mamá.

*Mister Grandisson.* Estamos recompensados con tu buena conducta. Continúa, mi querido hijo, llenando tus deberes, y quiera el cielo completar su obra haciéndonos testigos de tu felicidad.

*Cárlos.* Trabajaré con nuevo ardor para hacerme digno de ese deseo. Dígnese V. honrarme siempre con sus sabias lecciones, y yo procuraré no descuidar nada para seguir las. Antes de principiar un nuevo año de mi vida, pido á V. perdon de todas las faltas que haya cometido en el precedente.

*Mister Grandisson.* No me acuerdo que me hayas dado un motivo de queja. Me alegro poderte dar este testimonio, no para que te envanezcas, y sí para animarte en el camino de la virtud. Este día, lo es de dicha, y quiero lo pases divertido. Te regalo lo que encontrarás en ese papel, para que lo emplees si tú quieres en dar una función á tus mejores amigos. Son ya cerca de las nueve, acaba de vestirme y baja con Guillermo. Tu mamá nos espera y voy á anunciaros.

¡O mamá, que dulce es hacerse digno del afecto de un padre! Mr. Grandisson estaba encantado de oír á su hijo; las lágrimas de alegría y ternura corrían por sus mejillas. ¡Pero qué cruel debe ser para unos buenos padres tener hijos indig-

nos de su amor! Quiero seguir el ejemplo de mi amigo. Muchas mas cosas diria á V. si mi carta no fuese tan larga; pero no perderá V. nada; pues que las guardo para otra que debo escribir mañana al levantarme. Desearia estar al lado de V. para demostrarla cuanto la amo; desconfio de que mis cartas se lo manifiesten. ¡Si mi hermanita pudiese decírselo á V., ella que tiene la dicha de abrazarla! Si, mi querida mamá, reciba V. mis cariños con los suyos: no componemos entre los dos mas que un corazon para querer á V. mas.

GUILLERMO D. \*\*\* A SU MADRE.

25 de agosto.

Principio esta carta, mi querida mamá, en el lugar en que dejé la otra.

Antes de bajar á desayunarnos abrió Cárlos el papel que le habia dado su papá, y encontró veinte duros. Jamas se habia visto con tanto dinero junto, se quedó un poco parado y luego me dijo: Guillermo ¿quisiera saber tu pensamiento? Por estas inmediaciones hay pocos jóvenes que puedan divertirnos: la mayor parte son tan turbulentos que su trato es insoportable. El joven Freindly es el solo cuyo caracter se acomoda con el mio, pero hace tres dias partió con su mamá para Londres. ¿Qué me aconsejas haga con este dinero? Si yo estuviese en tu lugar, le dije, lo guardaria

para comprar cualquiera cosa útil. Tres ó cuatro horas de juego ó de bayle se pasan pronto, y las estampas y los libros nos divertirán todos los días. Pero, replicó él; ¿no te incomodarás que pasemos toda la tarde en divertirnos solos como acostumbramos? No, seguramente, le respondí; tu trato me basta para estar contento. En este caso, me contestó abrazándome, podré seguir mi primera idea; á estas palabras nos encontramos á la entrada de la sala. Madama Grandisson abrazó á su hijo con todo el cariño imaginable, deseándole un buen día. Despues de desayunarnos quedamos solos con Mr. Grandisson. Carlos tomo la mano de su papá y le dijo, ¿Puedo suplicar á V. una cosa?

*Mister Grandisson.* ¿Qué es hijo mio?

*Carlos.* ¿Juzga V. absolutamente esencial que yo dé una diversion á mis amigos?

*Mister Grandisson.* Eso depende en tí.

*Carlos.* ¿Puedo yo hacer lo que me agrade con el dinero que V. ha tenido la bondad de darme?

*Mister Grandisson.* Sí.

*Carlos.* En este supuesto tengo determinado el modo de celebrar mi fiesta.

*Mister Grandisson.* ¿Quieres decírmelo?

*Carlos.* Nada haria sin su conocimiento; sin embargo temo no desapruébe mi proyecto.

*Mister Grandisson.* No hijo mio, puedes hablar con toda seguridad. Jamás te he visto hacer mal uso de tu dinero: dispon de él como quieras, se-

guro de merecer mi aprobacion. ¿Veamos que quiere comprar?

*Cárlos.* No tengo necesidad de nada; gracias á la bondad de V. nada me falta. Quiero solamente que se diviertan en mi fiesta. ¿Sabe V. los qué he elegido para celebrarla? Son los pobres de nuestra vecindad: he pedido una lista de todas las familias honradas que se hallan necesitadas. ¡Cómo se alegrarán estos pobres desgraciados con el corto festin que les preparo! Los hijos de nuestros ricos vecinos que hubiera convidado, abundan en todo como yo, y estos que quiero obsequiar hoy, se encuentran muchos dias sin pan; se alegrarán de la buena comida que les he mandado disponer. Su gozo me causará mas placer que todos los juegos que podria tener con mis camaradas. Pero esto es siempre con la condicion que no desagradará á V., papá.

*Mister Grandisson.* ¿Has podido imaginar, mi querido hijo, que esto podria desagradarme? No, apruebo en todo tu generoso designio. Los catorce años que cumples hoy y que principias á emplear tambien no pueden atraerte mas que dias llenos de felicidad. La bondad de tu corazon no quedará sin recompensa.

*Cárlos.* No hago mas que cumplir con mi deber. ¿Cuántas gracias he recibido yo del cielo en el año que acaba de pasar? ¿No es justo que haga alguna cosa por mis semejantes?

*Mister Grandisson.* Abrázame, y corre á poner

en ejecución tu laudable proyecto. Puedes dar tus órdenes á los criados; voy á decirles que te obedezcan.

—¿Qué dice V. mamá de esto? ¡O si yo fuese tan rico como Grandisson! Daría á V. todo, y á mi querida hermanita. Después le pediría una pequeña parte para poder ser benéfico como mi amigo.

GUILLERMO D.<sup>oso</sup> A SU MADRE.

27 de agosto.

Ayer fué el día, mi querida mamá, que Carlos dió la comida á los pobres vecinos de la parroquia. Tuvieron un buen asado, arroz y legumbres. Jamás he tenido tanto placer como en ver comer á estas buenas gentes. El reconocimiento y la alegría se hallaban pintados en sus semblantes: bebieron excelente cerbeza á nuestra salud repitiendo siempre, *viva Carlos Grandisson*, y éste derramaba lágrimas de regocijo. Durante la comida observó que un pobre hombre casi ciego, de vejez, no estaba servido á su gusto: hizo venir al hijo del arrendatario y le colocó á su lado, diciéndole, ten cuidado de ese pobre viejo: es el más querido de mis convidados, quiero que coma á su gusto. Padre mio, le dijo, V. tiene el primer lugar en la mesa. Es preciso que estos pobres honren su vejez, para que los honren á ellos cuando tengan la edad que V.

Concluida la comida, Cárlos repartió entre ellos el resto de su dinero. Sí mamá, les dió todo lo que habia recibido de su papá. No puede V. imaginarse cuantas bendiciones le dieron. Se enterneció tanto, que no pudo permanecer allí por mas tiempo. Me tomó de la mano y nos fuimos sin hablar palabra: al entrar en la casa, me dijo: ¿y bien amigo mio, puede haber mayor placer que socorrer á los desgraciados? ¡Oh! no, le respondí, abrazándole; no podias haberme dado una fiesta mas agradable. Mi corazon estaba tan conmovido como el suyo. ¡Ah! no pensaba yo que los pobres son tan dignos de lástima! Les falta muhas veces el preciso alimento, mientras que nosotros nos sentamos todos los dias á una mesa cubierta de manjares, siendo nuestro cuidado escoger los mas delicados. De aqui en adelante seré mas reconocido al cielo de estos favores, y tendré mas compasion con aquellos que estan en la indigencia. Sí, mi mayor placer será aliviarlos á la manera que mi amigo.

Despues de comer dimos un pequeño paseo. Creimos pasar el resto de la noche entre nosotros, divirtiéndonos como ordinariamente. ¡Pero cual fué nuestra sorpresa al llegar á casa y encontrar una numerosa concurrencia! Mr. Grandisson habia convidado á todos los caballeros de la vecindad con sus hijos paracelebrar con él el dia del nacimiento del suyo; tuvimos un bonito concierto y en seguida baile. Cárlos y su hermanita hicieron prodigios: hubiera deseado cantar y tocar el piano como ellos.

Sabe V. mamá, que no es culpa mia; no he tenido maestros, ni V. estaba en estado de dármelos. Hoy que puedo participar de las lecciones de mis amigos, me aprovecharé de ellas, para poder llegar algun dia á igualarlos y agradar á V.

Me veo precisado á concluir esta carta, mi querida mamá, pues me llaman para dar un paseo por el campo. Espero que este paseo sea muy agradable y tendré cuidado de dar á V. cuenta. Me olvidaba decir á V. que Cárlos regaló ayer á su hermanita el precioso canario, en retribucion al ramo de flores que ella le presentó. Emilia está sumamente contenta con su pajarito, pues canta las canciones que Cárlos le ha enseñado en su organito; no he visto jamás cosa tan mona. Quisiera que mi hermanita viese el cuidado que Emilia tiene con él; pero desearia mejor estar á su lado para abrazarla, porque estaria al lado de V., mi querida mamá.

GUILLERMO D. \*\*\* A SU MADRE.

28 de agosto.

Mi querida mamá, no nos hemos divertido tanto como habiamos pensado. A nuestra salida el tiempo hermoso, pero á poco principió á llover fuertemente, de suerte que nos obligó á entrar en una mala posada para dejar pasar la tempestad. Eduardo rabiaba. Emilia se puso triste, y si he de decir



á V. la verdad, yo no estaba contento. Cárlos que sabe siempre acomodarse á las circunstancias, era solo á quien no incomodaba la estacion, como va V. á oír por su conversacion.

*Eduardo.* Es una desgracia esta maldita lluvia; no podremos divertirnos.

*Cárlos.* Tomaremos aquí el te, y mientras tanto creo cesará la lluvia. Si no será facil enviar á buscar un coche para que mi hermanita no se moje.

*Emilia.* Te doy gracias, pero mas desearia que no lloviese.

*Cárlos.* Asi lo creo, pues el paseo hubiera sido mas agradable. Nuestro jardinero deseaba que lloviese, porque las plantas y los árboles tenian necesidad de agua. ¿Luego cuál de los dos deseos debia ser oido?

*Eduardo con risa burlona.* El del jardinero sin duda.

*Cárlos.* Si: verdaderamente, porque si no hubiese llovido, habrian sufrido mucho los árboles con la sequedad. ¿Y no te incomodarias tú sino tuvieses fruta? ¿Cuántas desgracias sucederian si el calor sofocase los trigos y la carestía de los granos hiciese subir el pan

*Emilia.* Sería doloroso.

*Cárlos.* Alégrate de que la lluvia aparta este mal. Ademas encontrarás otros placeres; verás como el verdor aparece mañana mas fresco y mas brillante, y las flores de nuestro jardin habrán adquirido mas vivos colores.

*Emilia.* Vamos esto es hecho. No me incomoda la lluvia, que caiga cuanta quiera sin temor de que me formalice.

*Eduardo.* Un día mas ó menos no es una gran cosa. Hubiera sido mejor que lloviese esta noche ó mañana, y nosotros podríamos habernos paseado.

*Cárlos.* Los que se pongan en camino esta noche ó mañana desean que llueva ahora. ¿Por qué quieres tú que el tiempo se gobierne segun tu fantasía?

*Emilia.* Cárlos tiene razon: nuestros deseos son tan contrarios los unos á los otros, que no es fácil que todo el mundo esté contento.

*Cárlos.* Creedme: seríamos desgraciados si todos nuestros deseos se cumpliesen. Y por lo que respecta á nosotros, ¿qué importa que la lluvia nos prive de pasearnos en comparacion á los bienes que va á producir á otros y á nosotros mismos?

*Emilia.* Pero mira los pobres pajaritos; les tengo lastima.

*Cárlos.* Sabrán ponerse al abrigo de la lluvia si les incomodase. Por otra parte, segun dice papá su pluma tiene una especie de aceite que impide que se mojen.

*Emilia.* ¡Ah! estoy contenta. Me parece que todo en la naturaleza está sabiamente dispuesto.

La lluvia se acrecentaba mas: felizmente madama Grandisson no nos olvidó, y vimos llegar el coche que venia á buscarnos. Pronto estuvimos de vuelta en casa, y Emilia se fue á divertir con

su canario, mientras que Carlos y yo jugamos una partida de volante en lugar del paseo. Eduardo siguió incomodado, y para divertirse no imaginó otra cosa que atormentar á su perro. Aprendí con esto una buena leccion, pues conocí que cuando uno se pone de mal humor por cualquiera contradicción se espone á ser desgraciado; por lo que de aqui adelante procuraré acomodarme lo mejor que me sea posible con los contratiempos que me sucedan. Hay uno que me parece muy sensible, y es entender los brazos sin poder abrazar á V. ni á mi hermanita; pienso que V. hará lo mismo.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

29 de agosto.

Será preciso, mi querida mamá, que yo refiera á V. una graciosa historia que nos sucedió ayer por la noche.

Escasamente haria media hora que estábamos acostados, cuando oimos un gran ruido. ¿Qué es esto dije, á mi amigo? no sé me respondió. ¿Serán acaso ladrones? repliqué, y en este instante oimos dar á Eduardo un grito súmamente agudo. Carlos saltó inmediatamente de la cama, poniéndose un ligero vestido, y echando mano á su espada, me dijo; sígueme Guillermo, es en la habitacion de Eduardo; encendí una luz en nuestra lamparilla, y subimos á la habitacion de su hermano para

averiguar que podia ser. Cárlos no mostraba el menor miedo: pero yo temblaba de pies á cabeza. Cuando entramos en el cuarto de Eduardo, lo encontramos tendido en tierra debajo de una mesa que habia caido sobre él, con sus libros y papeles. Despues de haberle ayudado á levantar le dijo Cárlos; ¿qué te ha sucedido?

*Eduardo.* No lo sé; pero yo tengo un miedo terrible.

— *Cárlos.* ¿Y porqué casualidad te encuentras en tierra?

*Eduardo.* Te lo voy á decir; pero antes déjame respirar un poco.

*Guillermo.* ¿Has visto alguno? ¿Son ladrones?

*Eduardo.* No, no lo creo; no sé todavia lo que es.

*Cárlos.* ¿Pero porqué has dado un grito tan espantoso?

*Eduardo.* Tú hubieras hecho otro tanto si te hubieses encontrado en mi lugar: no sé como he caido de la cama; es un duende el que me ha arrojado de ella.

*Cárlos.* ¿Lo crees tú Eduardo?

*Eduardo.* Te digo que ha sido un duende.

*Cárlos.* Temia te hubiese sucedido alguna cosa mas seria, pero veo que no es mas que un objeto de risa. Advierto que estás todo espantado: Guillermo está tambien fuera de sí. Voy á buscar un poco de agua de Melisa que es á propósito para los sustos.

*Eduardo.* No hajes solo, llama á un criado.

*Cárlos.* No hay necesidad. Procuremos no hacer ruido para que nuestros padres no despierten.

*Guillermo.* ¿Qué? ¿te atreverás á andar por toda la casa sin que nadie te acompañe?

*Cárlos.* ¿Y por qué no, amigo mio, qué quieres que yo tema?

*Eduardo.* Yo no soy tan medroso como tú, y sin embargo no me atreveria á hacer otro tanto: escueha Cárlos.

*Guillermo.* Bueno, ya está bien lejos: ha salido como tal cosa; francamente, tiene valor. ¿Pero Eduardo qué es lo que te ha sucedido?

*Eduardo.* Te lo diré cuando Cárlos vuelva.

*Guillermo.* Toma, ya está aqui.

*Eduardo.* ¿No has visto nada?

*Carlos.* *Sonriéndose.* Sí, he visto la galería, la escalera, mi armario y esta botella. Vamos, toma un poco de esta agua fortificante que te dará valor para esperar el duende.

*Eduardo.* Te ruego no te burles.

*Cárlos.* ¿Por qué no? Justamente debe uno burlarse de los duendes.

*Guillermo.* ¿Tú no crees que haya venido?

*Cárlos.* No, ¿dime, Eduardo, por qué aventura nos encontramos los tres fuera de la cama á estas horas, y despues quién te ha hecho á tí salir de la tuya?

*Eduardo.* Te repito que el duende.

*Carlos.* Mas bien habrá sido un sueño.

*Eduardo.* No, ciertamente estaba despierto.

*Cárlos.* Cuéntanos pues la historia.

*Eduardo.* Mira: sabes que no me gusta dormir con luz en mi habitación. Acababa de apagarla y de meterme en la cama, cuando he oído andar muy despacio. Me he sentado en la cama y descorriendo un poco la cortina, he visto claramente en ese rincón dos luces, que tan pronto eran grandes como pequeñas, y que se movían.

*Carlos.* Habrá sido un vaido que te habrá dado.

*Eduardo.* Sí, un vaido, es una cosa que yo he visto como ahora á tí.

*Carlos.* ¿Y en seguida?

*Eduardo.* Permanecí muy quieto sin atreverme á respirar. Despues ví que las luces se apagaron y oí correr en la habitación haciendo un ruido muy fuerte contra la puerta.

*Guillermo.* De solo oírlo se me erizan los cabellos.

*Eduardo.* Por mas que Cárlos bubiéra querido ser valiente, se habria turbado como yo.

*Carlos.* ¿Pero porqué no has llamado para que te trajesen luz?

*Eduardo.* ¿Y podía yo? El miedo me habia cerrado la boca: un momento todo estuvo tranquilo, pero bien pronto oí que se deslizaba contra la pared, y en seguida á la escasa luz de la luna, he visto contra las cortinas de la ventana un gran fantasma blanco que parecia crecer

por instantes. Me he puesto las manos sobre los ojos de miedo por no ver una cosa tan espantosa, he querido atreverme á bajar poco á poco de la cama y echarme fuera de la habitacion. La fantasma á mi parecer se puso á rugir y se vino derecha á mi. Entonces con el miedo caí contra la mesa echándola sobre mí, dando un grito que ha llegado á vuestros oídos. ¡Pero poco á poco, creo se oye todavía!

*Guillermo.* Me parece tambien que he oido moverse una cosa debajo de esa cómoda.

*Cárlos.* Apostaria á que es una rata que está escondida ahí debajo.

*Eduardo.* Pero las ratas no son blancas, y la que yo he visto es á lo menos tan gorda como nuestro perro de presa.

*Cárlos.* Vamos á ver que es. Si está aquí es preciso que se encuentre.

Cárlos se puso en seguida á mirar todos los rincones: registró detras de la cama, debajo de la cómoda, encima del pupitre, y bajo de la mesa. Vea V. el duende, gritó, ya lo he encontrado. ¿Y qué seria este duende? ¿Lo adivinaria V. mamá? Era un gran gato blanco del arrendatario, que seguramente se habria deslizado sin verlo dentro de la casa, y habia subido á la habitacion de Eduardo. Todos tres dimos una gran carcajada. Carlos se burló graciosamente de la credulidad de su hermano, y el gato se salió precipitadamente luego que vió la puerta abierta. Eduardo quedó con-

fuso de esta aventura. No puedo comprender, decia, como el gato me ha parecido tan grande y espantoso. Es propiedad del miedo representarnos las cosas bajo otro aspecto que lo son, y sobre todo acrecentarlas nuestra imaginacion. ¿Pero las dos luces que sin duda yo he visto? Lo crees: respondió Cárlos, eran los ojos del gato que te parecian mas grandes ó mas pequeños segun los abria ó cerraba, creeme, estos son todos los duendes, de los que los tontos tienen miedo, como del gato de nuestra historia. Cuando se trata de averiguar la causa, todo es natural.

Despues de esta conversacion nos volvimos á acostar; habiendo dormido el resto de la noche tranquilamente. Esta mañana mientras el almuerzo hemos contado á Mr. y Madama Grandisson la historia del duende y han alabado la resolucion y serenidad de Cárlos. Es una verdad que yo no he visto una presencia de espíritu como la suya. Por lo que respecta á Eduardo y á mi no hemos sido los últimos en reirnos de nuestra habilidad: estoy avergonzado de mi poco valor. Espero que esta historieta divertirá á mi hermanita, y podrá darla en una ocasion semejante un poco mas de atrevimiento que el que ha tenido su hermano.

A Dios mi querida mamá, V. no me escribe tantas veces como yo deseo. Emilia me habla muchos ratos de mi hermanita; querria saber si ustedes estan siempre contentas. Suplico á V. me dé noticias de mi hermanita, tanto para satisfacer mi



carño como el interés que demuestra mi jóven amiga por una personita que tanto amo. Yo la abrazo en nombre de V. para mejor hacerla conocer el afecto que la tengo.

MADAMA D.\*\*\* A SU HIJO.

*6 de setiembre.*

Siento infinito, mi querido hijo, las tiernas convenciones que me haces, porque no te escribo. No tendria ocupacion mas agradable si pudiese hacerlo siempre. Pero debes conocer que estoy sumamente ocupada en el cuidado que exige tu hermanita. Me veo precisada á instruirla por mí misma, ya que no tengo los bienes necesarios para pagarla maestros. Es verdad que me encuentro bien remunerada de mi trabajo, por sus buenas disposiciones y aplicacion. Aprende todo con gran facilidad, nada la es dificultoso, y me admiro cada dia de sus progresos. Sus sentimientos no me causan menos satisfaccion; seria dificil encontrar un corazon mas sensible y recto. Todo lo que tú me escribes de cuando en cuando acerca de Emilia, la causa un gran placer. La preciosa carta que esa bella señorita escribe á su mamá dándola cuenta del incendio de sus vecinos, de la que me enviaste copia, la ha causado la mas viva impresion. Ella refiere todos los dias la desgracia del incendio. Si hubiera sido rica, me decia ayer, me habria con-

ducido como Emilia. ¡Qué placer deberá haber tenido en socorrer á las pobres señoritas Falston! ¡Si, hija mia, la respondí yo, habrá sido dichosa! y yo lo soy tambien al ver que tomas parte en las penas de los demas. Es una prueba de tu buen corazon, y mereces por esos sentimientos que los demas tomen parte en tus desgracias. Estas disposiciones afectuosas es preciso las haya en la sociedad, para consolarse mutuamente en sus penas. Lo que V. dice mamá es bien cierto: cuando yo estoy triste y mis amiguitas toman parte en mis penas, no me cuesta tanto consolarme, y por esto las amo mas, en lo que encuentro placer. ¿No es esto mi querido hijo un sentimiento bien delicado, y una espresion encantadora de su inocencia? Ella tiene todos los dias muchas semejantes que me enternecen hasta el punto de derramar lágrimas.

No me causan menos las que tú me demuestras en tus cartas. Conozco que salen del fondo de tu corazon, y las recojo con alegria en el mio: ellas me consuelan. Veo que no lo he perdido todo sobre la tierra al perder mi esposo, pues que me quedan mis hijos para quererme tan tiernamente como yo los amo. Sí, á vosotros dos encargo el cuidado de mi dicha. Este cuidado no os será penoso, pues que me es suficiente veros felices por vuestras virtudes.

Todas las cartas que recibo de Madama Grandisson están llenas de pruebas las mas satisfactorias respecto de tí. La amistad que nos une tiene mucha

parte en tus elogios. Sin embargo, quiero creer que tú conoces bastante el precio de estas bondades para no hacer nada que pueda atraerte reconvenciones sobre tu conducta. Seria vergonzoso merecerlas, teniendo continuamente á la vista un modelo tan perfecto como Cárlos. El cariño que te tiene me causa el mayor placer. Jamás tiene una inclinacion á aquellos que no merecen nuestro aprecio. Continúa en seguir los buenos ejemplos de tu amigo. Un jóven dotado de cualidades tan nobles te debe inspirar una laudable emulacion; y tú no puedes responder de otra manera á su cariño que procurando hacerte digno de amarle.

Veó que tu corazon sufre por no poder imitar sus buenas obras. Tendria un placer en ponerte en estado de ejercer esta virtud; cultivala siempre en tu interior hasta el momento en que la fortuna te permita seguir movimientos tan generosos. Mientras tanto, mi querido hijo, recibe el poco dinero que te envío; desearia ofrecerte mas, pero es todo lo que mi estado me permite disponer. He remitido á Mr. Grandisson todo el que ha suplido para tus necesidades: esto únicamente está destinado para tus diversiones, y estoy segura que sabrás encontrarlas en el digno empleo de un corazon sensible y generoso.

A Dios, mi querido hijo, te abrazo con todo el cariño de una madre que no espera su felicidad mas que del amor y virtudes de sus hijos.

## GUILLERMO D.ººº A SU MADRE.

12 de setiembre.

Doy á V. un millon de gracias, mi querida mamá, por el regalo que me ha enviado. ¿Cómo dice V. que es poco? ¡Oh! no; permitame V. contradecirla, me parece demasiado. V. no es rica, y me remite diez duros para mis diversiones. ¿No es esto mucho mas que si V. estuviese en la opulencia y me hubiera mandado diez veces mas? Temo que V. se haya quedado sin nada por enriquecerme. Este pensamiento turba la alegría que yo habria tenido en recibir prueba tan grande de su bondad. Esté V. penetrada que conozco todo el valor de esta dádiva, y que sabré emplearla de una manera que quede V. satisfecha.

Confieso á V. que he sentido un poco de orgullo al dar parte á Emilia de lo que V. me dice de mi hermanita. Me parece que me envanecerian mas sus perfecciones que las que yo pueda adquirir. Emilia me ha parecido satisfecha de que su conducta haya sido de la aprobacion de V. Se hace cada dia mas preciosa y mas amable. Pues que mi hermanita aprovecha tambien lo que escribo acerca de mi amiga, referiré á V. una aventura que la ha sucedido. Francamente, en un principio tuvo la culpa, mas despues la ha hecho mucho honor para que yo no tenga un placer en contar á V. lo que

ha pasado. La pobre niña estaba ayer en el salon con Eduardo; se entretenian en tocar algunas piecitas en el piano. Hay en esta sala un armario lleno de porcelanas las mas preciosas. Emilia tuvo la curiosidad de abrirlo, para ver unas figuras chinescas que acababan de regalar á Madama Grandisson. Tomó una en sus manos con el fin de examinarla mas de cerca. Eduardo, que siempre está pensando en hacer diabluras, la dijo » mamá, mamá, baja la escalera”. Emilia, temiendo la encontrase enredando, puso la figura en el armario; pero retirando con precipitacion el brazo dejó caer una taza que se hizo mil pedazos, y se asustó sobre manera por esta desgracia. Sabia que esta taza era de un gran precio, y que su mamá la conservaba con mucho cuidado porque hacia parte de un almuerzo que le habia regalado una de sus mejores amigas: Eduardo se levantó del piano al grito que dió Emilia; y vea V. aqui la conversacion que tuvieron.

*Eduardo.* Verdaderamente acabas de hacer una obra muy buena; no querria yo estar en tu lugar.

*Emilia.* ¡ O mi querido hermano, ves lo afligida que estoy: no me asustes mas, te lo suplico. Dame mas bien un buen consejo.

*Eduardo.* ¿ Qué consejo quieres que te dé? Aun cuando te tomes el trabajo de ir á casa de todos los comerciantes, no encontrarás una taza igual á esa; asi no hay otro remedio mas que te embarques para la China á fin de buscar otra como ella.

*Emilia.* ¿Qué placer encuentras en atormentarme con tus bufonadas?

*Eduardo.* ¿Pero porqué enredas en el armario?

*Emilia.* ¿No te sucede á tí lo mismo; no es verdad?

*Eduardo.* Ahora se trata de tí. ¿Qué necesidad tenias de tocar la porcelana?

*Emilia.* Es cierto; he hecho mal. Sin embargo, si tú no me hubieras asustado sin motivo no habria roto nada.

*Eduardo.* El almuerzo de china que mamá apreciaba tanto, está ya incompleto; lo mismo es que si no hubiese una sola pieza.

*Emilia.* Daria todo el mundo porque no hubiera sucedido esto.

*Eduardo.* ¡O, si, desconsuelate; por eso no lograrás nada.

*Emilia.* ¡O mi querido hermano qué cruel eres! Carlos no me atormentaria asi.

*Eduardo.* Pues bien, no llores mas: te voy á decir lo que debes hacer.

*Emilia.* Veamos, dime.

*Eduardo.* Nadie ha oido lo que acaba de suceder, nosotros podemos recoger todos los pedacitos y ponerlos uno junto al otro en el armario. Mamá no lo mirará esta mañana. Cuando estemos comiendo podrás decir que has oido caer la china en el armario: yo te apoyaré. Mamá irá á verlo, y sin duda imaginará que la porcelana ha caido ella misma.

*Emilia.* No, mi querido hermano, vé lo que yo no haré.

*Eduardo.* Y, por qué no? tu no acusas á nadie.

*Emilia.* No importa, es una mala salida. Decir una mentira es peor que romper la porcelana.

*Eduardo.* En hora buena; te doy un medio de salir del compromiso, no quieres aprovecharlo; pues bien, es negocio tuyo.

*Emilia.* ¡Ay, qué va á ser de mí!

*Eduardo.* Te compadezco, pero soy bien tonto de tomar pesadumbre. No hay más remedio que sufrir el castigo.

*Emilia.* Si, quiero mejor sufrir el castigo que engañar á mamá: voy á buscarla para decirle la falta que he cometido, y la desgracia que me ha sucedido. La pediré perdon prometiéndole no tocar más en mi vida la llave de su armario.

Emilia se disponia á salir cuando vió entrar á su mamá. Se paró toda desconcertada poniéndose alternativamente encarnada y descolorida y mudando de color á cada instante antes de prorrumpir una sola palabra, y solo derramando un torrente de lágrimas; pero cual fué su sorpresa cuando Madama Grandisson, que lo habia oido todo, tomándola en sus brazos, y acariciándola la dijo: tú eres una buena hija, mi querida Emilia. No sé lo que has roto; pero aun cuando fuese la pieza mas preciosa, te perdono en favor de tu franqueza y confianza. Pero V. señorito, continuó dirigiéndose á Eduardo, suba á su cuarto para medi-

tar la lección que su hermanita acaba de darle. Es V. dichoso en que su papá lo ignore, pues sería mas severo que yo. Vaya V. y avergüéncese de ser tan embustero. Veo que en adelante no se puede tener seguridad en sus palabras, y si puedo tenerla en las de mi hija.

Vea V. mamá como fué recompensada Emilia por no haber seguido el mal consejo de Eduardo; si lo hubiera hecho de otra manera habria sido castigada, pues que Madama Grandisson lo oyó todo. La relacion de este acontecimiento creo no sea inutil á mi hermanita. No es porque yo sospeche que pueda jamás tener la idea de engañar á V. sino por animarla á que persista en los buenos principios que ha recibido de V. ¡ Ah, ella es dichosa porque los puede oír de su boca! Hace ya tiempo que yo no gozo de esta felicidad. Un mar inmenso y borrascoso me aparta de lo que mas quiero en este mundo. ¡ Oh, cuando podrá V. vernos á mi hermanita y á mi á sus rodillas para demostrarla nuestro acendrado cariño!

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

16 de setiembre.

¡ O mi querida mamá, todo el mundo está aquí en la mayor consternacion. Carlos salió á caballo esta mañana temprano, acompañado de un lacayo, con el objeto de visitar á uno de sus amigos



á dos leguas de esta casa de campo; y todavía no ha vuelto. Su papá le habia prevenido estuviere aquí antes de las cinco y ya son las nueve. Jamas ha faltado á las órdenes de sus padres, y es preciso le haya sucedido alguna desgracia. La noche es sumamente obscura con una fuerte niebla. M. Grandisson ha hecho marchar un ayuda de cámara para adquirir noticias de su hijo. ¡Con qué impaciencia esperamos su vuelta!

Las 11.—; Qué desolacion! El ayuda de cámara ha vuelto de la casa de campo donde Carlos habia ido á pasar el dia, diciendo que habia salido con su criado antes de las cuatro. ¿Qué le habrá sucedido? ¿Se habrá perdido en el bosque? ¿Habrá caído de su caballo? ¿Que se yo? ¿Le habrán asesinado los ladrones? ¡O cielos! Madama Grandisson está medio muerta, Emilia no hace mas que llorar, Eduardo corre como un loco hácia la escalera y entrada de la casa: Mr. Grandisson, aunque trata de consolar á su esposa deja ver su desesperacion. Habia enviado una porcion de hombres á caballo por diversos caminos, para procurar encontrar al pobre Carlos. Si no hubiese sido por el miedo de abandonar á su esposa al dolor en que está sumergido, él mismo habria volado en busca de su hijo. ¡O si hubiera ido con mi amigo! A lo menos habria compartido su peligro. Madama Grandisson no me permitió acompañarle por estar un poco constipado. Si la hubiera rogado tal vez me hubiera dejado ir con él. Soy bien desgraciado,

no sé cómo sufrir mi tristeza: no puedo tener la pluma ni veo lo que escribo.

La una de la noche = Nada de Cárlos todavía: nadie se ha acostado. ¿Quién ha de descansar? Los criados muestran el mayor sentimiento. Eduardo y Emilia gritan sin cesar, ¡O hermano, mio, hermano mio! y esto me aflige mucho mas. ¡Si fuese ya de día!

Las seis y media de la mañana. = Gracias á Dios, mamá, ya tenemos noticias de Cárlos. El criado que le acompañaba acaba de llegar; nada le ha sucedido á mi amigo: ni tampoco tiene la culpa de nuestra inquietud: no se ha detenido por pereza ni por diversion; lejos de merecer que se le acuse es digno de la mayor alabanza. ¡O cuando sepa V. lo que ha sucedido! Pero Mr. Grandisson quiere que absolutamente nos vayamos á descansar algunas horas para tranquilizarnos de la turbacion y fatiga que hemos sufrido esta noche, y es preciso obedecer. A Dios mamá, hasta que me despierte, mi primer cuidado será escribir á V.: de aquí á dos horas estaré ya de pie.

Las nueve: voy á contar á V., mi querida mamá, lo que ha sucedido á mi amigo Cárlos, segun la relacion de su lacayo.

Su jóven amo y él se pusieron en camino antes de las cuatro, como he dicho á V., para llegar aquí á la hora que Mr. Grandission le habia prevenido. Apenas habian andado un cuarto de legua cuando repentinamente principió á oscurecer. So-

brevino una niebla tan espesa que apenas se distinguian los objetos á una vara de distancia.

Cárlos, que naturalmente es valiente, nada le impuso, y continuó su camino al gran trote, cuando de repente vió delante de él un hombre tendido en tierra. ¿Qué es esto, dijo Cárlos, deteniendo su caballo? Será sin duda algun borracho, respondió el criado, sigamos señor.

No, replicó Cárlos, si es un borracho le retiraremos del carril, no sea que le coja algun carruage sin verlo. Aun no habia concluido estas palabras cuando ya estaba pie á tierra. Luego que se acercó, conoció por su uniforme ser un anciano oficial. Tenia en la cabeza una grande herida, de la que le salia sangre en abundancia. Cárlos le habló, mas el herido no le respondia. Es un hombre muerto, dijo el criado, que tambien se habia desmontado. — No, no que vive todavia, solo está desmayado. ¡O cielos! ¿Que haremos? Qué hemos de hacer, respondió el criado, continuar nuestro camino y en ese primer pueblecillo haremos que vengan gentes á socorrerlo. Que poco piadoso eres Johom, respondió Cárlos con viveza. Antes que llegasen aquí las gentes que mandásemos, el herido estaria ya muerto. Vé cuanta sangre ha perdido: ata nuestros caballos á esos árboles y socorrámoslo en lo que podamos ¿Como piensa V. en eso, señorito, dijo Johom? La noche se acerca, y con esta niebla tan espesa será imposible encontrar el camino.

*Carlos.* Y bien, nos quedaremos aquí.

*Johom.* ¿Y sus Señores Padres? ¿No piensa V. en su cuidado.

*Carlos.* Tienes razon, no habia pensado en ello.

Carlos iba á montar á caballo, cuando volviéndose hácia el oficial con los ojos llenos de lágrimas se sintió detenido por una fuerza interior. No, desgraciado anciano, gritó, no te abandonaré en tan cruel situacion. Mis padres sabrán disculparme, y no dejaré perecer asi uno de mis semejantes sin haber hecho antes cuanto esté á mi alcance para socorrerlo; á estas palabras se despojó de su vestido y lo desgarró por medio.

*Johom.* ¿Qué hace V. señorito?

*Carlos.* Es preciso vendarle la frente para contener la sangre.

*Johom.* Pero, señorito....

*Carlos.* No me digas nada, ven á ayudarme.

En seguida dobló su pañuelo aplicándolo sobre la cabeza ensangrentada del anciano. Despues rasgó á la larga de su vestido una tira, sujetando lo mejor que pudo este vendage con algunos alfileres. En seguida, ayudado de Johom, sacó al desgraciado fuera del camino, colocándolo á un lado.

¿Qué haremos ahora, Señorito, dijo Johom;

*Carlos.* Inmediatamente marcha á escape al primer pueblecito, y conduce gentes que puedan transportar este pobre herido á la primera casa; yo les pagaré su trabajo, mientras tanto me quedo aquí.

*Johom* ;El cielo me guarde el obedecer á V.! no: no lo haré. ¿Yo dejar á V. solo en un sitio tan solitario? Señorito, su papá no me perdonaria jamas.

*Cárlos.* Me encargo de todo; obedéceme.

*Johom.* Vamos Señorito, si V. me lo manda tan espresamente nada tengo que repiicar, pero á lo menos acuérdesese V....

*Cárlos.* Tendré todo presente; marcha.

*Johom* metió espuelas á su caballo y partió á todo escape. Encontró á corta distancia una choza en la que dos hombres trabajaban obras de hueso, y al rededor algunas mugeres y varios niños. Abrió la puerta, y dirigiéndose al que hacia cabeza de la familia, le suplicó viniese con su hijo mayor á socorrer un anciano oficial, que habia caido en el camino y se hallaba herido. Al principio pusieron alguna repugnancia para salir con un tiempo tan oscuro, y por sola la palabra de un desconocido. Pero al fin persuadidos por las lágrimas de *Johom* y por el aire de sinceridad que demostraba en sus protestas, tomaron una especie de angarillas y le siguieron. En este intervalo *Cárlos* no abandonó un momento al anciano, y á fuerza de cuidado logró que volviese en sí.

¿ Me atreveré á prenguntar á V., le dijo, luego que le vió abrir los ojos, quién es V. por qué accidente se encuentra en este estado? Mi nombre es Arthur, respondió el anciano, con voz débil y balbuciente, soy mayor del regimiento 33; salí de mi casa para dar un paseo. Mi caballo dió un

paso en falso en el carril arrastrándome con su caída. Mi cabeza dió contra una piedra, he querido levantarme; pero el dolor del golpe, la pérdida de sangre y la debilidad de la edad me hicieron caer sin conocimiento: ignoro lo que despues me ha sucedido. Pero amable jóven ¿es V. quién se muestra tan sensible en mi desgracia, y quién ha vendado mi cabeza salvándome de la muerte?

*Carlos.* Sí señor, yo he tenido la dicha de poderle servir. Me acompañaba un criado á quien he hecho correr á todo escape á la primera poblacion, para procurar á V. un alojamiento y socorros mas útiles que los míos.

*El Mayor.* ¿Qué V. ha tenido ánimo de quedarse á mi lado sin embargo de lo solitario del sitio y la oscuridad de la noche? ¿Todavía tan jóven me ha prodigado cuidados tan filantrópicos. Qué agradecido debo estar á V.

*Carlos.* V. no debe agradecer nada. He cumplido con mi deber, y si puedo serle á V. mas útil será para mí una satisfacción.

Esta conversacion fué interrumpida por la llegada de Johom, con los dos colonos. Entre todos pusieron al mayor sobre las angarillas, tendiéndolo en un colchon que venia en ellas. Sin embargo del cuidado que llevaban, los movimientos de la marcha despertaron el dolor de la herida, y volvió el mayor á caer en un profundo desmayo.

Carlos habiendo dado su caballo para que le condujese Johom, marchaba en silencio al lado de

las angarillas, prodigando al enfermo los socorros que le eran posibles. Luego que llegaron á la puerta de la barraca, hizo montar á uno de los aldeanos en su caballo para ir á buscar con toda prisa á un cirujano.

Sin embargo Johom, hacia las mas vivas instancias á su jóven amo para obligarle á volver cuanto antes á su casa, manifestándole la ansiedad en que estarian sus padres. ¡Cómo! respondió Cárlos, ¿dejaré á este anciano moribundo en manos estrañas? Tú ves que aun está sin conocimiento. ¿Qué habria hecho por él si le abandonase en la actualidad?

*Johom.* ¿Qué dice V. mi querido señorito?

*Cárlos.* Mé he resuelto. Marcha á casa y dí á mis padres lo que ha sucedido para que se tranquilicen. Diles que espero aqui sus órdenes.

*Johom.* Verdaderamente, señorito, eso es lo que yo no haré. Su papá me recibiria perfectamente si yo fuese sin V.

— Es preciso que sea asi, replicó Cárlos, tomando un tono de firmeza; no pierdas tiempo pues ya es de noche.

Por mas que Johom protestó contra la imprudencia de su señorito, le fué preciso marchar.

Cárlos se tranquilizó con la idea de que sus padres iban pronto á tener noticias suyas. Pero debia suceder una nueva desgracia. La niebla estaba mas espesa, la noche se oscureció demasiado y Johom extraviado en un bosque, que debia atravesar, no sabiendo por qué lado salir se vió obli-

gado, despues de marchas y contramarchas á sentarse al pie de un árbol para esperar el dia, y dejarnos toda la noche en la mas cruel inquietud. El pobre muchacho no podia sufrir mas el frio y la fatiga, cuando llegó esta mañana. Sin embargo de su prisa temblaba presentarse temiendo ser despedido. No sabré pintar á V. su sorpresa cuando despues de su relato oyó esclamar á Mr. Grandisson, ¡cuántas gracias debo dar á Dios por haberme dado tal hijo! Y tu Johom, porque has cumplido con sus órdenes, toma esta media onza á fin de que olvides tan mala noche. Vé á refrescar y á descansar un poco para volver despues á donde está mi hijo. No le hago ninguna reconvencion por la inquietud que nos ha causado; ha hecho cuanto estaba de su parte para evitarla.

¡Pero cuánto vá á sufrir el corazon de mi amigo luego que sepa por Johom lo que hemos padecido! Johom ha marchado ya, he visto que Mr. Grandisson le dió para su hijo un bolsillo lleno de oro para que pagase lo que fuese necesario. Estoy impaciente hasta saber si este pobre mayor está muerto ó vivo. Espero dar á V. prontas noticias. A Dios mamá, ameme V. siempre, quiera V. tambien á mi amigo Cárlos por su valor, prevision y humanidad. Las 11. = Cárlos ha llegado, mi querida mamá. ¡Con que alegría le he abrazado! Es un angel á mis ojos. Gracias á su cuidado; el mayor está mucho mas tranquilo, y será prontamente curado de su herida.



Cárlos llegó en el momento en que menos lo esperábamos. Emilia fue la primera que le vió, y gritó fuera de si, Cárlos, Cárlos; corriendo con precipitacion á su encuentro. Entraron abrazados. Cárlos la dejó para volar hácia su papá, precipitándose á sus pies, no levantándose sino para arrojarse á los brazos de su mamá. Voy á referir á V. palabra por palabra lo que se dijeron: no lo olvidaré jamas.

*Cárlos.* ¿Podran ustedes perdonarme, mis queridos padres, la incomodidad que les he causado?

*Mister Grandisson.* ¡Perdonarte, hijo mio! Ven para abrazarte mil y mil veces. Has llenado tu deber respecto de uno de tus semejantes, sin olvidar lo que nos debes. Creia no poderte amar mas, pero me engañaba.

*Cárlos.* Me confunde V. con su bondad, papá.

*Mister Grandisson.* No hablemos mas, hijo mio. ¿Cómo está tu enfermo?

*Cárlos.* Está mucho mejor. Tiene un poco de debilidad, pero el cirujano me ha asegurado que su herida no es peligrosa.

*Madama Grandisson.* ¿Está todavía en la cabaña de esas pobres gentes? ¿Tendrán cuidado de su persona?

*Cárlos.* No pase V. pena, mamá, su hijo queda á su lado. Luego que me dió las señas de su casa, envié un espreso para instruir á su familia de lo que le habia ocurrido. El mayor de sus hijos corrió inmediatamente hácia el punto donde se

hallaba su papá. ¡Qué placer para mí haber puesto á un padre, que sufría, en los brazos de lo que mas quiere!

*Mister Grandisson.* ¿Y el mayor tendrá los medios suficientes para procurarse lo que sea necesario.

*Cárlos.* O, si, mi querido papá, es muy rico y vea V. aqui el bolsillo tal como me lo ha enviado: no he necesitado servirme de él.

*Mister Grandisson.* Pues bien, es para tí.

*Cárlos.* ¿Para mí, papá?

*Mister Grandisson.* Sí Cárlos, te lo regalo como una prueba de mi satisfaccion. Estoy seguro que no echarás mano de él sino para emplearlo bien. Continua en ser toda tu vida como lo eres en la actualidad; guárdate de endurecer jamas tu corazon á los males de tus hermanos.

*Cárlos.* ¿O papá, qué podré decir á V. ! Termina sus reconvenciones y me confunde con sus bondades!

*Madama Grandisson.* ¿Però cómo lo has pasado en la choza?

*Cárlos.* Confieso á V. mamá que no me ocupaba mucho del sitio donde estaba. No prestaba atencion mas que al pobre anciano que tenia que verle morir á cada instante.

*Madama Grandisson.* ¿No habrás dormido en toda la noche?

*Cárlos.* Hice poner una saca de paja al lado de la cama del mayor, pero la inquietud de V. V. da de

mis hermanos, y mi amigo que se me representaba sin cesar; mis continuos temores respecto de mi pobre herido, todo alejaba de mí el sueño. ; Ah, si hubiese pensado que V. V. debian estar una noche entera sin saber lo que era de mi, cuanto habria sufrido!

*Madama Grandisson.* Abrázame otra vez, hijo mio, me privo del placer de oírte para que descanses.

Fue necesario separarnos, y yo lo acompañé hasta su habitacion. Soy dichoso, me dijo, apretándome la mano, en que mis padres estén contentos de mí. Sin embargo de la satisfaccion que he tenido en servir á este pobre mayor, no me hubiera consolado de su desaprobacion.

Amable y querido amigo, exclamé yo arrojándome á sus brazos; es todo lo que pude decirle, mamá. Mis ojos estaban inundados de lágrimas y mi corazon suspiraba sin cesar, y no podia separarme de sus brazos. ; Qué placer causa la sensibilidad! Y qué placer es tener un amigo tierno y virtuoso.

## EL PEQUEÑO

## GRANDISSON.

## LIBRO TERCERO.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*20 de setiembre.*

Me felicito, mi querida mamá de dar á V. á conocer un nuevo rasgo de moderacion y generosidad de mi amigo. No, no tengo suficientes palabras para esplicarlo; creo no haya en todo el universo un jóven de un carácter tan noble como el suyo.

El Conde de.... le regaló, hace unos dias un p<sup>z</sup> ro de una raza muy estraña. El jóven Falkland, uno de nuestros vecinos, se lo habia pedido al Conde muchas veces; pero no habia podido lograrlo, porque todos están informados de la crueldad con que trata á los animalitos que tiene. Su pla-

cer consiste en atormentarlos de mil maneras, y en hacerles reñir hasta que se destrozan el uno al otro Falkland tiene mas de una docena de perros. ¿Creerá V. que solo se entretiene en esto? pues no. Tiene ademas animales de otras especies, como son gatos, monos, papagayos, águilas, &c. con los que pasa la mitad del dia. Me parece que es preciso tener muy poco talento para perder el tiempo en ocupaciones tan pequeñas, en lugar de emplearse en instruirse en las ciencias y artes. Aunque posee tan gran número de animales, se picó de que el Conde hubiese regalado el perro á otro que no se lo habia pedido. ¿Qué sucedió de esto? Apenas hacia quince dias que Carlos tenia el perro en su poder, se lo encontró muerto en un rincon de la casa. Hasta ayer no se ha sabido por un criado de Falkland, que este mismo habia mandado dar veneno al perro, porque no era suyo. ¡Qué monstruos se encuentran entre los hombres! Digo monstruo y aun me parece débil la espresion. Sí, mi querida mamá, es un monstruo para mi aquel que se complace en destruir una cosa que otro posee con solo el objeto de incomodarle. Pero la siguiente conversacion que tuvimos ayer tarde Eduardo, Carlos y yo, paseándonos en el jardin, daré á V. á conocer como mi amigo se ha vengado de esta infamia.

Le manifesté la incomodidad que sentia por la cruel muerte dada al pobre animal. Lo he sentido mucho, me dijo; no hubiera creido que la pérdi-

da de un perro me hubiera sido tan sensible. Pero este animal era hermosísimo y principiaba ya á tomarme cariño.

*Eduardo.* Falkland ha cometido una infamia en haber envenenado al perro. No se lo perdonaria en mi vida si á mí me hubiese sucedido tal chasco.

*Cárlos.* Yo le perdono por no parecerme á él.

*Eduardo.* Eres demasiado bueno: yo le aborrezco de muerte.

*Cárlos.* Yo no le aborrezco, pero sí le desprecio. Le tengo lástima porque posee pasiones tan violentas y detestables. Dar una muerte cruel á un inocente animal, únicamente porque otro no lo tenga es una vileza cometida á sangre fría, que manifiesta la facilidad de precipitarse en los más horrorosos escesos.

*Eduardo.* Antes de ayer tuvo el atrevimiento de llamarse tu amigo.

*Cárlos.* No ignoro que es preciso no fiarse en vano de palabras; debemos conocer á fondo las gentes antes de creer en su amistad.

*Eduardo.* ¿Qué, no te atreverás á echarle en cara su mala acción, y romper con él?

*Cárlos.* No le insultaré públicamente; me contentaré con tratarlo lo menos que me sea posible. El trato con un jóven que piensa tan bajamente, no me puede convenir.

*Eduardo.* No basta eso. ¿Quiéres que le corte las orejas? Habla y veras como lo liago.

*Cárlos.* Me guardaré muy bien: sus orejas no me volverían mi perro.

*Eduardo.* Pnes bien: todavía nos queda otro partido. Falkland tiene diez ó doce perros de agua y galgos. ¿Hay mas que envenenárselos? De este modo nos vengaremos.

*Carlos.* ¿Lo merecen sus pobres perros?

*Eduardo.* ¿Qué quieres dejar sin castigo tal infamia?

*Carlos.* A mi no me toca eso; no debo yo ser su verdugo: lo abandono á los remordimientos de su conciencia.

*Eduardo.* Estoy con curiosidad hasta saber cuál es el modo de pensar de papá acerca de esta aventura. No me admiro de que no haya nunca querido que tuviésemos una estrecha amistad con ese bribon.

*Cárlos.* Es una prueba de que habia conocido su mal corazon. Esto me enseña á que debo consultar á mis padres sobre la eleccion de mis amigos. Como tienen mas esperiencia que nosotros, saben distinguir mejor los buenos y malos caracteres. Con sus sabios consejos confio guardarme de las malas compañías que me podrían corromper. Pero Eduardo, juzgo no ser necesario decir á papá la accion indigna de Falkland.

*Eduardo.* ¿Y por qué ocultársela?

*Cárlos.* Le avergonzaremos mas con un frio desprecio, que no con quejas.

*Guillermo.* Ese es un noble modo de pensar.

*Carlos.* Basta ya: hablemos de cosas mas agradables. Esta noche tendremos una bonita reunion.

¿No vamos á dar un paseo por el campo?

*Eduardo.* Un momento si gustas. Mira, mira, ¿no ves lo que hay encima de ese árbol?

*Guillermo.* Me parece ver un pájaro de una pluma muy extraña. Hace esfuerzos para volar.

*Cárlos.* Verdaderamente; pero está atado por las alas.

*Eduardo.* ! O qué dicha! Es el papagayo de Falkland que se ha escapado de la jaula. Sí, le conozco, y pues que le tenemos en nuestro poder, él pagará por el perro. Su amo no le daría por diez doblones: va á ser bien castigado.

*Cárlos.* Mi querido Eduardo, el pobre animalito está padeciendo. Guillermo, hazme el favor de ir por una escalera para subir al árbol y desatar al pobre pájaro.

*Eduardo.* Para devolvérselo á Falkland, ¿no es verdad?

*Cárlos.* Sin duda, pues que es suyo.

*Eduardo.* El te ha muerto tu perro, ¿y tú quieres salvar su pájaro?

*Cárlos.* ¿Por qué no? Me lleno de placer al ver que desde hoy puedo yo hacerle un favor por el mal que me ha hecho.

*Eduardo.* Mira lo que haces. La suerte te proporciona el medio de vengarte.

*Cárlos.* No es poca venganza poderle manifestar que mi corazón es mejor que el suyo.



*Eduardo.* Sí, si fuese capaz de conocerlo.

*Cárlos.* En ese caso lo haré por mi propia satisfaccion.

A esto llegó el jardinero con una escalera que yo habia dicho trajese. Cárlos mismo subió al árbol y desató al papagayo que se habia enredado en las ramas con un hilo que tenia en los pies. En seguida volvió á la casa, y encargó á un criado lo llevase á Falkland.

¿Qué piensas de mi hermano? me preguntó Eduardo, viéndolo marchar.

--¿Puedes tú condenarle, le respondí, por ser tan generoso?

--No, sin duda: pero conozco que yo no soy tan perfecto para imitarle.

--En nosotros consiste llegar á serlo con tan buen modelo.

Cárlos volvió inmediatamente. Su cara estaba animada con dulce satisfaccion; jamás he sentido tan intensamente el placer que se disfruta en hacer bien. O mi querida mamá, ruego á V. conserve mis cartas para poderlas leer cuando vuelva á su lado. Seria indigno de llamarme su amigo si su conducta no me estimulase, y me diese bastante fuerza para aprovechar los buenos egemplos que recibo de él todos los dias. Desearia que fuesen conocidos de todos los jóvenes de nuestra edad. Si se encuentra tanto placer en leer las acciones generosas de los otros, cuanto mas se disfrutará al hacerlas por sí mismos. Si, mi querida mamá, este sen-

timiento se ha grabado en el fondo de mi corazón y lo conservo con alegría para hacerme en algún tiempo digno de su cariño. Abrazo á mi hermanita, sin embargo de la distancia que nos separa, dos veces, una por mí y otra por parte de Emilia:

GUILLERMO D. <sup>ooo</sup> A SU MADRE.

26 de setiembre.

Mi querida mamá; ayer estuvimos de función campestre, con motivo de la cosecha de los frutos de Otoño. El aire era apacible, el cielo sereno, y por todas partes se oían alegres canciones acompañadas de flautas y otros instrumentos. Es un gusto ver, al traves de las hojas de los árboles, los jardineros vestidos de blanco, subir á las ramas mas altas para coger el fruto, mientras que sus mugeres é hijos las reciben en sus delantales, poniéndolas en seguida en blancos canastos. Nosotros cogiamos tambien la fruta de las ramas á que podiamos alcanzar. Este trabajo era alegre y gracioso, y causaba un extremo placer.

Algunas pobres muchachas, muy mal vestidas, nos miraban por entre las rejas de los jardines. Una de ellas, luego que concluimos, llamó al jardinero, y le hablaba como suplicándole, volviendo de cuando en cuando la cabeza hácia mi amigo. Carlos lo vió, pero esperó á que el jardinero hubiese concluido; llamándolo en seguida: copio á V.

la conversacion que pasó, pues será la mejor es-  
plicacion.

*Cárlos.* ¿Qué suplicaba á V. esa pobre niña?

*Jardinero.* Lo diré á V., señorito. Todo el mundo sabe que V. tiene un corazon sumamente compasivo; me rogaba le pidiese algunas frutas para su madre que se halla enferma.

*Cárlos.* ¿Pide para su madre? Es una buena hija. Vaya V. á darla tantas manzanas como pueda llevar. Tengo un placer en recompensar el amor que tiene á quien la ha dado la vida.

*Jardinero.* Voy á darla de las mas pequeñas; de aquellas que no estan bien maduras.

*Cárlos.* Como, amigo mio, ¿V. quiere escoger para una pobre enferma la peor fruta? No, no: todo al contrario, dela V. de las mejores.

*Jardinero.* Temia faltasen para la provision de V.

*Cárlos.* ¿No me ha dicho V. que la cosecha no ha sido jamás tan abundante como este año?

*Jardinero.* Si señor, los trojes se van á en-  
chir.

*Cárlos.* Pues bien, de esta abundancia que el cielo nos envia, demos á lo menos alguna cosa á los que nada tienen.

*Jardinero.* ¡Mi querido señorito; con razon le ama á V. todo el mundo! Es V. la misma bondad del cielo; voy á obedecerle pues que todo lo que hace merece la aprobacion de sus padres.

El jardinero marchó á ejecutar sus órdenes.

Eduardo habia oido la conversacion , y se acercó á su hermano diciéndole ; no trato de criticar tu buena obra ; pero no puedo sufrir que estas gentes del pueblo tengan siempre que pedir alguna cosa.

*Cárlos.* Si ellos no piden lo que les hace falta, ¿tendriamos el cuidado de pensar en ellos? Nosotros pedimos todos los dias á nuestros padres mil cosas supérfluas : dejemos á lo menos á los pobres la libertad de esponernos sus necesidades.

*Emilia.* Cárlos tiene razon. ¿No seria criminal que tuviesemos mas de lo que necesitamos , aun para nuestros gustos, y que los pobres careciesen de lo preciso para vivir? Diré á mamá esta tarde, el estado en que se halla la madre de esa pobre niña, y estoy segura de que la socorrerá.

Mr. Bartlet que venia hácia nosotros y oyó las últimas palabras de Emilia , alabó su humanidad. Carlos le preguntó si las manzanas eran un alimento sano para los enfermos. Excelentes , respondió Mr. Bartlet , sobre todo cuando son cocidas. Este fruto que se adapta á todos los temperamentos , es tanto mas precioso quanto se puede conservar la mayor parte del año. ¡Cuán grande es la sabiduría y bondad del Criador que cuida de nosotros en el invierno, luego que la tierra no se halla en estado de producir los deliciosos frutos con que nos ha regalado en el estío ! O mi querida mamá , mi reconocimiento será eterno respecto á la divina providencia, que provee á las necesidades de todos los habitantes de la tierra , con un cuidado

tan generoso. ¡Ah! sin embargo, ¡cuántos hijos ingratos hay que devoran las provisiones del invierno sin pensar en las manos bienhechoras de quien las han recibido. El cielo me guarde de ser de ese número; y yo que le debo tanto favor en haberme dado una mamá tan buena. Sí, mamá, por V. sola le amaría aun cuando nada mas poseyese sobre la tierra. Dignese V. recibir mis respetuosos sentimientos y continuar honrándome con los suyos. Mi hermanita y yo se lo rogamos; tomo por prenda el primer beso que V. la dé, ya que yo no puedo lograr esta dicha.

P. D. Mister Grandisson acaba de recibir en este momento una carta del Conde de .... primer gentilhombre de la cámara del rey, en la que le ordena pase Carlos á la corte: se ignora el motivo. Mi amigo parte mañana para Londres con Mr. Bartlet. ¡Cuánto pesar va ha causarme su ausencia! La costumbre que ya habia adquirido de estar siempre á su lado, me hará mas doloroso el tener que pasar dias enteros sin verle ni hablarle. ¡Cuánto tiempo estaremos separados! M. Grandisson está tranquilo acerca de este mensaje. La carta del Conde es sumamente afable y nada anuncia de malo, sin embargo yo pierdo á mi amigo. La idea de su dicha me consuela en nuestra separacion. Me ha prometido escribirme. ¡Oh mi querida mamá, con qué alegría enviaré á V. copias de sus cartas!

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*30 de setiembre.*

Me doy prisa, mi querida mamá, á enviar á V. segun lo habia prometido, una copia de la primera carta que he recibido de mi amigo Carlos. Verá V. las aventuras que le han sucedido en su viaje, y su llegada á Londres. Espero con impaciencia las primeras nuevas que me participe; y como me asegura que serán felices, juzgue V. si me apresuraré á comunicarselas. Lleno de esta dulce esperanza abrazo á V. con todo mi corazon, é igualmente á mi hermanita.

CARLOS GRANDISSON, A SU AMIGO

GUILLERMO D.\*\*\*

*Londres 28 de setiembre.*

Ignoro todavia, mi querido amigo, cual es el objeto de nuestro viaje á esta. El principio de nuestra expedicion no ha sido muy feliz. Talentos supersticiosos, no hubieran presagiado nada bueno: pero nosotros, mi querido Guillermo, que hemos recibido de nuestros padres instrucciones mas sensatas, nos guardariamos de abatirnos por vanos pronósticos.

Apenas habiamos andado algunas millas, uno de nuestros caballos se paró sin querer andar mas. El postillon creyó vencer su resistencia, dándole

fuertes latigazos, lo que me causó mucha pena, porque no puedo ver tratar con dureza á un animal tan dócil y útil. No tardamos en hechar de ver que el caballo estaba enclabado, y que la falta no era suya. Fue preciso ir despacio hasta la parada inmediata. Los caballos que nos dieron corrian con ligereza, pero en un trozo de mal camino se rompió el eje del carruaje. Felizmente ningun mal nos hicimos. No habia ninguna casa por aquel sitio, y no nos quedó otro partido que bajar de la silla y marchar á pie. Por mí no me daba ninguna pena, pero me afligia por nuestro buen amigo Mr. Bartlet. El frio, la humedad del aire asi como la fatiga del camino, me alarmaban por su salud. El sol se iba á poner, y andabamos lentamente seguidos de nuestro criado Enrique. Principió á llover fuertemente; en fin, despues de hora y media de camino, vimos á nuestra derecha una pequeña casa, no muy lejos de él. Fuimos recibidos por un labrador, encorbado bajo el peso de los años y del trabajo, y por su muger que no era mas jóven que él. Estos buenos viejos y sus hijos nos acogieron con mucha bondad. Los hijos mayores corrieron en seguida á buscar un carro en la vecindad: y fueron juntos á donde habia quedado nuestro carruaje para ayudar al postillon á componerle lo mejor que fuese posible. No se acabó la operacion hasta muy entrada la noche. Era ya muy tarde para ponernos en camino; se resolvió pasar la noche en aquella pobre cabaña, que en semejante ne-

cesidad me pareció tan buena como un palacio. Mientras que una de las hijas nos preparaba una cena sencilla; señores, nos dijo el viejo, esten Vs. tranquilos, nosotros les cederemos nuestra cama, en la que podran descansar como necesiten para emprender de nuevo el camino. Mr. Bartlet no queria aceptar este agasajo, pero nuestro huésped y su muger le hicieron tantas instancias, que lograron convencerle. No pusieron mas que dos cubiertos en la mesa; Mr. Bartlet que lo notó, les dijo: ¿han cenado Vs. ya amigos míos? No señor; pues cenemos juntos y la cena será mas alegre. Nosotros no nos hubieramos atrevido á tomarnos esta libertad, pero pues que V. lo manda será obedecido. La rústica cena se puso en la mesa: un buen pedazo de asado, un plato de legumbres, cerveza, queso, algunas frutas fue todo; pero puedes creer que jamas he hecho mejor cena en toda mi vida. Toda la noche la pasé en un sueño, en tal disposicion que Mr. Bartlet tuvo trabajo en despertarme. Acabo de hacer un excelente desayuno, y aprovecho un momento para escribirte, en el interin que Mr. Bartlet da las gracias á nuestros huéspedes, y les manifiesta nuestro agradecimiento. Me veo precisado á finalizar, pero despues de nuestra primera vista al Conde te comunicaré mis noticias. Mis respetos á papá y mamá, mil cariños á mi hermano y hermanita.

- Te abrazo y soy tuyo siempre.

- *Cárlos Grandisson.*



GUILLERMO D.<sup>oso</sup> A SU MADRE.

2 de octubre.

Dije á V. bien, mi querida mamá, cuando 'la aseguré que tendria que anunciarla buenas noticias de mi amigo Cárlos. Lea V. la copia de la carta que acabo de recibir; y tambien la que Mr. Bartlet ha escrito á Mr. Grandisson. Apenas tengo tiempo de copiarlas, pues va á salir el correo. Quisiera, sin embargo, poder explicar á V. la alegría de mi corazon. No puedo mas que exclamar. ¡Qué dicha para mí ver á mi amigo feliz y escribirlo á mi querida mamá!

CÁRLOS GRANDISSON Á SU AMIGO

GUILLERMO D.<sup>oso</sup>

Londres 30 de setiembre.

¿Podrás jamas adivinar, mi querido amigo, cuál ha sido el objeto de nuestro viaje á esta ciudad? No sin duda, pues que yo mismo no me atrevo á creerlo. Pues bien, de órden del rey se me ha dado el título de Conde, honrándome con una colocacion distinguida cerca de los Príncipes.

No sé qué pueda haberme grangeado estos honores; quieren persuadirme que lo debo á mi conducta; pero me parece que yo no he hecho mas

que cumplir con mis deberes, y que el llenarlos no merece recompensa. Así, lo que acaba de sucederme lo miro como un favor del cielo, que quiere remunerar las virtudes de mis dignos padres; yo me alegro mas bien por ellos que por mí mismo. Mr. Bartlet escribe á mi papá; sabrás sin duda lo que le dice. Apenas tengo tiempo para manifestarte que soy por siempre tu fiel amigo

*Cárlos Grandisson.*

MR. BARTLET, Á M. GRANDISSON.

Señor y querido amigo: ¡Que feliz nueva tengo que comunicar á V! ¡Y cómo va á rebosar de alegría el corazón de madama Grandisson! El amable Cárlos.... ¡Oh! merece V. los favores con que el cielo recompensa su modo de obrar. Le he manifestado á V. siempre que su hijo estaba destinado para hacer la dicha de sus padres. ¡Tan jóven ser ya el objeto de las gracias del soberano y del aplauso de todas las gentes! Sí; no hay persona que despues de haberle conocido no le crea digno de este honor. Pero yo tengo á V. suspenso sin decirle su brillante destino. Sepa V. que el rey acaba de honrarle con el título de Conde, y de colocarlo en calidad de émulo cerca de los Principes. El Conde, de cuya esposa es hermana del mayor Arthur, á quien Cárlos salvó la vida, pintó al rey con rasgos tan sublimes la humanidad, conocimientos y sentimientos de Cárlos, que S. M. deseó verle, y

despues de la primera entrevista le ha llenado de favores.

El Conde, que presentó á Cárlos á S. M. y que estuvo presente durante la audiencia me manifestó que jamás persona alguna ha sido acogida con tanta bondad. El rey se dignó presentarlo á los Príncipes, á quienes hizo llamar.

Su amable hijo contestó á todas las preguntas que se le hicieron con una libertad respetuosa, y con una espresion admirable á su edad. Los jóvenes Príncipes querian que desde luego quedase cerca de ellos: pero Cárlos les hizo presente la necesidad que aun tenia de pasar algun tiempo más en la casa paterna para instruirse y hacerse digno de responder al alto encargo que se le confiaba.

Me ha confesado al salir que le asistia otra razon para haber pedido esta dilacion, y era que no debiendo permanecer su amigo Guillermo mas que tres meses en Inglaterra, tendria un particular sentimiento en separarse de él antes de este término. Vea V. como jamás le abandona su presencia de espíritu, ni los favores de la fortuna son capaces de hacerle olvidar lo que debe á la amistad.

El Conde ha dado hoy un gran convite en obsequio de su hijo de V. Este ha recibido las enhorabuenas de los convidados, con tanta gracia como nobleza. Las alabanzas que le han prodigado no le han dado el menor sentimiento de orgullo; todos han quedado admirados de su amabilidad y

dulzura. No crea V., querido amigo, que mi interés por su apreciable familia me haga hablar con entusiasmo de su hijo: V. recibirá en su favor los mismos testimonios en la carta que el Conde le escribe.

Pasaremos aquí cinco ó seis dias para cumplir con los que tanto nos han favorecido, y despues partiremos para conducir á ese punto el digno objeto de su cariño.

*Bartlet.*

P. D. El Conde acaba de hacerme abrir la carta para anunciar á V. que á Eduardo se le ha agraciado con una subtenencia en el mismo regimiento de que el mayor Arthur es coronel.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

*4 de octubre.*

Tuve tan poco lugar, mi querida mamá, cuando remití á V. los dias pasados las copias de las cartas de Carlos y Mr. Bartlet, que no me quedó tiempo para estender las reflexiones que me han ocurrido con motivo de la fortuna de mi amigo. Conozco que no acabaria en un dia si tratase de decir mis pensamientos. Me es mas facil y agradable decir á V. cuanto he agradecido el recurso que ha conservado de nuestra amistad. ¡Cómo! ¡por el temor de separarse de mí antes del término

señalado, ha sabido resistir á los deseos de los Príncipes y sacrificar las satisfacciones que hubiera desde luego gozado en la corte! ; Ah! no corresponderé con ingratitud. Sabe V. cuanto le amo; ha visto V. en todas mis cartas que están llenas, de espresiones cariñosas hácia él: y desde ahora le quiero mas. He conocido despues de su ausencia cuán necesaria me es su compañía para mi dicha. A pesar de todas las caricias de Mr. y Madama Grandisson, y de las pruebas de amistad de Eduardo y Emilia, encuentro cierto vacío. Me parece que no vivo; no me resta otro consuelo que pensar sin cesar en él; y ocuparme en las cosas que los dos hacíamos. Sí, mamá, todos los trabajos que practicábamos juntos, los hago actualmente solo para que su ausencia no se conozca tanto. He removido un jardinito, le he adornado con flores del tiempo, para que vea á su vuelta el cuidado que he tomado por lo que le interesa. He continuado la copia que él habia principiado de unos diseños de arquitectura. No saldrán tan buenos como si él los hubiera ejecutado, pero están mejores y he puesto mas cuidado que si hubieran sido para mí. Estoy seguro que su amistad disimulará la debilidad de mi lapiz y que los verá con placer en su coleccion. Tambien he copiado en sus libros de música algunas piezas nuevas que han venido despues de su marcha. He arreglado su biblioteca, cuidado sus pájaros, distribuido algunas cantidades á sus pobres, en fin he procurado hacer todo aquello que él mis-

mo hubiera hecho. ¡ Ah, si me hubiera visto precisado á estar todo este tiempo sin ocupacion, hubiera sido digno de lástima ! Procuro no estar un instante ocioso para no dar entrada á la tristeza. Envio á V. en prueba de ello esa pequeña obrita sobre las ventajas del trabajo que he traducido.

A Dios, mi querida mamá; cuando mi amigo se halla lejos de mí, siento doblemente estar separado de V. No tengo otro consuelo que saber cuanto me ama y conocer cuanto la quiero.

### *Ventajas del trabajo.*

Mr. Dorville, rico fabricante, era enemigo infatigable de la ociosidad. No solamente dedicaba todo el dia al trabajo, sino que tenia cuidado de que toda su familia le imitase. Compasivo con los que no podian trabajar por enfermedad, ó mucha edad, no tenia piedad con las gentes robustas que pedian limosna, por no querer dedicarse á ninguna ocupacion. Les preguntaba por qué no trabajaban, y luego que le decian que no encontraban adonde, les ofrecia ocupacion en sus manufacturas, pero si rehusaban aceptarla, les prevenia no se presentasen mas delante de él.

No se abria ni cerraba ningun fardo de mercaderia, sin que sus hijos Francisco y Roberto ayudasen á la operacion. Tenia un jardin bas-

tante grande á la espalda de su casa. En el buen tiempo hacia trabajar en él á sus hijos bajo la direccion del jardinero: durante el invierno les ocupaba en hacer obras de carton y en tornear. Sus tres hijas encargadas del manejo de la casa no estaban un momento ociosas.

Para mejor escitar y sostener el amor al trabajo, pagaba á sus hijos las obras que hacian; y tenia cuidado de recompensar al que se distinguia por su actividad. Con estas ganancias, sus hijos tenian lo necesario para sus diversiones y entretenimientos.

Jamás habia entre ellos la mas pequeña reyer-ta ni incomodidad. Gozaban una robusta salud, y cada dia encontraban un nuevo placer en su aplicacion.

Si los hermanos regalaban á sus hermanas un ramo de claveles ó jacintos, ellas les daban pañuelos bordados, cordones para los bastones y relojes, obras todas de su industria. Si ellos presentaban para los postres frutas de los árboles que habian plantado é injertado, disfrutaban la satisfaccion de oir los elogios de sus padres, y estos mismos manifestaban á sus conocidos la habilidad de sus hijos. Entonces cada uno tomaba su vaso brindando á la salud de los jóvenes jardineros.

Todos los años se celebraban en la familia siete dias de fiestas extraordinarias, á saber, los dias del nacimiento de los padres y de los cinco hijos. Veianse competir en estos dias el cariño y

los placeres. Sobre todo en los de sus padres, los hijos animados de una laudable emulacion procuraban aventajarse los unos á los otros en la riqueza de sus presentes. Los hijos les ofrecian obras de carton perfectamente barnizadas, ó juguetes de marfil y de ébano trabajados artísticamente en el torno. Las hijas les presentaban obras bordadas que habian trabajado en secreto. El padre y la madre, como se puede imaginar, recompensaban estos presentes, dándoles una bonita comida, á la que convidaban á todos sus amigos. La fiesta se concluia siempre con un baile, en el que estos jóvenes excitados por la música, se agitaban hasta mas no poder; y los padres estaban transportados de alegría al ver sus gracias naturales y su contento.

¿Quién creeria que estos niños se disgustasen de un método de vida tan dulce! Francisco habia ido un dia á visitar á sus primos; volvió á casa con semblante triste; su papá, que por algunas palabras indirectas comprendió desde luego el motivo de su tristeza, hizo como que no lo conocia. Sin embargo, como se hallase triste al otro dia por la mañana, Mr. Dorville despues de comer le propuso dar un paseo para ir á ver los sembrados, y tuvieron la siguiente conversacion.

*Mister Dorville.* ¿Qué tienes, mi querido Francisco? ;Me inquieta el aire de tristeza que veo en tu semblante!

*Francisco...* *Queriendo reirse.* No es nada papá.



*Mister Dorville.* Por mas que quieras reírte no estás tan alegre como acostumbras.

*Francisco.* Es cierto.

*Mister Dorville.* ¿Tienes algun motivo de disgusto?

*Francisco.* ¡Oh! si me atreviese á decírselo á V.

*Mister Dorville.* ¿Temerías el abrirme tu corazón? ¿No soy tu amigo?

*Francisco.* Temo que V. se incomode.

*Mister Dorville.* ¿Incomodarme yo? No ignoras que eso es contrario á mis principios y carácter.

*Francisco.* Es verdad; pero.... dejeme V. con mi secreto.

*Mister Dorville.* ¿Por qué, pues qué te aflige?

*Francisco.* Tal vez V. no querrá remediar mi tristeza.

*Mister Dorville.* Segun eso, ¿piensas tú que querré mas bien verte triste que contento? ¡Esperaba que tuvieses otra idea de mi cariño!

*Francisco.* ¡O papá, qué dice V. no, no; sé que V. funda su alegría en vernos contentos.

*Mister Dorville.* No sé qué pueda impedirte el confiarme tu secreto. Cuéntame tu pena, y yo te prometo que haré cuanto esté de mi parte para disipártela.

*Francisco.* Pues si V. lo desea diré lo que me aflige. Nos tiene V. todo el dia como esclavos trabajando desde por la mañana hasta la noche. Vea V. como á mis primos los deja su papá que hagan lo que gusten. ¿No podemos nosotros hacer lo mismo?

*Mister Dorville.* ¿Y es eso solo lo que te aflige? No hay cosa mas fácil que complacerte. No quiera Dios que yo te haga trabajar contra tu voluntad; eres dueño de hacer lo que gustes, hasta tanto que tú mismo me instes para volver á tus ocupaciones.

Sumamente contento Francisco de gozar esta libertad con el consentimiento de su padre, empleó el resto del dia en andar de aquí para allí en el jardin.

Mr. Dorville se levantaba todos los dias temprano, cuando la mañana estaba serena, se paseaba por el campo, acompañado del hijo que el dia anterior habia sido mas dócil y aplicado.

A los dos dias de esta conversacion la salida de la aurora anunció una de las mas bellas mañanas. Mr. Dorville se preparaba á salir: Francisco le oyó, y aunque él conocia que no era digno de acompañarle, se vistió precipitadamente y suplicó le permitiese ir con él. Mr. Dorville consintió con mucho gusto. Se fueron á sentar en lo alto de una colina, desde donde se descubria toda la campiña de los alrededores. Era en los primeros dias de la primavera. Los prados que un mes atras estaban cubiertos de nieve, descubrian una risueña verdura. Los árboles de los bosquecillos se vestian de hojas tiernas; y los frutales estaban adornados de flores blancas y purpúreas. No se oian los silvidos del fuerte Aquilon, y solo los gratos trinos de lasavecillas herian el oido. Veianse las ovejas y po-

trillos brincar sobre la yerba. Los labradores arando cantar con alegría. Un número considerable de viajeros marchaban por todos los caminos que alcanzaba la vista. Los unos conducian grandes carros cargados de trigo, de vino ó de mercancías; los otros llevaban sobre sus espaldas canastas llenas de yerbas y de flores. Jóvenes aldeanas marchaban á compás, conduciendo sobre sus cabezas cántaros de leche. Todos avanzaban á paso largo hácia las puertas de la ciudad, que acababan de abrirse para recibirlos. Francisco conmovido por este cuadro sentia saltar de alegría su corazon. Se arrojó á los brazos de su padre exclamando. ¡O papá, qué mañana tan deliciosa! Doy á V. gracias por el placer que me ha proporcionado.

*Mr. Dorville.* ¡Si todos nuestros amigos estuviesen aquí para gozar con nosotros! Siento que no hayamos hecho venir á tus primos cuando hemos pasado por delante de su puerta.

*Francisco.* Estan todavía en la cama, y no se levantarán hasta pasadas dos ó tres horas.

*Mr. Dorville.* ¿Es posible? ¿Pasan la mejor parte del dia en dormir?

*Francisco.* Alguna vez he ido á verlos á las nueve de la mañana, y aun no habian abierto los ojos.

*Mr. Dorville.* ¿Sin duda envidiarás su suerte?

*Francisco.* Verdaderamente que no, papá. Si yo durmiese como ellos no gozaria del placer que siento.

*Mr. Dorville.* Hé aquí una ventaja del amor al trabajo. El nos despierta temprano para hacernos disfrutar de las bellezas de una hermosa madrugada.

*Francisco.* Bien puede uno levantarse temprano sin trabajar.

*Mr. Dorville.* ¿Y qué harías?

*Francisco.* Me pasearía unos días por una parte y otros por otra. Hoy subiría á lo alto de la colina, mañana me metería en el bosque; otras veces iría á sentarme á la orilla del río.

*Mr. Dorville.* Muy bien, amigo mio; no tenemos mas que trescientos sesenta y cinco días en el año. Si quitamos todas las mañanas frías y lluviosas, apenas quedarán sesenta y cinco que sean tan hermosas como la de hoy. ¿Irás á pasear la mañana que hace niebla, que llueve ó nieva, ó que un viento impetuoso arroja el granizo ó la escarcha?

*Francisco.* No ciertamente; tan mal tiempo me privaría de pasear.

*Mr. Dorville.* ¿Qué harías los trescientos días del año si no trabajases?

*Francisco.* No sé.

*Mr. Dorville.* ¿Y creés tú francamente que serías dichoso en no saber que hacerte?

*Francisco.* Confieso que no: el tiempo me parecería muy largo.

*Mr. Dorville.* ¿No será mejor trabajar con actividad, que no frotarse los ojos, estender los brazos, bostezar y dejarse caer en una silla, como haces cuando estas desazonado?

*Francisco.* Si no trabajase podria divertirme en jugar.

*Mr. Derville.* Tú sabes que yo jamás te he impedido divertirte; pero veremos si el trabajo ó una vana disipacion te hará gozar el verdadero placer. Estoy lejos de querer que mis hijos no sean tan dichosos como puedan serlo. Tú no trabajarás jamás y jugarás siempre, si me pruebas que el juego te proporciona mas satisfacciones que el trabajo.

*Francisco.* No hay miedo, papá, esta prueba no me será difícil.

*Mr. Derville.* Pues bien; veamos.

*Francisco.* ¿No ha observado V. que cuando estoy jugando salto, rio, bailo y hago mil cabriolas? Es cierto que no hago esto cuando estoy trabajando.

*Mr. Derville.* Sin embargo, yo te he visto muchas veces divertirte y reir con tu hermano cuando estais trabajando.

*Francisco.* Sí, pero lo hago con mucho mas gusto cuando juego.

*Mr. Derville.* Ningun dia dejas de jugar. ¿Podrás manifestarme alguna cosa agradable que te haya quedado de tus juegos?

*Francisco.* No, papá, no tengo mas que el recuerdo.

*Mr. Derville.* ¿Y no tienes nada de tu trabajo?

*Francisco.* Sí señor: hay en mi jardin mas de tres docenas de árboles que yo he plantado é in-

geriado. Todas las eras estan cubiertas de buenas legumbres, y las platabandas de hermosas flores.

*Mr. Dorville.* ¿Nada mas?

*Francisco.* Si señor; en mi habitacion tengo un grande armario lleno de obras de paja y carton, con mil pequeños juguetes de marfil y ébano que yo he trabajado en mi torno.

*Mr. Dorville.* ¿Pero todos estos objetos no los miras tú en la actualidad con enfado pensando las gotas de sudor que te han costado? Diciendo me han hecho trabajar un dia entero.

*Francisco.* Aun quando me hubiera costado mas.....

*Mr. Dorville.* ¿Y qué?

*Francisco.* Poco á poco, papá, quando veo mi armario adornado del fruto de mi trabajo, quando cojo un ramo de flores para mis hermanos, ó que tengo hermosas frutas y blancas ensaladas que ofrecer á mi mama, entonces soy dichoso, y no me acuerdo de los cuidados y trabajo que he sufrido para obtenerlas.

*Mr. Dorville.* Dime, ¿el tiempo que has gastado en cultivar el jardin ó en torneár, quisieras haberlo empleado en el juego?

*Francisco.* Ciertamente que no; pues en la actualidad nada tendria.

*Mr. Dorville.* A lo menos te acordarias. ¿No cuentas esto por nada?

*Francisco.* O, eso no vale nada.

*Mr. Dorville.* Creo comprender por tus reflexiones que los juegos no pueden divertir sino es cuando uno está en ellos; y convendrás que no divierten tanto como uno espera. El trabajo al contrario, despues de habernos ocupado agradablemente nos deja ciertos goces útiles. Por mas de veinte años encontrarás un nuevo placer en coger las frutas de los árboles que has plantado por tu misma mano, en lugar que no conservarás memoria de tus juegos frívolos. Puedes decidir ahora lo que dá el verdadero placer, si el trabajo ó las vanas diversiones.

*Francisco.* ¡ Oh papá! Del modo con que V. me presenta las cosas no hay en que dudar. Es el trabajo sin contradiccion el que me hace feliz.

*Mr. Dorville.* Vé si tengo razon en hacerlo apreciar. Si te dijese vamos, Francisco, no trabajes mas; quiero que pases el tiempo en jugar; ¿no seria hacerte desgraciado para toda tu vida?

*Francisco.* Sí, lo conozco. Todos los juegos me serian pronto insoportables.

*Mr. Dorville.* ¿No te parece el juego mas agradable despues del trabajo?

*Francisco.* Sí, papá, convengo con V.

*Mr. Dorville.* Entonces es cuando yo te digo que juegues. Tú sabes que convidó á tus primos y algunos otros de tus compañeros para que vengan á jugar contigo. ¿Has olvidado vuestros combates de lucha y carrera, y las partidas de tirar á la barra?

*Francisco.* No, papá, me acuerdo perfecta-

mente. Ha tenido V. la bõndad de asistir muchas veces, y he visto á V. sonreirse cuando las ganaba.

*Mr. Dorville.* En efecto; esto sucede muchas veces.

*Francisco.* Es que yo soy mas fuerte que mis compañeros. A mis pobres primos, sobre todo, no les temeria mucho aun cuando los dos se uniesen contra mí.

*Mr. Dorville.* ¿No tendrán tanta edad como tú?

*Francisco.* V. lo sabe. El mas jóven me lleva un año.

*Mr. Derville.* Será porque tú estás mejor alimentado?

*Francisco.* Perdone V. papá, ellos comen mejor todos los dias que nosotros los de fiesta.

*Mr. Derville.* No sé de donde dimana el tener mas fuerza que ellos, sino que sea por el trabajo.

*Francisco.* Perdone V.; eso no me parece posible; pues que el trabajo me debilita algunas veces hasta el estremo de no poder moverme.

*Mr. Dorville.* Pero, hijo mio, ¿quiénes son los que mas corren?

*Francisco.* Los corredores.

*Mr. Derville.* Te ruego me digas, ¿por qué razón?

*Francisco.* Porque estan acostumbrados á correr.

*Mr. Derville.* Sin embargo, la carrera los fa-



tiga algunas veces, como debilita el trabajo.

*Francisco.* Sin duda.

*Mr. Dorville.* Sí; pero al otro día están menos listos, y tú menos descansado y menos valiente?

*Francisco.* Es verdad.

*Mr. Dorville.* En una palabra: ¿no has visto personas cuyos miembros son más fuertes que los de otros?

*Francisco.* O sí; nuestro herrero, por ejemplo: no hay más que mirar sus brazos, todos sus músculos manifiestan su vigor.

*Mr. Dorville.* ¿Y cómo puede haber adquirido ese vigor?

*Francisco.* Lo ignoro. Este hombre está todo el día encorvado sobre el yunque. Desde su juventud se ha ejercitado en manejar un martillo que á mí me costaría trabajo levantar con las dos manos.

*Mr. Derville.* ¿Cómo, lo crees tú más fuerte que yo?

*Francisco.* O papá; no quisiera verlo á V. reunirse con él, aun cuando yo estuviese allí para socorrerle.

*Mister Dorville.* Esto me prueba más y más que el trabajo fortifica á los hombres. Convencete que ese que hace ejercicios más violentos que yo es también más robusto. Tú ejercitas las fuerzas más que tus primos, y por la misma razón eres más fuerte. El trabajo es el único medio para adquirir vigor.

*Francisco.* En efecto; principio á creerlo.

*Mister Dorville.* Me decias poco ha que tus primos estaban mas regalados que tú.

*Francisco.* Es muy cierto.

*Mister Dorville.* Sin embargo, padecen continuamente del estómago.

*Francisco.* Sí, casi siempre.

*Mister Dorville.* ¿Y el tuyo sufre esta incomodidad?

*Francisco.* Jamás, papá. No ignora V. que siempre tengo buen apetito.

*Mister Dorville.* Sí, pero hay dias que comes con mas gusto que otros. Lo conozco mas particularmente cuando acabas de trabajar en tu jardin.

*Francisco.* Verdaderamente, como mucho, mucho mas cuando trabajo.

*Mister Dorville.* ¿Cómo es eso? El trabajo fortifica tus brazos y estómago, y aguza tu apetito; desde aqui adelante no trabajarás. Pero no; quiero que mi hijo coma bien sin que padezca indigestiones como sus primos. No quiero que sus compañeros sean mas fuertes en la lucha y en la carrera.

*Francisco.* Pero papá, hay muchas personas que me dicen, que siendo V. tan rico no debia hacernos trabajar.

*Mister Dorville.* Esas personas hablan como unos ignorantes, y tú lo serias si los creyeses. Si te estuvieses en la cama hasta las nueve del dia, ¿podria yo con todo mi dinero hacerte gozar los encantos de tan bella mañana?

*Francisco.* Ciertamente que no.

*Mister Dorville.* Por muchos años cogerás las frutas de los árboles que tú has plantado. Puedes hacer regalos á tus hermanos y amigos con las bonitas obras que ejecutas al torno. Vé lo que te queda de tu trabajo y el manantial de goces que se renovarán mil veces. Con todo mi dinero ¿puedo yo hacer que te reste alguna cosa tan dulce de tus juegos cuando se han concluido?

*Francisco.* ¡Ah! no papá.

*Mister Dorville.* ¿Puedo yo en fin, con todas mis riquezas hacer que tus miembros sean robustos, y evitar que tu estómago sufra indigestiones?

*Francisco.* Menos aun.

*Mister Dorville.* Mira pues cuantas ventajas proporciona al trabajo; ventajas preciosas que todo el oro del mundo no te pueden procurar.

*Francisco.* Convengo con V.

*Mister Dorville.* ¿Para qué quiero yo el oro? ¿Es para que mis hijos sean felices ó infelices?

*Francisco.* Para que sean dichosos sin duda.

*Mister Dorville.* ¿Y quién es mas dichoso, aquel que pasa parte de la mañana soñando en su cama, ó el que levantándose con la aurora, puede cuando hace buen tiempo pasearse por el campo y contemplar las bellezas encantadoras de la naturaleza?

*Francisco.* El último sin duda.

*Mister Dorville.* ¿Quién es aun mas feliz, aquel que consume su vida en vanos placeres, que nece-

sita esperarlos algunas veces, que no siempre le divierten, que nada les resta despues de ellos; ó el que se ocupa en un trabajo agradable del que saca mil satisfacciones para mucho tiempo?

*Francisco.* No hay la menor duda que el que trabaja.

*Mister Dorville.* No te pregunto si vale mas tener brazos robustos que miembros débiles, buenos colores que tez pálida, una salud vigorosa ó enfermiza, buen apetito ó indigestiones.

*Francisco.* No hay en que dudar.

*Mister Dorville.* ¿Acabas de convenir que es el trabajo quien nos proporciona estas ventajas?

*Francisco.* En efecto.

*Mister Dorville.* ¿No seria yo criminal si haciendo caso de las razones de los tontos é ignorantes me descuidase en hacer apreciar el trabajo á mis hijos, bajo el frívolo pretexto de que soy rico?

*Francisco.* Sí señor, lo conozco. Era un insensato en no estimar el trabajo. Vamos, papá, la mañana pasa, estoy impaciente por volver á mis ocupaciones ordinarias. Espero tener flores en mi jardin para regalar á cada una de mis hermanitas un hermoso ramo, y fresas para los postres.

*Mister Dorville.* Vamos hijo mio; mi placer es estremado al verte tan racional: esto me empeña á consultarte sobre un gran negocio que te interesa: mañana hablaremos de él.

Al otro dia Francisco un poco envanecido y todavia mas curioso de responder á la consulta de

su papá, se dió prisa á ofrecerle el socorro de sus luces.

Hace mucho tiempo hijo mio, le dijo Mister Dorville, que busco un medio de poner con ventajas cierta suma para mis hijos.

*Francisco.* Tiene V. mucha bondad papá.

*Mister Dorville.* Asi tengo mucho gusto en consultarte sobre el empleo mas ventajoso que pueda hacer.

*Francisco.* Pero papá, no hay nada mas sencillo. Tiene V. mas que ponerla en el comercio.

*Mister Dorville.* Ya lo he pensado; pero es el del comercio de donde quiero sacarla para asegurarla mas. En nuestro estado está uno muy expuesto á pérdidas: todos los dias las tengo. Si me sucediese alguna desgracia, quisiera haber colocado con toda seguridad cierta cantidad que pueda proporcionarnos una subsistencia cómoda para toda vuestra vida.

*Francisco.* Me parece que podrá V. emplearla en casas.

*Mister Dorville.* Perfectamente, sino corriesen peligro de quemarse.

*Francisco.* En ese caso compre V. tierras, no hay riesgo de que se quemén.

*Mister Dorville.* Es cierto, pero es preciso que el dueño esté siempre sobre las fincas, ó de lo contrario pronto son improductivas, y no dan para cubrir los gastos, de suerte que uno se encontraria pobre con grandes posesiones.

*Francisco.* Pues ignoro, papá, que consejo dar á V.

*Mister Dorville.* Mira, yo no encuentro otro medio para colocar esta suma al abrigo de todos los reveses, que gastarla de manera que jamas podais perder los intereses.

*Francisco.* ¡Cómo! ¿Gastarla por miedo de perderla?

*Mister Dorville.* Sí, por ejemplo, la emplearé en que adquirais conocimientos útiles, para poneros en estado de hacer frente á las mayores desgracias. Entonces á cualquier lugar que la suerte os destine, os encontrareis en estado de procuraros todo lo que necesiteis. Tú principias ya á calcular y á llevar los libros de comercio: tú sabes plantar ó ingertar los árboles, trabajar muy bien al torno; tu hermano y hermanas tienen tambien sus particulares habilidades: me ha costado mucho dinero daros esta instruccion; sacrificaré aun mas para que acabeis de perfeccionaros. Por consiguiente seréis mas ricos que con una grande herencia, mediante á que uno puede perder sus bienes, pero los conocimientos útiles quedan siempre.

*Francisco.* Pero papá; V. está bien, ademas tiene hermosas manufacturas. Me parece que con esto no nos puede faltar.

*Mister Dorville.* Ha habido personas mas ricas que yo cuya fortuna ha sido destruida. Es preciso estar preparados de antemano á todos los acontecimientos que puedan suceder. Con este motivo me acuerdo de una historia que creo oirás con gusto.

*Francisco.* Veamos papá; me alegraré oirla.

*Mister Dorville.* Un título queria casarse con una señorita muy amable. Pasó á pedírsela á su padre, y este le dijo: con mucho gusto daré á V. mi hija; ¿pero tiene V. un buen oficio para mantenerla y á los hijos que pueda tener? Un oficio, señor, le respondió el título. ¿Ignora V. que poseo un gran palacio cerca del de V. con considerables terrenos? Nada vale eso replicó el padre de la señorita. El palacio puede ser quemado, las tierras devastadas, y pueden ocurrirle otros mil accidentes que yo no preveo. En una palabra, si V. quiere obtener la mano de mi hija, es indispensable que aprenda cualquiera oficio que me tranquilice: es una condicion absolutamente necesaria que propongo para el enlace. El jóven Conde quiso combatir esta proposicion, pero en vano, por mas que hizo no pudo lograrlo. ¿Qué partido tomar? Amaba con vehemencia para renunciar á su dicha. Corrió á ponerse de aprendiz en casa de un cestero, porque juzgó este oficio el mas fácil, y no obtuvo la mano de aquella señorita hasta despues de haber hecho á presencia del padre un hermoso canasto y diversas obras de mimbres y juncos.

Mientras los primeros años de su matrimonio se reía de la aprension de su suegro, y de la extraña condicion que le habia impuesto, pero pronto tuvimos motivos para no burlarse.

La guerra se declaró: los enemigos entraron en su provincia; destruyeron sus somenteras, le

lalaron sus bosques, demolieron el palacio, robaron su caja, destruyeron sus muebles y le forzaron á huir con su familia. Nuestro rico Conde se encontró de repente en la miseria. Pasó algunos dias llorando su triste infortunio, viviendo con escasez con el poco dinero que habia podido salvar. Pronto consumió tan miserable recurso; se acordó entonces del oficio que habia aprendido. Renació su ánimo, y se dedicó al trabajo; con tanto mas ardor como que no era conocido en la poblacion donde se habia refugiado. Su muger, despues de preparar la comida, le ayudaba y consolaba en su trabajo, sus hijos iban á vender las cestas y canastillos: de este modo logró mantenerse y sostener con decoro su familia, hasta el dichoso momento en que la paz le hizo entrar en posesion de sus bienes. Siguió la máxima de su suegro, hizo aprender un oficio á sus hijos, y no casó á ninguna de sus hijas sino con hombres que tuviesen esta circunstancia.

Esta historia hizo una fuerte impresion en Francisco, la contó aquella misma tarde á sus hermanos, que se admiraron igualmente. Hicieron mil reflexiones acerca de la necesidad que hay de repararse contra los golpes inesperados de la fortuna. ¡Ah, no preveian que tan pronto debian experimentarlos ellos mismos! Poco tiempo despues se incendió una noche uno de los almacenes de Mr. Derville, y todos los edificios de sus manufacturas fueron reducidos á ceniza, antes que



tuviesen lugar de contener el fuego. Otro cualquiera se habria abatido con tal desgracia, pero en él no hizo otro efecto que fortificar su constancia y actividad. Todos sus amigos se apresuraron á socorrerle, y se aprovechó felizmente de estos medios y de su industria para reparar sus pérdidas. No le impidieron estas que sus hijas fuesen pedidas por los hombres mas ricos y sensatos, porque sabian que encontraban en ellas mugeres capaces de manejar sus casas con habilidad. Por lo que respecta á sus hijos trabajaron con un ardor tan infatigable, que lograron en pocos años restablecer los negocios de su casa, conduciéndolos á un grado de prosperidad á que jamás habian llegado antes del infortunio, que parecia haberles echado á tierra para siempre.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

7 de octubre.

¡O mi querida mamá, en qué peligro se ha visto mi amigo Carlos! ¡Y cómo! poco ha saltado para haberle perdido: todavía me estremezco al pensarlo. ¿Qué hubiera sido de él si tan brutal como su enemigo se hubiese visto precisado á morir ó matar á su contrario, y por lo tanto obligado á huir de su patria? Afortunadamente todo ha concluido con honor suyo; y conservándose para sus padres y para mi nos da un nuevo motivo de amar-

le. Pero yo tengo suspensa su curiosidad de V. y la ruego que lea la carta que Mr. Grandisson acaba de recibir de Mr. Bartlet: he ocupado toda la tarde en copiarla para remitirla á V. ¡O mi querida mamá, cuántas veces me ha palpitado el corazón al copiarla! Pero no se trata de mí; olvídeme V. algunos instantes para ocuparse de mi amigo Cárlos.

MR. BARTLET Á MISTER GRANDISSON.

2 de octubre.

Señor y querido amigo: no tengo palabras para felicitar á V. por la dicha de tener un hijo como Cárlos. Ayer fui testigo, sin que él lo supiese, de una aventura que le hace mucho honor. ¿Pero por qué me admiro yo de su conducta, cuando veo el efecto de los buenos ejemplos y sabias lecciones que ha recibido de V.?

Se encontraba ayer en nuestra tertulia, un jóven llamado Stanley hijo de Milord G... Su carácter es violento y brutal. Aunque no tiene mas que diez y ocho años la ambicion y la envidia devoran su corazón. No tardó mucho en probarlo con maliciosas sátiras, que Cárlos pasó por alto con una tolerancia admirable. Jugaban una partida de ajedrez; Stanley, vulgar fanfarron, que se jactaba de una falsa valentía, creyó poder abusar de la moderacion de Cárlos, Tomó en fin el parti-

do de incomodarle en el juego, de una manera tan marcada, que Cárlos no pudo dejar de mirarle con indignación: voy á copiarle á V. palabra por palabra lo que pasó.

*Cárlos.* ¿Me parece qué no tiene V. mucho gusto en que juguemos? ¿No valdria mas dejarlo?

*Stanley.* *Arrojando los peones sobre el tablero.* Cierto no se puede encontrar gusto jugando con personas que lo entienden tan mal.

*Cárlos.* Es posible que yo no lo entienda tan bien como V.; no acostumbro á jugar.

*Stanley.* Si V. no sabe mas en otras materias, temo no sepa sostener el titulo que acaban de conferirle.

*Cárlos.* No creo que el saber jugar tenga relacion ninguna con el tal objeto: pero hablemos de otras cosas si V. gusta. Es bonita esa caja de rapé.

*Stanley.* No le sentaria á V. mal en su nueva dignidad.

*Cárlos.* Me seria inutil, pues yo no lo tomo. Creo no conviene acostumbrarse á tomar tabaco tan niño.

*Stanley.* Es decir que á V. le parece mal que lo tome.

*Cárlos.* De ninguna manera; no es de mi incumbencia decir lo que conviene á V. ó á sus padres.

*Stanley.* Mis padres nada tienen que ver en esto; basta que sea de mi agrado.

*Cárlos.* Sea enhorabuena : cada uno tiene su modo de pensar.

*Stanley.* Cierto; vean ustedes un niño sumamente docil, que no tomaria tabaco sin el permiso de sus padres.

*Cárlos.* Es verdad; nada hago sin consultarlos.

*Stanley.* No debo admirarme. La corta edad de V. no le permite obrar por sí como á mí; es preciso mas tiempo para formarse.

*Cárlos.* Espero en efecto valer un poco mas cuando tenga la edad de V.

*Stanley.* ¿Trata V. de insultarme ¿Por qué dice V. que valdrá mas que yo?

*Cárlos.* ¿Mas que V.? Soy incapaz de semejante grosería. Es facil comprender que no he querido decir otra cosa sino que á la edad que V. tiene, valdré mas que V. ahora.

*Stanley.* ¿Parece que tiene V. habilidad para variar el sentido de las palabras?

*Cárlos.* No señor: pienso antes lo que voy á decir para no tener que desdecirme.

*Stanley.* Basta: ¿quiere V. venir á dar un paseo por el jardin?

*Cárlos.* Con mucho gusto: nada me impide acompañar á V.

Stanley se puso su sombrero con aire amenazador y tocando su espada. Cárlos colocó la suya sobre un sofá y siguió con serenidad. Esperé que estuviese fuera de la sala para seguirlos sin que lo advirtiesen, pues conocia el coraeter altanero y

pendencioso de Stanley. Marchaban á distancia el uno del otro como dirigiéndose á un bosque pequeño que se hallaba á un extremo del jardín. Tomé un camino más corto para llegar al mismo sitio, escondiéndome á corta distancia detrás de unos rosales, desde donde podia oír toda la conversacion, que es como sigue.

*Stanley.* ¿Dónde tiene V. la espada? ¿La tenía V. ahora mismo?

*Cárlos.* Es cierto, más la he dejado en la sala.

*Stanley.* Corra V. á buscarla.

*Cárlos.* ¿Para qué? No la necesito para pescar.

*Stanley.* Sí, pero la necesita V. para reparar la ofensa que me ha hecho.

*Cárlos.* ¿Ofensa dice V.? no creo haberle ofendido en nada.

*Stanley.* V. me ha ofendido: y si hubieramos estado solos en la sala no hubiera tardado tanto en pedirle una satisfaccion.

*Cárlos.* ¿No pudiera V. haberlo hecho lo mismo allí que aquí? No hubiera temido á las gentes para responder á V. como ahora, que no le he ofendido, pues no está en mis principios agraviar á nadie.

*Stanley.* ¿De qué sirven todas estas excusas? Repito que vaya V. por su espada. Quiero me dé una satisfaccion á menos que se someta á pedirme perdon.

*Cárlos.* ¿Pedir perdon? Si hubiera ofendido

á V. yo mismo se le pediría sin necesidad de que me lo dijese; pero como no he faltado á V. es inútil todo esto.

*Stanley.* ¿Pero por qué ha dejado V. su espada? Debía V. haber advertido que yo llevabala mis.

*Cárlos.* ¿Y qué me importa? No encuentro una razon que me obligue á reglar mis acciones por las de V.

*Stanley.* A lo menos, por no decir otra cosa es una imprudéncia de su parte.

*Cárlos.* ¿Por qué? Hubiera guardado mi espada si le hubiera creído un asesino, y entonces verdaderamente le habria hecho una gran ofensa.

*Stanley.* Me hará V. perder la paciencia. Mi espada está aun envainada; pero tenga V. cuidado.

*Cárlos.* Estoy tranquilo: nada tengo por que temer.

*Stanley.* ¿No tiene V. nada que temer? No crea V. que mire sin resentimiento que siendo V. de un nacimiento inferior al mio, y cuatro años mas joven, haya logrado un titulo que bajo todos aspectos debia yo obtener.

*Cárlos.* Me parece, señor, que para decir eso no debia de haber andado con tantos róleos. Ignoraba que mi título pudiese incomodarle; pero hace V. mal en envidiarmelo, cuando yo no le envidio su alto nacimiento.

*Stanley.* ¿Cómo pues? ¿Encuentra V. despreciable esta ventaja?

*Cárlos.* No, sin duda. Pero me parece á mí que sería una locura de mi parte incomodarme por esto y sobre todo manifestarlo con las armas en la mano.

*Stanley.* ¿Y por qué?

*Cárlos.* Es muy sencillo: mi espada no sería capaz de darme mas alto nacimiento, asi como la de V. tampoco podrá despojarme del título que el Rey se ha dignado conferirme. Despues de una reflexion tan simple ¿seria juicioso degollarnos?

*Stanley.* Muchas veces se mata uno para probar su espada.

*Cárlos.* En tal caso podemos tirar con nuestros floretes. Cito á V. á la primera sala de armas para zanjar á todo trance tan gran disputa.

*Stanley.* ¿Se burla V. de mí?

*Cárlos.* Lejos de eso: pero confieso á V. que temo se rian de nuestro desafio, y que digan somos dos jóvenes cobardes que nos hemos hecho un arañazo para demostrar un valor que no tenemos. ¿Quiére V. creerme y aceptar una satisfaccion que nos conviene á ambos?

*Stanley.* ¿Véamos cuál es?

*Cárlos.* Es el estar yo pronto á mirar con respeto en todo aquello que le eleve sobre mí, creyendo á V. con los mismos sentimientos respecto á mí.

*Stanley.* Retirando la mano de su espada. A mi me toca rendir á V. tan justo homenaje. Sí, esto es hecho, amable Grandisson, estoy rendido.

Me hace V. conocer mi mala conducta. ¡Oh si V. me perdonase tan sinceramente como yo me arrepiento!

*Cárlos.* Basta Stanley; no conservo ningún resentimiento.

*Stanley.* Ruégo á V. que lo que acaba de pasar quede en el mas profundo secreto. Es suficiente la reconvencion de mi corazon, sin que vea el desprecio en los ojos de los demas.

*Cárlos.* Esté V. tranquilo. Vea V. mi mano por prenda de lo prometido.

*Stanley.* La recibo con confianza. No me atrevo á pedirle su amistad; pero cuando menos déjeme V. la esperanza de merecerla por mi conducta.

Despues de haberse abrazado los dos jóvenes volvieron juntos á la casa. Todos ignoran este suceso. El hace tanto honor á Cárlos, como es vergonzoso á su contrario, sino lo hubiese reparado despues por su conducta. En circunstancias tan delicadas Cárlos ha demostrado valentía sin arrebató ni moderacion, sin debilidad. Aunque mas jóven y sin armas, no impuso menos á su enemigo con sus respuestas vigorosas. En una palabra, no sé que apreciar mas si su prudencia ó su intrepidez.



GUILLERMO D. <sup>ooo</sup> A SU MADRE.

9 de octubre.

Mi amigo Cárlos ha vuelto de Lóndres, mi querida mamá, ¡cuál ha sido nuestra alegría al vernos. El momento de su llegada ha sido la señal de una fiesta. Los jóvenes de la aldea, sin que lo supiese Mr. Grandisson, habian elevado un arco de yerbas y flores en la primera puerta de la entrada al parque. Las doncellas vestidas de blanco, le esperaban con canastillos de flores que deramaban por donde tenia que pasar. Mil gritos de viva Cárlos Grandisson, nos anunciaron su llegada. Corrimos á su encuentro dejando marchar delante á su mamá. El se precipitó del carruage recibéndole sus padres en los brazos, y Madama Grandisson le estrechó contra su corazon bañándolo en lágrimas. M. Grandisson abrazándolo procuró en vano contenerlas. Emilia no sabia desprenderse de su cuello; Eduardo saltaba de alegría. Aun que es el mayor miraba á su hermano con cierto respeto. Por mi parte no puedo decir á V. lo que me pasaba. Lloraba, suspiraba como si padeciese, y sin embargo mi corazon estaba lleno de la alegría mas viva. ¡O, cuando llegó mi turno de abrazarle como le apreté entre mis brazos! Pensaba al mismo tiempo en V. ¡Ah, decia para mí si pudiese en este instante llevar á mi amigo

á la vista de mi mamá? Los criados iban y venían alrededor de él dando gritos de alegría. Hubieran dado cuanto poseían por poderle abrazar y besar á su gusto. Nadie ha sido tan amado como él, y nadie es tampoco mas digno de serlo.

Todos los colonos vinieron ayer tarde á bailar debajo de los balcones de la casa; esta noche hay iluminacion general en la aldea.

Cárlos ha recibido esta mañana las enhorabuenas de la nobleza de los alrededores. ¿Qué honores á su edad? Pero no le ha envaneecido; al contrario es mas modesto que antes. ¿No es esta la mejor prueba de que es digno de la dicha que goza?

En el momento en que íbamos á comer vimos llegar al viejo jardinero Mateo. Es el marido de la ama de leche de Madama Grandisson. Vive á tres cuartos de legua de aquí, con una pension que Mister Grandisson le ha señalado para poder pasar una dichosa vejez. Venia despacio, apoyado en un palo, con objeto de cumplimentar á su jóven amo. Luego que Cárlos le vió, corrió á su encuentro, y tomándole de la mano le condujo á presencia de su mamá. Despues quiso que se sentase á la mesa. Vea V. mamá, como los títulos honoríficos no han cambiado á mi amigo. ¡Un jóven Conde, haer sentar á su lado á un anciano jardinero y encargarse de servirle! No es porque todo esto no me parezca muy sencillo. pero Eduardo se admiraba sin que indicase por ello parecer mal. No sé, le di-

jo á su hermano, después de comer; pero me parece que la visita de Mateo te ha causado mas alegría que todas las demás. Es verdad, le respondió Carlos; las palabras de ese buen hombre no son vanos cumplimientos; salen del fondo de su corazón. A su edad no hubiera andado tres cuartos de legua, apoyado en un palo para felicitarme si sinceramente no se alegrase de mi dicha. ¿Y además no debo yo amar al marido de la ama de leche de mi mamá? ¡Ah! estoy seguro que él la ama como á su propia hija. Carlos tenía razón: durante la comida no quise la vista de este buen anciano; y aunque se puso un poco alegre, veia caérsele las lágrimas siempre que miraba á Madama Grandisson. El bueno de Mateo quiso retirarse mas temprano, á fin de llegar á su casa antes de la noche, pero Carlos para disfrutar mas tiempo de su compañía obtuvo, sin trabajo, de Mr. Grandisson, que le llevarian mas tarde en el coche.

Puede V. imaginarse, mi querida mamá, que no he presenciado todas estas escenas, sin atraer á mi imaginacion las que deberán pasar cuando vuelva á su lado. No llevaré los honores de un título; pero á lo menos habré hecho cuanto sea posible para ofrecer á V. un corazón menos indigno de su cariño. No habrá iluminacion para celebrar mi llegada, pero al través de sus dulces lágrimas verá brillar en los ojos de V. y de mi hermanita la mas pura alegría. No recibiré vanos cumplimientos por los adelantos de mi fortuna, pero oiré de V. pala-

bras amorosas, recibiendo sus besos y caricias. No envidio á mi amigo los favores que recibe del cielo, conozco que los merece mejor que yo; pero cuando le veo en los brazos de su mamá, me preguntó ¿por qué no he de estar yo en los de la mía? Lo unico que me queda que amar en este mundo es á V. y estamos separados. V. es toda mi riqueza y no la poseo. ¡ Oh mamá! mi querida mamá, es preciso hacer alto. No quiero entregarme á tan crueles ideas. Creo tener fuerza para soportarlas por mí mismo, pero no por V. No temo mi pena, sino la suya. El estar triste no me acobarda por mí sino por V.

EL PEQUEÑO  
GRANDISSON.

LIBRO CUARTO.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

12 de octubre.

La fortuna de mi amigo Carlos, mi querida mamá, ha hecho una impresion tan viva en Eduardo, que de algunos dias á esta parte no es el mismo. No teme tanto al estudio, y se ha vuelto mas dulce en sus modales; procura hacerse amar de sus padres con un ardor increíble, y conciliarse la estimacion de las gentes de casa y de los amigos de ella. Si continuan estas buenas disposiciones, como no lo dudo, se hará un jóven perfecto. Voy á referir á V. una conversacion que me ha causado mucha alegría.

Mr. Grandisson estaba con sus dos hijos en su

biblioteca; y yo en un gabinete inmediato desde donde lo oía todo. No crea V., mi querida mamá, que yo me hubiese escondido allí para oír la conversacion; aseguro á V. que no. Me ha enseñado V. lo indigno que es tratar de escuchar los secretos de otros, y no olvidaré nunca esta leccion. Sabian á no quedarles duda que estaba cerca de ellos; y yo hacía de tiempo en tiempo algun ruido para darles á conocer que estaba allí. Mr. Grandisson despues de haber hecho conocer á Carlos la grandeza de la bondad del rey, y de cuánta importancia era hacerse digno de ella, se volvió hácia Eduardo y le dijo: y tú hijo mio, trata de aprovecharte de este acontecimiento. Tu profesion es la milicia; vive persuadido de que no hay otro medio para aventajarse en esa carrera que la virtud. La manera de vivir de ciertos oficiales puede haberte hecho creer que en esta profesion no hay reglas que determinen su conducta. Guárdate de un error tan funesto. El servicio militar es la carrera del honor; y no pueden llenarse sus deberes sin estar dotado de qualidades nobles y generosas. No por ser un tronera y tener modales turbulentos se distingue un oficial; al contrario, debe ser modesto, humano y sensible. Debe pensar siempre que su vida no le pertenece, y si á la patria por quien ha jurado sacrificarla. Es una madre tierna á quien es preciso respetar y querer. ¿Pero cómo podrá uno rendirle estos servicios sagrados si los desconoce respecto á los autores de su vida?

*Eduardo arrojándose á los pies de su papá.*  
 Oh papá, conozco merecer su enojo! ¡Ah; ruego á V. se digne perdonar mis faltas pasadas! El ejemplo de mi hermano ha conmovido mi corazón. Veo que á su buena conducta debe las honrosas distinciones que acaba de obtener. Aunque tengo mas edad no me avergüenzo de confesar su superioridad.

Me esforzaré á lo menos á seguir sus huellas. V. y mi querida mamá nos aman á los dos; conozco, sin embargo, que merece la preferencia. Pero en adelante quiero distinguirme como él por mis sentimientos y conducta. Entonces lograré que ustedes amen igualmente á Carlos que á Eduardo. Sí, papá, confie V. en la palabra que le doy; vuélvame V. á su gracia, y no tendrá de mí mas que motivos de satisfaccion.

*Mister Grandisson.* Levántate hijo mio, este dia es feliz para mi corazón. Nada puede causar mas alegría á un padre que es su dulce promesa de un hijo á quien ama tiernamente. Abrazadme, queridos míos, y venid los dos para estrecharos sobre mi corazón, vosotros haréis la felicidad de mi vida.

*Eduardo.* ¡Oh papá, cómo podré ser insensible á tanta bondad! ¿Qué, querrá V. perdonarme todas las penas que le he causado?

*Mister Grandisson.* Sí, mi querido hijo, te las perdono del fondo de mi corazón. Descanso en tu palabra, no puede engañarme. Para darte la prue-

la mas segura de mi confianza, voy á hacerte un presente que jamás te hubiera hecho sino contase con tu resolucion. Toma el despacho de teniente del regimiento del mayor Arthur, á quien tu hermano salvó la vida. Debes este primer grado á la virtud de tu hermano, pero piensa que ahora te toca á tí merecer otros ascensos por tu modo de obrar.

*Eduardo.* ¡Oh qué alegría papá? Probaré á V. algun dia que no soy indigno de llamarme su hijo. Déme V. su bendicion para concluir mi perdon: Voy á arrojarme á los pies de mamá; imploraré su gracia, y desde hoy principiare una nueva vida, que haga á ustedes olvidar los motivos de queja que tienen de mí.

Mister Grandisson, conmovido hasta el punto de derramar lágrimas dió la bendicion á su hijo, que en seguida corrió á obtener la de su mamá. Cárlos quedó solo con su papá; su conversacion giró sobre la audiencia que mi amigo habia obtenido de S. M., despues de su estancia en casa del Conde. Cárlos contestó con su acostumbrada sabiduría, y Mister Grandisson no se cansaba de oírle. Pero viendo que su hijo evitaba instruirle de una circunstancia, le dijo: tú no me hablas de la disputa que has tenido con el jóven Stanley.

*Cárlos.* Con sorpresa. ¿Qué, V. lo sabe papá?

*Mister Grandisson.* ¿Tú querias hacerme un misterio

*Cárlos.* Sí, lo confieso. Este negocio no redun-



da en gloria de Stanley. Le habia dado mi palabra de guardar secreto; yo he hecho cuanto ha estado de mi parte para olvidarlo.

*Mister Grandisson.* Si eso es así, no puedo menos de alabar tu reserva.

*Cárlos.* Pero mi querido papá, ¿no podria yo saber cómo ha llegado á oídos de V. esta aventura?

*Mister Grandisson.* Mr. Bartlet siguiéndoos al salir de la sala fue testigo de todo: sé hasta la mas pequeña circunstancia de cuanto ocurrió entre Stanley y tú. El fue quien promovió la disputa, y tú le respondistes con la firmeza y prudencia que yo hubiera deseado tener en igual caso.

*Cárlos.* ¡Ah! papá, soy dichoso en merecer su aprobacion.

*Mister Grandisson.* ¿Pero habias tú presumido cuando bajaste con él al jardin, que su designio era el que os batieseis?

*Cárlos.* Sí señor, me miraba con aire amenazador y furioso, y yo le vi poner mano á su espada.

*Mister Grandisson.* ¿Por qué dejaste tú la tuya al tiempo de seguirle?

*Cárlos.* Quería demostrarle que no me intimidaban sus amenazas, y me allaba animado de suficiente firmeza para imponerle.

*Mister Grandisson.* Pero en fin; en medio del furor de que estaba poseido, ¿no podia haberse arrojado sobre tí, aunque estuvieses sin armas?

*Cárlos.* No éntra en mi idea presumir esta infamia de un caballero.

*Mister Grandisson.* ¿Y si hubieseis esperado otra ocasion en la que tú hubieras tenido tu espada?

*Cárlos.* Entonces como mi vida hubiera peligrado, habría usado del derecho de defensa. Cuidando de quitar sus golpes siu responderle, sosteniendo sus ataques con toda la serenidad de que soy capáz; y creo que mi moderacion me habria dado una gran ventaja sobre su arrebato; y en este estado lograr no solamente el medio de guardarme de sus golpes, sino de desarmarle y darle la vida.

*Mister Grandisson.* Abrazame, hijo mio. Me felicito viendo en tí tan nobles sentimientos. Los arrebatos de una cólera brutal nos coloca debajo de los animales más feroces; pero es elevarse sobre lo humano guardar siempre el imperio sobre su alma, y no permitirle mas que movimientos generosos. Debes persuadirte de que la mayor parte de los que buscan disputas, para hacer ostentacion de un valor que no poseen, no tienen uinguna verdadera cualidad que pueda distinguirles á los ojos de la sociedad, y se envilece uno cuando trata de hacer frente á sus brabatas.

*Cárlos.* Pero, papá, es muy incómodo sufrirlos.

*Mister Grandisson.* En tí consiste evitarlo por la eleccion de buenas compañías. ¿Te acuerdas

de haber oído jamás en casa, alguna disputa por la que se haya ofendido nadie? Cree que las personas delicadas no reciben en sus casas mas que sujetos, con los que se pueda tratar con entera confianza. Sin embargo, si tuvieses la desgracia de encontrarte en la sociedad con alguno de estos imprudentes, que creen no poder brillar sino ofendiendo á los demas, conducete respecto á él con la mayor reserva. Los satíricos de profesion no dirigen sus tiros sino á las personas que juzgan tan despreciables como ellos. Asi, si tú sabes presentarte con modos decentes y discursos razonables, no temas que ellos te dirijan sus sátiras: tú mismo les impondrás. Evita hasta el extremo entrar en contestaciones con ellos. Se pueden combatir las ideas de un hombre de juicio, cuando no están acordes con las nuestras, pero hacer conocer á un necio sus errores, es un empeño tan vano como ridículo; lo que se logra es importunar á los que nos oyen y molestarles con las sandeces é insolencias de su adversario. No produzcas ninguna idea sin haber pesado su sentido y valor. Las palabras que salen de la boca no se recogen mas, y en vano se arrepiente uno de una indiscrecion que no puede reparar. Guardate sobre todo de tomar un tono burlon y picante. De una burla inocente nace muchas veces una seria disputa. Es preciso mucho talento y trato de mundo para saber criticar sin ofender. Aquel que siempre se burla puede divertir alguna vez; pero jamás se hace amar. Nunca ha-

gas brillar tus conocimientos á costa de los demas. Sin adular con bajeza su amor propio, guardate bien de humillarlo. Sobre todo que tus espresiones sean puras y decentes delante de las mugeres. Vé, hijo mio, el medio mas seguro de evitar todo acontecimiento desagradable y de hacerte estimar y querer.

*Cárlos.* ¡O papá, doy á V. gracias por tan sábias instrucciones!

*Mister Grandisson.* Te las devuelvo con tanto mas placer quanto que estoy convencido de que siempre has sabido aprovechar las que te he dado. Conserva en todo tiempo, mi querido hijo, esa noble moderacion que has manifestado en tu conducta respecto á Stanley. Respeta á tus semejantes como á ti mismo y piensa que no puedes esponer tu vida ni la de otros, sin ofender al Todo-poderoso que nos la ha dado para consagrarla á su servicio y al; de la patria en que nacimos.

*Cárlos.* Juro en manos de V., mi querido papá, que mi espada no saldrá de la vaina sino en la extrema necesidad de mi defensa propia ó de mis semejantes.

*Mister Grandisson.* Sí, mi querido hijo, en ese caso es permitido manifestar todo el valor de que uno está animado. Esa es la sola ocasion en que somos libres de arriesgar nuestra vida, pues que la esponemos para salvarnos ó libertar á nuestros hermanos de una desgracia.

¡O mi querida mamá, que sábias lecciones!

Espero no me sean menos utiles que á mi amigo.

Esta carta es bien larga, pero no temo que canse á V. Encierra las instrucciones mas sublimes, acerca de un punto tan delicado como es el verdadero honor. Seguramente V. no se incomodará por que su hijo le haya dado parte de los principios que acaba de saber, para observarlos toda su vida. Sí, mi querida mamá, pondré todo cuidado en no separarme jamas de ellos; y veo desde aqui que V. está contenta de mi resolucion.

Debemos salir para Lóndres á últimos de esta semana. Pero no abandonaré estos lugares en los que tanto me he ocupado de V., sin ofrecerla una nueva prueba de mi respeto y cariño. Aunque es muy poco lo que me aproximo á V., recibiré con un dia de anticipacion sus cartas, logrando V. de igual ventaja; esto es alguna cosa cuando se ama.

A Dios mi querida mamá, ruego á V. abrace por mí á mi apreciable hermanita, y la diga sin cesar cuanto la quiero, para que piense en mi cariño por V. misma.

GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

12 de octubre.

Pues que V. se ha manifestado contenta, mi querida mamá, de la obrita que le mandé últimamente acerca de las ventajas del trabajo, le remito otra sobre un objeto no menos instructivo y

del que deseo quede V. satisfecha. Hablábamos días pasados de los peligros á que uno está espuesto, sin embargo de las mejores disposiciones, por la debilidad de carácter. Mister Grandisson nos dijo, que acababa de darse á luz en Londres un pequeño libro, en el que estas desgracias se describian en la historieta de un niño de nuestra edad. Le pedí permiso para leerlo, y vea V. del modo que yo he arreglado este cuento para ofrecérselo.

*Consecuencias peligrosas de la debilidad de carácter.*

William Sedley se paseaba un dia en las inmediaciones del palacio de su papá. Vió venir á lo lejos un muchacho cubierto de andrajos, cuyo rostro estaba lleno de hollín. ¿A qué vienes tu aquí? le dijo luego que pudo oírle. ¡Ay de mi! mi querido señorito, le respondió el desgraciado, acercándose con temor; vengo á ver si hay alguna chimenea que limpiar en el palacio. Me alegraría que la hubiese por que el oficio produce poco; y mi amo es de tan mal humor que no hay medio de contentarle.

Y cómo te llamas?

Tomas Climbwell, para servir á V.

¿Vienes de muy lejos?

No señor, vengo de esa aldea que V. ve hallá bajo, un poco mas lejos de la colina. Allí habita mi amo. ¡Oh si V. supiese que malo es!

¿Dices que es malo?

No se lo puede V. figurar. Ayer me molió á golpes.

¿Y por qué?

Voy á decírselo á V. Uno de mis compañeros acaba de entrar de aprendiz. El pobre niño no tiene mas de siete años, y el amo quisiera que supiese limpiar las chimeneas como si fuese ya un maestro. Ayer le puso en la obra para ensayarle, y porque no sabia subir á lo alto gateando, y luego que estuvo arriba lloraba en lugar de cantar, le dió fuertes golpes diciéndole que siempre seria un haragan, y porque imploré gracia en su favor, me dió de palos hasta que se cansó.

¿Y por qué no le abandonas y te vuelves á casa de tu padre?

No tengo padre ni madre, y no hay persona en el mundo que se compadezca de mi, sino mi pobre ama; esta sí que es una buena muger; no la hay mejor sobre la tierra. Ella me daría mas de comer si pudiera, pero no se atreve: su marido es tan duro que la daría de palos sin remedio; nos hace trabajar hasta reventar, y nos deja morir de hambre.

Pero tu amo está obligado á mantenerte como es justo. ¿Por qué no lo hace? Si yo estuviese en tu lugar me quejaria.

¡Ah! señorito, se conoce que V. no entiende estas cosas. ¿A quién quiere V. que me queje! Mi amo no haría mas que tratarme mas cruelmente asi lo llegase á saber. ¡Ah, soy bien desgraciado

Al decir estas palabras oyeron de repente el ruido de un coche que venia por su espalda. VWilliam en el momento que lo vió conoció ser el de Mr. Greaves su abuelo. Dió un grito de alegría: el cochero paró los caballos; el lacayo abrió la portezuela, y VWilliam sin despedirse del limpia chimeneas, se precipitó en los brazos de su abuelo, fueron á apearse en el patio del palacio.

Mr. Greaves era uno de aquellos bellos viejos cuyo semblante animado todavia por la bondad y la alegría, saben hacer olvidar su edad, aun á los ojos de la juventud. Aunque ya habia pasado de los ochenta años, tomaba parte en los juegos de sus nietos, y al paso que su sabiduria les imponia respeto, su dulzura, amabilidad y complacencia le conciliaban los mas tiernos afectos.

Su llegada era una fiesta para su familia, y todos disputaban á quien le hacia mas caricias. VWilliam le tomaba las manos entre las suyas; Fanny apoyaba su cabeza sobre su espalda, y Roberto, despues de haber danzado alrededor de él, se sentaba sobre sus rodillas y le pasaba sus manitas cariñosas por la cara.

Se pusieron luego á la mesa, y la comida se animó con los alegres brindis que dirigieron al buen viejo, y por las canciones antiguas que él cantó con voz temblona.

Despues de la comida marchó á echar su siesta en un gran sofá que habian puesto expresamente en un rincon de la sala. Luego que descansó



una media hora, se despertó, se frotó los ojos, sacudió su vestido, acomodó su peluca, se puso el sombrero, y dijo á VWilliam si estaba dispuesto á dar un paseo.

VWilliam no queria otra cosa; Mr. Greaves tomó su baston en una mano y apoyándose con la otra en el hombro de su jóven compañero, se dirigieron hácia el campo.

Despues de haber hablado de muchas cosas interesantes para su nieto, Mr. Greaves le preguntó qué asuntos tenia con el jóven limpia chimeneas, á quien habia visto hablar con tanto interés quando pasaba por la mañana. VWilliam contó toda la conversacion, Mr. Greaves se enterneció: ¡qué desgracia! dijo, hay tantas personas de quien se debe uno compadecer; Hé aqui una que principia bien pronto á sufrir. Me alegro que se te presenten algunas veces ocasiones de oir las quejas de los desgraciados para acostumbrar tu corazon á sus miserias. ¿Creo que no habrás dejado de socorrer su necesidad?

A pesar de su ligereza y aturdimiento VWilliam tenia un corazon naturalmente generoso y sensible. El pobre niño exclamó: la llegada de V. y el placer de verle me hicieron dejarle precipitadamente. ¡Paciencia! sabré donde vive y procuraré indemnizarle de lo que le hizo perder mi olvido y... Pero hagamos una cosa abuelo: estamos á la vista de la aldea; no tenemos mucho que andar para llegar; venga V.; venga V. conmigo. No amiguito,

le respondió Mr. Greaves; no está la dificultad en bajar la cuesta, sino en subirla; y la pendiente es demasiado violenta para que pueda yo hacerlo sin fatigarme. Vé tú solo; y mientras tanto descansaré bajo este árbol, entreteniéndome en gozar de la hermosa perspectiva que se estiende alrededor de esta colina.

VWilliam partió con una ligereza que prometia una vuelta pronta. Al pie de la cuesta encontró un judío cargado con un cajon de tixeras, agujas, cajas, cadenas de relox, estuches y toda especie de quincalla. Este se apresuró á ofrecer sus géneros á VWilliam, quien le respondió no queria comprar nada. Sin embargo el truan del judío, le dijo que la vista no le costaria nada, por lo que consintió en verlas. A fuerza de mirar los diversos objetos le movió la curiosidad de preguntar el precio de un relox de sol guarnecido de marfil, á lo que contestó el judío que uná peseta. Al tratar de tomarlo para examinarle llevó la mano hácia un lente que estaba á su lado. ¡Un lente! Este era un dije que habia deseado siempre. Como su precio era el mismo que el del relox, dudó algunos minutos antes de decidirse cual de las dos cosas habia de comprar. Tan pronto examinaba el relox, como miraba el lente, les tomaba y ponía uno al lado del otro. Hasta tanto que el comerciante advirtió que las dos cosas cautivaban igualmente su atencion, y lo embaucó tan bien con sus palabras que le persuadió á comprar los dos juguetes.

Marchaba alegre con su compra, cuando á pocos pasos vió venir hacia él un muchacho que traía en la mano un nido de calandrias, con cuatro polluelos ya cubiertos de pluma. Le parecieron tan bonitos á VWilliam, que preguntó al muchacho si los quería vender. No, señorito, le respondió aquel; sin embargo si á V. le gustan se los venderé por una peseta. Creo sean caros con respecto á mi bolsillo, replicó William; pero espera un poco, voy á verlo. Sacó su bolsillo y vió no tener más que veinte cuartos: esto es todo lo que te puedo dar por tus pájaros, dijo, si tú quieres cedermelos. No estan muy bien pagados, contestó el muchacho, pero pues que V. los quiere sea en horabuena. El trato se concluyó y el nido pasó á manos de William.

Volvió á emprender su marcha y llegó á la aldea donde vivía Tomás. Le manifestaron desde lejos la casa, alcanzándole á ver delante de la puerta, con un niño que sostenia por unas cintas para enseñarle á andar. Renovaron su conocimiento y William principió á decirle el designio que le habia llevado, cuando de repente se acordó de la situacion de su bolsillo, la que no habia tenido presente cuando habia hecho sus compras. No quería confesar el compromiso en que se hallaba, y no sabia qué medio tomar para salir de él. Su generosidad le obligaba á dar alguna cosa á Tomás, pero él estaba ocupado con la idea de tener en su bolsillo media onza en una pieza que era todo su

caudal. Su sensibilidad le representaba la del desgraciado huérfano; pero el orgullo de tener media onza en oro preponderaba sobre el sentimiento. Tomas, le dijo en fin, si tú quieres venir un dia de estos á casa, haré te den de comer de una manera que jamas habras comido mejor: pero á Dios, no puedo detenerme mas, y se despidió con la triste idea de no haber hecho por Tomas lo que debia.

Quando volvía hacia el sitio en que le esperaba su abuelo, encontró en un recodo del camino á Jefferi Squander y á su hermanita que se habian parado para comprar bollos á un inválido, que ganaba su vida vendiéndolos por el campo. Jefferi y William eran vecinos y condiscípulos. Despues de saludarse, Jefferi invitó á su amigo á que comprase los bollos diciéndole eran escelentes. William se escusó vagamente sin dar á entender la causa. Sin embargo, habiéndole instado la señorita, le respondió que no tenia mas que oro en el bolsillo, y que creia que el pobre Jonatham no tendria para cambiarle, que sino tendria mucho gusto en comprar unos bollos tan ricos segundecian. Jonatham á estas palabras metió la mano en una bolsa de cuero que llevaba en la cintura, y que estaba dividida en dos; la una para la plata, y la otra para los cuartos, sacándola llena de monedas; y con tono burlesco le dijo: sino hay mas dificultad que esa tengo bastante dinero para cambiar á V. su oro, aunque tuviese mas. V William no esperaba esta respuesta; y como no podia presentar otra dificultad, dió su media onza, aunque con sentimiento, y

comió tres bollos, que le parecieron los peores que habia comido en su vida.

Impaciente y con cuidado Mr. Greaves por la larga ausencia de su nieto, bajaba ya la cuesta, encontrándole justamente cuando acababa de comerse el ultimo pedazo de sus bollos. Despues de haberle reprendido con dulzura lo mucho que le habia hecho esperar, convidó á sus amigos á pasar la tarde en casa de Mr. Sedley, lo que hubieran aceptado con mucho gusto, á no haber estado comprometidos á tomar el té en casa de uno de sus tios.

Luego que se despidieron los unos de los otros Mr. Greaves se informó de VVilliam de lo que habia pasado. Me has impacientado, le dijo, pero te perdono. Sin duda te has detenido tanto para hacer una obra de caridad completa; ¿veamos qué has hecho por Tomas? ¿Tenias el dinero necesario para aliviar en algun tanto su miseria? Me olvidé de preguntártelo, como partiste tan precipitadamente. VVilliam sorprendido con semejantes preguntas bajó la cabeza, detuvo el paso y se quedó detras de su abuelo todo confuso. Mr. Greaves se volvió y tomando la mano de su nieto, ¿qué tienes le dijo? Parece que has cometido alguna falta: pero no, yo te agravio. Esa confusion es una prueba de tu modestia, que sufre en oir alabar tu generosidad. Eres el consuelo de mis cansados años; ven, mi querido nieto, para estrecharte entre mis brazos. ¡Oh! no, no, mi amado abuelo, respondió VVilliam, no me confunda con sus caricias. No soy digno de esa

elogios. Es cierto que cuando marché iba ocupado de la idea de socorrer al desgraciado Tomas, pero encontré en el camino á un judío con quincalla y no pude resistir á la curiosidad de comprar en dos pesetas este lente y este reloj de sol. Me quedaban todavía algunos cuartos, los que hubieran sido de algun socorro para un pobre limpia chimeneas, sino hubiese tenido el capricho de comprar á un muchacho este nido de calandrias para criarlas.

--¿Pero te quedaba aun dinero? replicó Mr. Greaves. ¿No has pagado los bollos que te he visto comer?

--Sí señor.

--¿Cómo es que nada tenías para dar á Tomas?

--Es que no queria cambiar media onza.

--¿Sin embargo, tú la has cambiado para los bollos?

--Es cierto, pero lo he hecho á pesar mio, porque Squander parecia burlarse de mi. Temí no me conceptuara avaro y me criticase cuando fuésemos á la escuela.

Eseucha, V Villiam, no quiero reprenderte: supuesto que no querias cambiar tu media onza, ¿no hubiera sido mejor guardar las dos pesetas y los cuartos para Tomás, que emplearlos como tú lo has hecho?

--¡Oh! sí, lo confieso, y estoy avergonzado.

--Eso no vale nada: conocias que era tu deber hacer alguna cosa en obsequio de Tomas; sin embargo has preferido no socorrerle, mas bien que cambiar

la media onza , haciendo mas efecto en tu imaginacion una burla frívola que la piedad á que estás obligado para con tus semejantes, y respecto á un joven lleno de miseria. ¡ Ah mi querido VVilliam, temo en tí esa debilidad de caracter que te hace perder todas tus buenas resoluciones!

VVilliam tomó la mano de su abuelo llenándola de lágrimas, prometiéndole enmendarse y reparar su falta al día siguiente.

Se levantó en efecto muy de mañana, con la intencion de volver á la aldea de Tomas. Cuando se disponia á marchar, despues de haberse desayunado, recibió una esqueta del capitan Beaufor convidándole á comer, con el obgeto de renovar su conocimiento con Enrique, su hijo mayor, que acababa de concluir sus primeros estudios.

El convite y el permiso de su papá llenaron de alegría á VVilliam. ¡ Oh, dijo él, qué placer voy á disfrutar en ver á mi antiguo compañero. ¡ Como nos vamos á divertir!... Pero no habia yo resuelto ir hoy á ver á Tomas? Es cierto, pero lo mismo puedo hacerlo mañana: un dia de diferencia no es una gran cosa, y el hijo de un capitan debe ser preferido á un limpia chimeneas. Vamos, vamos, dijo, dirigiéndose en seguida á casa de Mr. Beaufor. No habia mas que un cuárto de legua de distancia, y á la mitad del camino encontró á Enrique que venia en su husca.

Como este joven va á jugar un papel principal en los negocios de VVilliam, no puedo menos de

bosquejar su caracter. Enrique tenia una presencia llena de gracia y espíritu: sus modales atraian: la dulzura, se descubria en su modo de mirar, y su voz tierna y afectuosa llevaba hasta el fondo del corazon los sentimientos de que él queria se penetrasen. ¡Qué desgracia que todas estas ventajas no sirviesen mas que para ocultar una profunda hipocresía!

Pasaré en alto las circunstancias de su entrevista, y la venida de algunos otros amigos, para llegar á la conclusion de la comida.

Enrique propuso á sus amigos dar un paseo por el campo. Su papá le prohibió ir á un lugar inmediato adonde habia una feria, porque no queria que su hijo se asociase con las malas compañías que suelen concurrir á estos parages. Enrique prometió observar lo que su papá le mandaba, y despues de haberle abrazado se dirigió con sus compañeros por el camino opuesto.

Apenas habian andado una corta distancia, cuando Enrique volviéndose precipitadamente y tomando la mano de William; vamos, dijo, ahora no nos ven; no hay mas que atravesar este campo, é iremos á ver lo que pasa allá bajo. Diciendo estas palabras, les señalaba con el dedo el lugar á que su padre le habia prohibido ir. ¿Tú no queras decir que vayamos á la feria? le respondió William sorprendido: has prometido á tu papá que no irias. Bueno, contestó Enrique. ¿Qué le importa á mi papá que vayamos á una ú otra parte A no-



¡Otros nos toca ver adonde nos divertiremos mas! ¿Porqué quieres que yo me sujete á sus fantasias! Conozco que es preciso no contradecirle en su presencia, pero yo hago siempre lo que me agrada.

El honrado corazon de William se sorprendió al oír una idea tan baja. Separó su mano de la de Enrique, protestando que no le seguiria. En horabuena respondió Enrique, pues que tú no quieres venir, eres dueño de hacer lo que gustes. Supuesto que yo tomo á mi cargo esta falta tan grave, y he de sufrir el castigo, ¿qué te importa á tí? Yo soy quien prometí, tú no. Es verdad replicó William, que yo nada he prometido; pero conozco que mis padres se enfadarian si fuese á cualquiera parte sin su permiso, sobre todo cuando el tuyo ha exigido de tí positivamente que no fueses á ese pueblo. Enrique solo es el responsable, dijo uno de los compañeros; nada tenemos nosotros que ver, pero si ese cobarde de William tiene miedo de ser castigado, es otra cosa. Yo no tengo miedo, respondió William con indignacion. Mis padres no han necesitado jamas imponerme castigos duros, pero no quiero engañarlos: descansan en mi conducta, y seria una vileza abusar de su confianza.

Enrique y los demas se encogieron de hombros á esta respuesta. Cada uno de por sí se burlaba á cual mas del poco espíritu del pobre William. Su conciencia le decia que no debía ceder; pero el ejemplo de sus compañeros, sus instancias y sus

burlas hecharon abajo su resolución: y sin embargo de las reconvenciones de su corazón, se dejó ir tras de sus pasos.

Llegaron á la feria, y recorriendo las diversas tiendas que habia se divertian en mirar las preciosidades que se encontraban en ellas. Poco á poco, seducidos por las palabras de los comerciantes, principiaron á preguntar los precios de aquellas cosas que llamaban su atencion. William queria comprar una trompeta para su hermanito. Tomó en seguida una bonita cartera, por la que le pidieron seis pesetas. Pareciéndole muy cara la dejó sobre el mostrador, pero al volverse para marchar dejó caer con el faldon del frac la cartera. Arnold, uno de sus compañeros, advirtió que nadie lo habia visto, la recogió con presteza, y se la metió en el pecho. No tardó el comerciante en hechar de menos la cartera, y corrió en seguida hacia William, acusándole de haberse la robado. William respondió con la mayor incomodidad á semejante insulto; pero el comerciante insistia dando voces en su acusacion; una porcion de gentes se reunieron inmediatamente alrededor de William, y se decidió registrar á él y á sus compañeros.

— Arnold, que solo habia tomado la cartera con el objeto de una burla, imaginó con la misma intencion meterla á favor de la bulla en el bolsillo de William. Este, que estaba seguro de su inocencia, indignado por la amenaza que le hacian, se negó con el mayor teson á dejarse registrar. Esta resistencia aumentó las sospechas del vulgo, que

se agolpó por todas partes sobre él. Por mas que agarró sus bolsillos y se dejó caer en tierra, para mejor defenderse, fué inutil. ¡ Pero se podrá juzgar cuál fue su sorpresa, cuando vencido por la fuerza, vió sacar la cartera de su bolsillo derecho! En vano protestó en favor de su inocencia. ¡Cómo podria ser creido cuando el hecho estaba en contra suya! Por todas partes le prodigaban los nombres mas odiosos, como ratero, ladron, &c. Algunos proponian meterle en el pilon de la fuente, otros atarlo á la cola de un asno y azotarlo, y todos profetizaban á voces que vendria á concluir en la horca.

Arnold, cuya infame burla habia tenido tan fatales consecuencias, principiaba á arrepentirse; pero no tuvo la fuerza necesaria para confesar el hecho, temiendo atraer sobre sí el castigo que iba á caer sobre su compañero. Dejó al pobre William el medio de salir de este compromiso como pudiese, siendo frio espectador de la escena. La colera del comerciante se habia inflamado mas y mas; declaró que queria presentar al ladron delante del juez de paz. Espantado con esta amenaza, y consternado con la idea de la prision por un delito de que no era culpable, William se vió precisado á pedir gracia de rodillas, ofreciendo todo cuanto tenia en resarcimiento. El comerciante se convino con tal que se le diesen cien reales. No le quedaban á William mas que nueve pesetas: todo lo que tenian sus compañeros no completaba la

suma, y el inexorable comerciante no quería rebajar de lo que había pedido.

En tan triste situación William se acordó de una medalla de plata, regalo de su abuelo hecho la mañana de aquel día, previniéndole guardarla toda su vida para acordarse de él. La sacó poco á poco de la faltriquera, pero apenas la vió, exclamó: no, no te daré ni aun para libertarme de la prision: al decir estas palabras oyeron una voz ronca de un muchacho que gritaba: esperen VV. esperen VV., aqui tengo yo una peseta. Todo el mundo volvió la cabeza hacia un limpia chimeneas, que habiendo arrojado en tierra su cuerda y escobas se puso precipitadamente á registrar su bolsillo, sacando una peseta mugrienta, que brillaba todavía en sus ennegrecidas manos. Era el buen Tomas que acababa de llegar á la feria, quien viendo tanta gente reunida, se metió por medio de todos á pesar de los muchos empujones que llevó, y reconociendo inmediatamente á William; sin saber por qué le pedían dinero: tome V. señorito, le dijo, no tengo mas que una peseta, que pertenece á mi amo, pero suceda lo que quiera la doy con gusto por si puedo contribuir á sacarle del conflicto. La conciencia de William se conmovió por semejante rasgo de generosidad. ¡ Ah dijo para sí, no quise ayer cambiar media onza para socorrerte, Tomas, y tú hoy!... Un torrente de lágrimas cayó de sus ojos, que hasta allí había podido contener.

El comerciante pilló la peseta, pero insistió con

teson en que se le diese la medalla, declarando que con esto desistiria de su demanda. William no queria acceder; pero en fin, viendo que el pueblo trataba de llevarlo ante el juez, y que sus compañeros manifestaban no poder esperar mas, porque se acercaba la noche, compró su libertad entregando la medalla, y con paso triste y silencioso se puso en camino con sus compañeros hácia la casa del capitán Beaufort.

Como trataban de ocultar que venian de la feria, se vieron precisados á dar un gran rodeo; de suerte que cuando llegaron era ya bien de noche. Enrique fingió un cuento á su papá para disimular la tardanza. William temblaba de vergüenza á cada palabra; é inmediatamente se despidió del capitán para volver á su casa.

Luego que llegó á la puerta el corazon le palpitaba con violencia. En lugar del placer que regularmente tenia cuando entraba en la casa paterna, y de la prisa con que volaba á los brazos de su mamá, sentia correr de sus ojos gruesas lágrimas; se deslizó tristemente y á escondidas arriado á la pared de la entrada y parándose algun tiempo en la primera sala, víctima de sus crueles reflexiones. Pero pronto salió de este estado al escuchar la voz de su abuelo que oyó en el salon. Mr. Greaves hablaba á Robertito. Sí, le decia, yo he dado á tu hermano y hermanita una medalla exactamente igual á la tuya. Quiero ver cuál de vosotros la conserva mas tiempo para acordaros de

mi. Es imposible explicar lo que William sintió al oír estas palabras. Se dió prisa á subir á su habitacion y arrojándose en la cama: ¡O cielos, exclamó, qué haré yo? ¡Y qué podré decir? Después de haber llorado por mucho tiempo, sintió un fuerte dolor de cabeza, y resolvió pretestar alguna cosa para lograr el permiso de acostarse.

Luego que se serenó un poco bajó al salon. Su hermanito le salió al encuentro y presentándole el regalo que le había dado su abuelo: toma le dijo, saltando de alegría: mira, ¿no es una bonita medalla? Enséñame la tuya á ver si es lo mismo. Se avergonzó William, y como su hermano continuaba instándole á fin de que se la enseñase; dejame tranquilo, le respondió con aspereza: no la tengo aquí. En seguida manifestó estar atacado de un fuerte dolor de cabeza, y despues de descansar á todos una buena noche se retiró para meterse en la cama. La inquietud que sus padres habían demostrado por su indisposicion aumentaba su pesar. ¡Como puedo merecer su cariño, ese amaba! ¡Ah, si supiesen lo mal que me he conducido esta tarde, cómo me despreciarian! ¡Como en adelante podrian confiar en mí, cuando yo mismo no puedo hacerlo! Sabia que hacia mal de decir con Enrique, y sin embargo firmé el compromiso y vergüenza en que me he visto, es una consuetudín de mi primera falta. ¡Oh! confío en adelante no dejarme persuadir para hacer aquello que en rigor no parezca justo. Tales eran siempre sus ge-

nérosas resoluciones; pero en el momento en que era necesario ejecutarlo le faltaba la resolución. 7 Debilidad fatal que puede conducirnos á todos los vicios. 7 Después de una porcion de reflexiones, á enalmas amargas; se durmió en fin; pero el sueño fue triste y penoso; y los primeros movimientos que sintió al despertarse fueron las violentas agitacionés de una conciencia culpable.

7 Quien creerá que después de las humillaciones que habia sufrido, y de los fuertes remordimientos de su conciencia, estuviése dispuesto á cometer otra falta mas grande! Salió de su quarto lleno de tristeza; y al atravesar el salon para ir al jardín á dar un paseo, vió entrar por la puerta opuesta al autonde sus males Enrique Beaufort. 7 Como William le dijo Enrique, tienes un semblante aun mas triste que ayer tarde. Vengo á saber como estas. 7 Es preciso que tu papá te haya dado de golpes. 7 No hay duda. 7 De golpes? respondió William como ofendido. Mi papá no me ha castigado jamás tan duramente; solo caricias fueron las que me hicieron ayer. Están lejos de imaginar lo culpable que soy; y esto es lo que me causó mas pena. Por eso solo, replicó su amigo, estas tan triste; no creia fueses tan niño. Mi papá usa muchas veces para castigarme del látigo de su caballo, y cuando conoce que le desobedezco, me da de latigazos hasta que me salta sangre, que llama el castigo militar; pero seguramente yo no me abato tanto como tú pareces estarlo; si yo no tuviese que temer mas

que los sermones regañones de un anciano abuelo!.. ¿Quita allá Enrique, replicó William, que amaba á su abuelo con extremo, habla con mas respeto de un hombre venerable? ¿Si supieses como me quiere? ¿Pero hay de mí? puede ser que en adelante me aborrezca; bien lo merezco. A quella medalla que me dijo conservase con cuidado para acordarme siempre de él; si llega á saber como la he perdido! No puedo sufrir tan cruel idea.

Enrique empleó en vano toda suerte de medios para animar á su amigo. La pena de William se acrecentaba á medida que se aproximaba la hora del desayuno. ¿Como atreverse á parecer ante los ojos de sus padres? ¿Como recibir sus caricias de que era tan poco digno! En fin le llaman: marchaba á paso lento hácia la sala, cuando Enrique lo detiene de repente enseñándole al fin de una calle la medalla de Robertito, que sin duda habia dejado caer al sacar su pañuelo. Mira, le dijo, lleno de alegría, espero que vas á tranquilizarte y enjugar tus lágrimas, y no tendrás que temer ser descubierto. William le alargó la mano poseído de alegría; pero retirándola precipitadamente gritó no es la mia. ¡Ó si fuese ella! Mas no seguramente, es la de mi hermanito. ¿Y qué importa? respondió Enrique con admiración. ¿Pues qué, no la tomarás! ¿Que raro escrúpulo te detiene? Si tu hermanito la ha perdido, es propio de su edad, no le reprendrán y solo le dirán que es un aturdido. Pero á tí; piensa cuanto importa el no ser descubierto: tan



dichoso hallazgo te saca del mayor compromiso. Nadie tiene necesidad de saber que nos hemos encontrado esa medalla, y como ella es en todo semejante á la tuya, desafío al mas valiente que conozca el misterio. William quedó suspenso; todas las reconvenções que él temia se presentaron á su imaginacion bajo un horroroso aspecto. Las palabras de Enrique aumentaban por un lado su miedo, y por otro le hacian ver el medio de librarse. El momento era crítico para su virtud. El honor le prohibia cometer una accion tan baja; pero el temor de que sus padres le aborreciesen le conducia á exponerse á los cargos secretos de su conciencia antes que á incurrir en la indignacion de su familia. El combate de su corazon fue violento; pero pronto se terminó á favor de su gloria. No; dijo con firmeza, he sufrido mucho por mi primera falta; no seré tan malvado que cause la pena de mi hermano y engañe á mis padres: prefiero entregarme á la bondad de mi abuelo: quiero decirle exactamente cuanto ha ocurrido. Si sufro algun castigo, tanto mejor, asi pagaré en parte lo mal que he procedido. Por piedad, le respondió Enrique, no seas tan indocil. Si por tí no se te dá cuidado, ten alguna consideracion por mí. Tú te convenistes ayer en acompañarnos, y ahora quieres hacerme víctima de tu debilidad. Si revelas lo ocurrido á tu abuelo, la falta va á recaer sobre mí. Dirá que yo te seduje, y nos impedirá vernos en adelante. No ignoro que nunca perdona las faltas

de desobediencia no dejará de hacer saber á mi papá que yo contravineá sus órdenes, y mi papá es tan severo en sus castigos, que solo el pensarlo me hace temblar. ¡Cruel William! he venido á consolarte, y en recompensa quieres hacerme castigar. Puedo haberte conducido inocentemente al conflicto en que te encuentras; pero estoy seguro que yo en tu lugar, no obraría como tú quieres obrar con respecto á mi.

Este argumento atacaba con sagacidad la generosidad natural de William. Enrique estaba penetrado de que William era incapaz de causar pena á otro. ¡Leccion admirable para los jóvenes de la mejor educacion, del peligro que corren en frecuentar las malas compañías, pues que por imprudencia ó debilidad, un corazon generoso puede ser inducido á cometer el mal, creyendo hacer bien. Asi es como William, viendo las cosas bajo un distinto punto de vista, creyó abrazar el partido mas prudente y mas delicado cediendo á las persuasiones de Enrique: en fin guardó la medalla en su bolsillo, diciendo; quiero guardarla para recuerdo de la falta que he cometido, dejándome persuadir contra los sentimientos de mi corazon siguiéndote á la feria; esa fué la primera causa del compromiso en que me veo. El mal ha ido en aumento rápidamente, y qué sé yo donde parará. Estoy ya castigado, aunque todavia no se ha descubierto. Conozco que la desobediencia trae consigo el castigo.

En este momento vinieron á llamarlos para desayunarse, y se dieron prisa á ir. Enrique sa-

Indó á todos con aquella natural ligereza que marcaba su caracter, y fué á sentarse, sin la más pequeña apariencia de inquietud, cerca de Mr. Sedley. No sucedia lo mismo á William; se colocó tristemente en el hueco de una ventana, y apenas tenia la fuerza suficiente para poder contestar á las preguntas cariñosas que le hacian acerca de su salud. Habia perdido la serenidad de una alma inocente, y su imaginacion estaba entregada á la turbacion, á la vergüenza, y á la confusion. Aun no bien se habia concluido el desayuno cuando Enrique pidió permiso para retirarse: y Mr. Greaves convidó á su nieto á dar un paseo por el campo; William hubiera querido excusarse; pero no teniendo ningun razonable motivo para ello, se disponia á seguir á su abuelo, cuando Robertito, que mientras el desayuno habia salido, vino corriendo del jardin, diciendo muy affligido, que habia perdido su medalla y que no sabía donde encontrarla. A estas palabras William se avergonzó; pero volviéndose precipitadamente sin poder decir nada, bajó la cabeza al suelo como si quisiese buscar la medalla. ¡O hermano mio, dijo Robertito, tambien quieres tener la bondad de buscarla! pero no es aquí adonde ereo haberla perdido; la tenia esta mañana antes de desayunarnos. No la has conservado por mucho tiempo, le dijo su abuelo; estoy seguro que William y Fanny han tenido mas cuidado. Fanny sacó la suya del bolsillo; William iba á hacer otro tanto, pero su conciencia

no le permitió presentarla. La tenia entre los dedos sin atreverse á demostrarla. Robertito suspiraba y lloraba. No llores querido, le dijo Mr. Greaves, yo te perdono: eres un niño y no estas acostumbrado á tener dinero. Te daré otra medalla y tu hermano tendrá cuidado para que no la pierdas. Me ama con tanto cariño que estoy seguro conservará por largo tiempo la suya despues de mi muerte. William no pudo responder nada, pero un torrente de lágrimas cayó de sus ojos. Su abuelo le alargó los brazos y le dijo; no te apesadumbres; soy viejo, mi querido hijo, pero no te aflijas. Aunque la medalla que te he regalado valga poco, que te recuerdes siempre que la mires, cuanto te quiero y deseo tu felicidad. Acuérdate, querido, que no puedes ser dichoso sin tranquilidad de conciencia; y cada prueba de cariño que recibas de tus padres, te anime á fortificar tu alma en el honor, la rectitud y la generosidad.

Los suspiros de William se redoblaron con estas últimas palabras. Las caricias de su abuelo le atormentaban mas cruelmente que las mas vivas reconvenções. Veinte veces estuvo para confesarlo todo; pero el temor de complicar á Enrique en su desgracia le impuso silencio. A esto llegaron á la puerta del jardin, en cuyo sitio dejaron á Fanny y á Robertito para pasearse por el campo. William marchaba con aire triste y abatido. En vano Mr. Greaves, sin sospechar la causa de su abatimiento, procuró alegrarle con su conversacion. William

conocía cuan criminal era para poder hablar con su ordinaria alegría. En fin, subieron á una colina desde donde se descubria una gran estension de terreno. Mr. Greaves, señalando con el dedo á VVilliam la aldea donde este habia ido dos dias antes en busca de Tomas, le preguntó si le habia visto despues, y si habia cumplido la intencion que tenia de hacerle un regalo. Esta pregunta era muy interesante para que VVilliam pudiese contestar inmediatamente. Si decia que le habia visto, podian preguntarle en qué sitio le habia encontrado; y para decirlo era consiguiente confesase todo lo que le habia costado tanto trabajo callar. Dudó por algun tiempo lo que debia decir, hasta que su abuelo, observando su confusion, tomándole por la mano, y con tono mas cariñoso que serio, le dirigió así la palabra. Veo con pena, mi querido hijo, que tú tienes algun secreto que pesa sobre tu corazon: sin embargo, no deseo me le confies, si tú no quieres hacerlo libremente por mi cariño. Dime lo que te incomoda; puede ser que me halle en estado de socorrerte con mis consejos. Que una desconfianza imprudente no te impida abrirme tu corazon, y depositar tu pena en el mio.

— ¡O señor, exclamó VVilliam con voz balbuciente, no merezco me trate V. con tanta bondad! No soy dueño de mi secreto; otro está interesado en él. ¡Ah! si esto no me lo impidiese, por muy culpable que yo sea, confesaria á V. todo en este momento.

A tí te toca, amigo mió, replicó Mr. Greaves, saber, si has hecho alguna promesa que tu honor te obligue á cumplir. Pero ten cuidado también, que puedes ser arrastrado al vicio por una vergüenza culpable, y por una inclinación obstinada hácia un falso punto de honor. Vive seguro de que no es un verdadero amigo quien te obliga á callar á tus padres una cosa de la que tú mismo piensas debían ser sabedores. Herido de estas reflexiones, William, despues de haberse ajitado interiormente con su secreto, iba al fin á confesarlo, cuando vieron pasar inmediatos á donde ellos estaban dos personas que desde luego reconocieron, el uno un caballero, su vecino, y la otra Jenni su hija, que hacia dos dias habia salido del colegio, para ver las fiestas de la aldea. Esta señorita era íntima amiga de la hermana de VWilliam, y su papá la llevaba á verla. VWilliam se alegró mucho de este encuentro, que tan felizmente cortaba una conversación de la que no sabia como salir. Se dirigieron los cuatro hácia la casa. Se conoce fácilmente cual seria la alegría de Fanni cuando vió á su amiga y compañera. Por lo que respecta á Robertito, estaba triste, sentado en un rincon de la sala, mordiendo el pico de su pañuelo, acordándose de la pérdida que habia hecho. VWilliam sentia rasgársele el corazon de dolor por la tristeza de su hermanito, y no podia sufrir este espectáculo. Salió precipitadamente de la sala para dar una vuelta por el jardin. Su corazon se conmovió mas fuertemente cuando pasó por el lugar adonde

había encontrado la medalla; la sacó del bolsillo y mirándola con un sentimiento de honor: no, tu no me pertenesces, dijo, yo voy á entregarla á su dueño. No quiero que mi hermanito padezca mas tiempo por mi culpa. Sucedame lo que quiera, no seré tan infame que siga obrando contra mi conciencia y honor. Animado de esta noble resolucion entró en la sala y corriendo hácia su hermanito: toma, le dijo, no te aflijas mas, toma tu medalla, que yo me he encontrado. Robertito se precipitó para recibirla, y echando sus brazos al cuello de su hermano le demostró su reconocimiento y su alegría con mil sencillas caricias.

La satisfaccion de William fue menor de lo que debia ser, por la voz interior que le acusaba de cuan poco merecia estas demostraciones de cariño. Una conciencia criminal emponzoña el principio de alegría mas pura, é impide gozar el placer mas perfecto. Se vió obligado á decir el sitio donde habia encontrado la medalla; pero se calló muy bien el tiempo que habia estado en su bolsillo, dejando creer á todos que la habia encontrado en aquel momento. Agitado de mil confusos movimientos que se combatian en el fondo de su corazon, no pudo soportar por mas tiempo esta turbacion á la vista de los que le rodeaban, y subió á su habitacion para calmar su espíritu en el reposo de la soledad. Mientras este intervalo, Robertito, despues de haber saltado y brincado al rededor de la sala con la amable alegría de la niñez, vino á pararse

delante de la amiguita de su hermana, y enseñándole su querida medalla, la rogó mirase qué hermosa era, y aseguró que en adelante la guardaría con más cuidado. La señorita la miró por algún tiempo con atención, y dijo que ella tenía una exactamente semejante á aquella, que un amigo de su papá acababa de regalársela.

Mr. Greaves le rogó con interés tuviese la bondad de enseñársela, por que las que había dado á sus nietos eran muy antiguas, aunque bien conservadas, y las creía muy raras. Después de haberla puesto un instante sobre la mesa para buscar sus anteojos, la volvió á tomar y dirigiéndose hacia la ventana la miró con mucha atención, y volviéndose á la señorita le suplicó la dijese, si sabía cómo la había adquirido el amigo de su papá. Ella le respondió, que la había comprado la tarde anterior en la feria á un comerciante, quien había él dicho que la había adquirido en aquel momento de un muchacho, al cual había sorprendido robándole una cartera de su tienda, y que era todo lo que sabía. Mr. Greaves, habiéndola rogado se la dejase por un momento, salió en seguida de la sala y subiendo á la habitación de su nieto lo encontró que estaba escribiendo. Mi querido VWilliam, le dijo, no vengo á interrumpirte; préstame tu medalla, que la necesito para compararla con esta. Á esta petición inesperada VWilliam, se turbó. Era demasiado delicado para mentir, y la confusión no le permitía hablar. Yo, yo, yo no la



tengo, dijo en fin tartamudeando; y en seguida principió á llorar con el mayor desconsuelo. Hijo mio, le dijo su abuelo con seriedad, dime lo que ha ocurrido. VWilliam no pudo desde luego responder por sus continuos sollozos. Pero bien pronto, obligado por una nueva orden, tomó la mano de Mr. Greaves y con el tono de la mas profunda consternacion. ¡Oh abuelo mio! exclamó, no quiero engañar á V., soy digno del mayor vituperio; una falta me ha hecho cometer una porcion de ellas; pero si V. tiene la bondad de perdonarme, me atrevo á prometerle que será la última. Entonces contó lo que le habia pasado en el camino con Beaufort y sus compañeros, y en fin, la aventura de la feria, protestando siempre que él no habia robado la cartera como le imputaban.

Mr. Greaves, viéndolo tan humillado por esta confesion, no quiso acabar de confundirlo. Sin embargo le dijo; esta mañana cuando buscabas la medalla en tu faltriquera, sabias que no la tenias ni podia estar alli. ¿Por que me has dejado creer lo contrario? ¿Como has tenido valor para sufrir que te elogiase, mientras que dejabas reprendiese á tu hermanito?

V. me ha dicho muchas veces, mi querido abuelo, que una confesion pronta y sincera es la primera prueba del arrepentimiento de una culpa: asi lo hubiera hecho esta mañana antes de almorzar, si Beaufort no me hubiese persuadido importaba el secreto, á fin de evitarle el castigo que hu-

biera recibido de su papá. No trato de echarle á él la culpa para aparecer menos criminal, pero sus malos consejos me han inducido á tomar la medalla de mi hermanito, que encontramos en el jardín. La he conservado hasta el momento que V. vió se la devolví, no habiendo podido sufrir retenerla por mas tiempo. Si V. se digna confiar en mi palabra para lo sucesivo, esté V. seguro que me conduciré de una manera que me haga digno de su cariño. ¡ Oh, no puede V. imaginarse cuanto he sufrido por esta falta! Esto podrá servirme para que se compadezca de mí y me perdone. Acabó de hablar y bajó la cabeza sin tener valor para mirar á su abuelo.

Enternecido por tan lastimosa súplica, Mr. Greaves tomó á su nieto de la mano, y con un tono dulce le dijo: mi querido amiguito, pues que te veo tan reconocido, creo poderme fiar en tu arrepentimiento. Si tu corazón es realmente generoso, un perdón absoluto de tu falta te la hará detestar mas que las reprensiones y los castigos. Pero lo que debo advertirte es que desconfies mucho de tí mismo. Veo que no basta conocer los principios de rectitud y delicadeza para guardarse del error. Por lo que respecta al carácter de Enrique, puedes juzgar por tí mismo si es digno de servirte de modelo, y sino es necesario estar bien corrompido para burlarse de los preceptos de un padre, comprometiendo á otros para conducirlos al mal. Sus consejos se fundaban en motivos perso-

nales, en la bajeza y el engaño. Así es, mi querido hijo, que desde la primera falta has sido conducido precipitadamente y sin poderte detener, á un tropel de otras, hasta perder esa dulce paz, que no pertenece mas que á la inocencia; y tu corazón ha sido atormentado por mil sentimientos dolorosos. Si á tu falta hubieras añadido la mentira, la habria descubierto bien pronto; porque el comerciante á quien te viste precisado á dar tu medalla, la ha vendido á una persona, que la regaló á Jenny, contándole el modo con que habia llegado á sus manos. Ella está en este momento en las mias. Vela aqui; mirala: ¿ves tú esta VV? Yo habia grabado esta letra antes de darte la, como las iniciales del nombre de tus hermanos, sobre las medallas que les he dado, con el objeto de distinguir cada una de por sí, y si alguna se perdiese poder saber cuál habia sido. No me falta mas que enseñarte la instrucción que puedes sacar de esta aventura. Cualesquiera que sean las medidas que se tomen para ocultar una mala acción, hay siempre alguna circunstancia imprevista que sirve para descubrirla. Ciertamente no creías encontrar esa mañana á esa señorita que está abajo. Aun creías menos despues que la hemos encontrado, cuando te felicitabas de que hubiese llegado tan á propósito para sacarte del compromiso en que te hallabas, que seria ella misma quien serviria para confundirte, trayendo tu medalla. Conoce por esto, amigo mio, que si obras mal, corres continuamente

riesgo de ser descubierto por un medio inesperado, y de consiguiente estás siempre espuesto á la mas horrorosa desgracia. La seguridad ha sido siempre la dulce compañera de la virtud. Un corazon justo no tiene jamás secretos vergonzosos que callar. Libre de esas crueles inquietudes que te han atormentado esta mañana, no tiene necesidad de subterfugios; temblaria solo en pensar que tenia que valerse de estos medios vergonzosos. Cultiva con cuidado esta franqueza de caracter tan pura y amable, evitando todo lo que tu conciencia pueda reprenderte. Esta voz interior será siempre tu mas segura guia. Si sientes tu corazon indeciso, y que piensas obrar de una manera que sería condenada por tus padres, vuelve en tí mismo, y no te acobarde el temor de hacerte ridículo. Puedes probar por algunos instantes que es desagradable ser la mofa de las personas corrompidas; pero estos tiros se embotarán en tu firmeza, gozarás en seguida de la aprobacion de tus amigos, asi como de la satisfaccion de tu corazon; y he aquí, hijo mio, una noble recompensa. Respecto al temor del castigo, ó la esperanza de evitarlo, jamas estos indignos motivos influyan en tu conducta. Un niño que no se espanta á la vista de una mala accion mas que por la idea del castigo, debe ya desconocer los principios del honor. Si tus padres no han empleado jamás correcciones violentas, es por que hasta hoy has sido prudente y sumiso. No creas que ellos quieran dejar tus faltas sin castigo, si.

cambias de conducta. No te envanezcas por no tener el castigo, si no de no merecerlo jamás; pero forma la noble resolucion de no hacerte acreedor á él. Sé que tu corazon es generoso, pero facil de ser sorprendido. Debes trabajar para curarlo de esa debilidad, si no quieres andar toda tu vida de precipicio en precipicio. La firmeza de principios, mi querido hijo, es absolutamente necesaria para formar un hombre de honor. Tú amas tiernamente á tu hermanito, y sin embargo estraviado por bajas seducciones, has consentido en engañarle, despojarle y sumirle en la tristeza. ¡Cuánto no debias sufrir, cuando con sencilla inocencia te ha rogado busques su medalla, y te ha dado las gracias por el trabajo que fingias tomar por él? Asi es como una mala accion, de cualquier género que sea endurece y en vilece el corazon. Confio en que este ejemplo que tú mismo has experimentado te servirá de una leccion eterna. Cree á mi larga esperiencia; es imposible fijar término al mal, y seria una estupidez decir llegaré hasta allí en mi estravío, y me pararé en tal punto. Si consientes una vez en perder un solo grado de tu inocencia, tus ojos se cerrarán; y no sabrás hasta qué término marcharás en el camino del crimen.

Este discurso hizo en William una profunda impresion y prometió, llorando, desconfiar en lo sucesivo de su debilidad. Mr. Greaves, penetrado de su arrepentimiento, le concedió el perdon que imploraba, y despues de confirmar esta gracia

con un cariñoso abrazo, le dejó para darle tiempo á que se tranquilizase. William un poco aliviado del terrible peso que habia oprimido su corazón, consiguió pronto tranquilizarse, y se halló en estado de bajar al lado de sus padres, aunque el penoso sentimiento que conservaba de sus faltas habia abatido su viveza, y estaba distraido y taciturno.

Todos sus pensamientos y sentimientos se habian concentrado en él mismo toda la mañana; pero despues de comer se acordó que debia á Tomas una peseta que tan generosamente le habia prestado en su desgracia. Sin embargo, él no tenia dinero, y pedirle á su abuelo era recordarle unos hechos que deseaba borrar de su memoria. En tal compromiso resolvió dirigirse á su hermana, que sabia estaba siempre pronta á servirle, la que felizmente le dió tres pesetas que tenia.

Con esta pequeña suma partió con precipitación hacia la aldea donde habitaba Tomas. Estaba cerca de ella quando sintió unos gritos muy agudos que salian de en medio de un espeso matorral, á la derecha del camino. Corrió hacia aquel lado para socorrer al desgraciado que se quejaba tan lastimosamente. Pero á medida que se acercaba, los gritos eran mas débiles y mas ahogados, y antes de llegar ya no oia nada. Un hombre que se levantó repentinamente de en medio del matorral y que huyó al verle le dió á conocer el sitio donde debia buscar el objeto de su

compasion. Este era un muchacho cubierto de andrajos, y tendido en tierra sin movimiento. Se adelanta para socorrerlo; ¡pero cuál fue su sorpresa cuando creyó reconocer á Tomas! Era en efecto el mismo, que su cruel amo habia atado al tronco de un árbol, le habia despues azotado con el mayor furor; concluyéndo la operacion dándole un fuerte golpe en la cabeza con un palo, que le dejó privado del sentido. Puede ser de que hubiera llevado mas lejos su barbarie, á no haber temido la vista de un testigo que hubiera podido; deponer contra él, y quizá por esto hayó.

William se arrojó sobre el cuerpo de Tomas, rompió sus ligaduras esforzándose á hacerle volver en sí, pero el desgraciado no daba señales de vida. William miró por todas partes por si veia alguna persona que pudiese ayudarle. Vió por entre el matorral un muchachito, que le recordó de repente la idea del pequeño aprendiz, del que Tomas le habia hablado en su primera entrevista. Despues de haberle llamado inutilmente corrió hacia él preguntándole por qué no venia á socorrer á su compañero, ¡O mi querido señorito, respondió el muchacho todo temblando, tengo miedo que mi amo vuelva y me azote tambien! Y por qué á Tomas le ha castigado tan cruelmente? Porque no ha traído á casa una peseta que ayer le dió el caballero Diby por limpiar las chimeneas. Dijo al amo al volver que le daria la peseta hoy. El amo ha esperado toda la mañana, pero viendo que la

peseta no venia, se puso tan enfurecido que agarró á Tomas y lo condujo á ese matorral, diciéndole le iba á matar. ¡Ay de mi! temo no lo haya hecho así, porque no veo moverse á Tomas; y seguramente sino estuviese muerto no dejaria de levantarse y hechar á correr, porque no le muela aun á palos.

¡O cielos! gritó William. ¡Que será de mi, mi pobre Tomas, yo que soy la causa del feroz castigo que acaba de sufrir! ¡Oh como podras perdonarme! ¡ni cómo podré yo perdonarme á mí mismo! ¿Que haré para remunerarte de este sacrificio? Al decir estas palabras se dirigió hacia él procurando volverle en sí con el mas ansioso cuidado. No fue inútil esta diligencia: despues de un profundo suspiro Tomas entreabrió un poco los ojos! Justo cielo él respira todavía, exclamó William! Mira, mi querido Tomas, mira: yo soy quien acaba de socorrerte. La voz de la piedad era tan extraña para Tomas, que apenas podia distinguir los ecos. Fijaron la vista en William sin reconocerle, y creía estar aun desmayado. Poco á poco volvió en sí, ¡Oh! tes V. señorito, dijo á William con voz débil. Acaban de maltratarme ferozmente por V.; pero no se aflija; gracias á Dios estoy acostumbrado á sufrir. El mal se ha pasado y no siento el motivo.

William con la mayor tristeza, sin poderle responder, le ayudó á levantarse, conduciéndole al sitio de un campo yecino que Tomas saltó con mucho trabajo: sentándose allí bajo de una haya que los ocultaba enteramente. William guardó silencio



algun tiempo y despues enjugando sus lágrimas suplicó á Tomas le perdonase haber sido la causa de su tormento por no haberle satisfecho una deuda tan sagrada; pero añadió: ¿por qué no has venido á buscarme? Deberias estar seguro que te abria pagado inmediatamente. ¡Oh! mi querido señorito estaba seguro de que esta era su intencion. Asi corrí esta mañana á casa de V. hallá abajo al palacio; por este camino que le encontré la primera vez, cuando me dejó para montar en un hermoso coche, que pasó al gran trote cerca de nosotros. Pregunté por el señorito, porque ignoraba su nombre. Y el cocherero, pienso á lo menos fuese él, me dijo que en efecto era yo un buen muchacho para tener negocios que tratar con su joven amo, y que ademas V. no estaba en el palacio. Entonces como yo tenia prisa le dije que V. me debia una peseta, y le supliqué me la pagase; asegurándole que V. tendria un placer en devolverse la. Me respondió que aunque muchacho parecia un gran bribon. Me despidió, no me atrevo á decir á V. adonde, pero fue con los diablos; y despues de haberme dado dos ó tres azotes con un látigo que tenia en la mano, me arrojó sin piedad fuera del patio. ¡O pobre amigo mio; exclamó William, cuánto lo siento! Es preciso que esto haya sucedido cuando estaba en paseo con mi abuelo. Puedo pagarte en seguida, añadió, dándole las tres pesetas que llevaba. No tengo mas en este momento; pero el primer dinero que adquiera será para tí, te lo prometo. No he

prestado á V. mas que una peseta, le respondió Tomas, así V. me dá dos demas. Sí, guardalas, replicó William: quisiera tener diez veces mas para darte!

En esto el pequeño aprendiz, que por miedo de su amo no habia seguido á William con su camarada vino á todo correr hacia ellos diciendo á Tomas que podía volver á casa, porque su amo se habia metido en la taberna, y seguramente pasaría en aquel sitio la mayor parte del dia, segun su costumbre. Tomas se levantó en seguida, y dijo á William queria aprovecharse de la ausencia de su verdugo, para volver á su casa, porque su ama, que era la muger mejor del mundo, estaria con pena acerca de su suerte, y anhelaba sacarla del cuidado. William le respondió que no le abandonaría, y se dirigieron los tres hácia la cabaña. No tardaron en llegar, á pesar de que Tomas andaba con mucho trabajo; pero William y su pequeño compañero le sostenian por debajo de los brazos, para que anduviese con más facilidad. Al entrar vió William á la pobre muger que tenia la mano puesta en un ojo, y con la otra sostenia un niño á quien daba de mamar. La inocente criatura dejaba de cuando en cuando el pecho, y miraba con tierna sonrisa á su madre, mientras que esta para acariciarle se bajaba hacia él, dejando caer gruesas lágrimas en la cara de su hijo. Una niña como de dos años, estaba en pie agarrada á las rodillas de su madre, y lloraba pidiendo la diese de comer. Otra niña es-

taba cerca de una mesa carcomida y coja, procurando alcanzar un pedazo de pan moreno, mas negro aun por el hollin que le cubria que por su color. Tal fue la escena que se presentó á los ojos del jóven William al entrar en la cabaña, haciéndole ver un contraste extraordinario con las riquezas á que estaba acostumbrado. Tomas le seguia, y olvidando sus llagas se precipitó en la cabaña gritando: veame V. aqui; ama mia, no hore V. mas, que aqui estoy. No habia advertido la llegada de William; pero á la voz de Tomas, levantó con prouititud la cabeza, enjugando sus ojos tan inchados que apenas podia verle. ¿Que! eres tú, mi pobre hijo, le respondió. ¿Como estas,? ya te creia muerto, tal era el furor de mi marido. Por haber implorado tu perdon me dió este terrible golpe en la cabeza. ¡Ay de mí! al recibirle me creí concluirían con él todas mis penas. ¿Pero es este aquel señorito, de quien me has hablado? ¡Oh, sí, soy el mismo! A mí fué á quien Tomas prestó la peseta que ha causado á VV. tantos males, siendo yo solo quien debia sufrirlos.

Los niños que habian suspendido por un momento sus lloros, principiaron con mas fuerza. La madre les dijo que tuviesen paciencia pues no tenia un cuarto para comprarles pan. Tomas se dió prisa á enseñarla el dinero que habia recibido, y prometió á los niños que si callaban les daria que comer. En efecto mandó en seguida al pequeño aprendiz que comprase un ojaldre, á cuya vista se al-

gró toda la familia. El ansia con que los niños devoraban aquella pasta pesada y á medio cocer, causó á William la mayor admiracion. Toda la pequeña familia le dió las gracias cuando supo que era á él á quien debian tan buena comida. William gozaba con transporte del reconocimiento universal; pero como se aproximaba la noche se vió obligado á dejar la choza para volver á su casa. En el camino hizo mil reflexiones profundas á cerca de los acontecimientos que le habian sucedido en aquel dia y en el anterior. Conoció como la debilidad que habia tenido en ceder, contra su interior, á los malos consejos de Beaufort, le habia atraido mil humillaciones é incomodidades. Esta debilidad era la causa de las afrentas que habia sufrido en la feria; de las angustias que habia padecido á su vuelta; del vergonzoso descubrimiento de su disimulacion y mentiras; del dolor en que sumió á su hermanito que tanto amaba; y en fin del mal trato y golpes que habia sufrido su generoso bienhechor, y de que una desgraciada muger hubiera estado en peligro de perder la vida. Todas estas dolorosas escenas pintadas vivamente en su imaginacion le hacian temblar de horror. Se convenció cuán necesario era vencer esta debilidad de carácter, y no seguir mas que los sentimientos del honor y la virtud. Estos principios se fortificaron poco á poco en su alma; siguiéndolos fielmente desde aquel momento. Aquellos á quienes esta historia haya podido interesar en favor de Tomas, sabran con gusto

que William le proporcionó una suerte mas feliz.

**GUILLERMO D. \*\*\* A SU MADRE.**

*Londres 24 de octubre.*

Antes de ayer llegamos, mi querida mamá, á esta gran ciudad. ¡Pero ah! este viage ha tenido un acontecimiento desgraciado.

Mr. Bartlet, Carlos y yo íbamos delante en una berlina. Mr. y madama Grandisson, nos seguian con Emilia y Eduardo. Habiamos convenido en esperarlos en un gran parador, para comer juntos y dejar descansar los caballos. Luego que nos paramos el bravo Enrique, queriendo bajar precipitadamente para abrir la portezuela, tuvo la desgracia de caer y romperse una pierna. V. conocerá cual fué nuestro pesar por tal accidente. Hicimos trasportar inmediatamente al desgraciado á la mejor habitacion de la posada, y Carlos envió á buscar al cirujano del pueblo. Sin embargo de su profundo sentimiento tuvo bastante espíritu para asistir á la operacion, y prestar todos los socorros que estaban á su alcance. Habiendo llegado el otro carruage, mi amigo suplicó á su papá despues de comer, nos permitiese quedar en la posada cerca del enfermo hasta por la mañana. Mr. Grandisson condescendió, y continuó su camino. ¡Qué no pueda yo pintar á V. los cuídados cariñosos que

Carlos prodigó al pobre Enrique todo el día; No quiso apartarse de la cabecera de la cama; y le consolaba con la mayor dulzura. A las diez de la noche hizo subir al cochero, previniéndole pasase toda ella al lado de Enrique llamándonos si fuese necesario.

Al otro día nos levantamos muy temprano, y vimos con placer que nuestro enfermo se encontraba mejor en cuanto lo permitia su estado. Sin embargo Carlos no quiso ponerse en camino hasta la llegada de una muger, que Mr. Grandisson habia prometido enviar para que cuidase á Enrique. Hasta la tarde no emprendimos el viage, despues que mi amigo recomendó el enfermo al cuidado de amo de la posada, ofreciéndole una buena recompensa.

— Vea V. mi querida mamá, si es posible ser mas humano y cuidadoso que mi amigo. Por mas que se le crea dotado de todas las perfecciones, cada dia se descubren en él otras nuevas. Lo mismo sucede á mi amistad; creo no poderse ya aumentar y sin embargo todos los dias le quiero un poco mas. ¡O! no es por él solo por quien mis sentimientos tienen una viva afeccion. ¡O mi querida mamá, mi amada hermanita, VV. tienen la mayor parte en mi cariño.

P. D. Olvidaba decir á V. que Eduardo acaba de marchar pa ra su regimiento.

EL PEQUEÑO  
GRANDISSON.

LIBRO QUINTO.

GUILLERMO D.ººº A SU MADRE.

*Londres 23 de noviembre.*

**M**i querida mamá, Enrique está enteramente bueno, aunque anda con muletas. La pierna rota es mucho mas corta que la otra; de consiguiente quedará cojo para el resto de su vida. Su desgracia causa un particular sentimiento á M. y madama Grandisson, por ser un criado inteligente, fiel y lleno de interes por sus amos. Carlos y su hermana han tenido sobre este objeto una conversacion con sus padres que me doy prisa á referir á V.

*Carlos.* Estoy triste, papá, por la desgracia del pobre Enrique. ¡Era tan listo y tan bueno!

*M. Grandisson.* No lo siento yo menos que tú, mi querido hijo, vé como jamas podemos estar seguros de una desgracia: se levanta cualquiera bueno y sano, y una casualidad que toda la prevision imaginable no puede evitar, le priba en un momento de la salud, ó de uno de sus miembros, acaso el mas útil, y muchas veces de la vida. Esta semana última un sugeto conocido mio convidó á toda su familia para celebrar sus dias, dándoles una gran comida. Estaba en medio de sus hijos y nietos: recibia sus tiernas caricias, y se regocijaba de vivir por ser amado. Despues de comer, quiso bajar la escalera, puso un pie en falso, y cayendo de espaldas se desnucó. Semejantes accidentes suceden todos los dias.

*Carlos.* La desgracia del pobre Enrique le ha sucedido por su demasiado celo en cumplir nuestras órdenes. ¿Que hará en adelante? Ya no se halla en estado de servir.

*Emilia.* ¡Ah, no! ¿Quien querrá tomar un criado cojo? ¿por fortuna, papá y mamá son tan buenos? Si: me atrevo á creer...no temo que jamas...

*Mádamá Grandisson.* Y bien Emilia, prosigue. ¿Que quieres decir?

*Emilia.* ¡Ah mi querida mamá! ¿qué quiere V. que la diga? Sabe V. mejor que yo lo que debe hacer.

*Mr. Grandisson.* Habla libremente, mi querida hija. ¿Qué partido piensas tú que debemos abrazar en esta ocasion?



*Emilia.* Pues que V. me lo manda, papá, voy á obedecerle. Dá V. una pension á nuestro antiguo y viejo jardinero porque ha cumplido siempre bien con su obligación.

*Mr. Grandisson.* Es cierto; pero este es un hombre enfermo, que ha servido en casa mas de cuarenta años. Ha sufrido desgracias considerables, y no puede hacer nada para adquirir su precisa subsistencia, en lugar que Enrique puede aun trabajar.

*Emilia.* No estará jamás en estado de hacer lo mismo que anteriormente. Dignese V. escuchar mi súplica, mi querido papá. Mire V. seré en adelante mas económica en mis vestidos y demas que necesite, y si V. quiere permitirmelo el pobre Enrique disfrutará este ahorro.

*Mr. Grandisson.* Apruebo, mi querida hija, esa manera de pensar, que te hace mas honor que la mas rica gala. Pero quiero saber los sentimientos de Carlos acerca de este negocio.

*Carlos.* ¡Oh, papá! ¿que dice V.? No me toca á mi darle consejos.

*Mr. Grandisson.* Está bien, hijo mio; pero pues que tu papá te pregunta tu modo de pensar, puedes decirselo.

*Carlos.* Desde luego; confesaré que quiero mucho á Enrique, y desearia fuese dichoso.

*Mr. Grandisson.* ¿Conoces tú algun medio de hacerlo feliz?

*Carlos.* Sí, papá, creo haber encontrado uno.

*Mr. Grandisson.* Verá sin duda el mismo que el de tu hermana.

*Cárlos.* No es del todo igual, pues hay algunas diferencias.

*Mr. Grandisson.* Veamos.

*Cárlos.* El padre de Enrique era un honrado tegedor, que con su trabajo hubiera vivido con desahogo á no haber tenido que mantener tanto número de hijos. Enrique cuando joven aprendia el mismo oficio: lo abandonó por el interés que manifestó en servir á V. Su padre ha muerto hace mas de seis años; y todo lo que poseian ha sido vendido para pagar sus deudas. Estoy seguro de que Enrique volveria á emprender con gusto su antiguo oficio si tuviese medios. Pero como él ha cuidado de alimentar su infeliz madre no ha podido ahorrar nada de su salario: esto es una cosa que todos sabemos.

*Mr. Grandisson.* Es verdad.

*Cárlos.* Ahora bien; papá, si V. tiene la bondad de adelantarle el dinero que necesite para examinarse y comprar un torno, procurarse útiles, hilo, lana y demas; do conozco, es honrado y laborioso, y sabrá salir adelante. Podria tener en su compañía á su madre para que lo cuidase: tal vez se haria con algun caudal para su vejez, y quizá pronto se hallaria en estado de devolver á V. el dinero que le habia prestado.

*Mr. Grandisson.* Sí, pero los intereses que deberá dar por el dinero le imposibilitaran poder ahorrar nada.

*Cárlos.* (*Arrojándose al cuello de su papá.*) ; Oh, mi querida mamá, permítame V. que le abrace; Veo que V. quiere hacer por él mas que yo me atrevia á desear.

*Mr. Grandisson.* Sí, mi querido hijo, estoy muy contento que tus pensamientos sean iguales á los nuestros. Emilia no podia preveerlo todo. La pension que hubieramos señalado á Enrique no hubiera servido, tal vez, sino para hacerle holgazan y adquirir vicios. En lugar que abrazando su primer estado, dependerá de el solo estar con comodidad por su industria y trabajo.

*Cárlos.* Sí papá, tiene V. razon.

*Mr. Grandisson.* Pues que todos estamos acordes no resta mas, Cárlos, que instruir á Enrique y ver con él qué suma puede necesitar. Puedes decirle que nosotros se la daremos con estremo placer por recompensa de su fidelidad, y para consuelo de su desgracia.

*Cárlos.* Oh mi digno papá, mi querida mamá, doy á VV. un millón de gracias en nombre de ese pobre desgraciado! Permitanme VV. que vaya en seguida á darle tan buena noticia!

*Emilia.* Espera, Cárlos, que quiero ir contigo. ¡Me alegró tanto ver contentos los hombres de bien!

! Oh mi querida mamá, que dicha es tener medios para egercer obras de caridad! Yó quise asistir tambien á esta escena. El bravo Enrique lloró de alegría luego que Cárlos le dijo lo que sus padres

querian hacer por él. Sus lágrimas fueron despues de tristeza, al pensar que iba á dejar tan buenos amos. Pero no, exclamó él, no los dejaré: los tendré siempre delante de mis ojos con el recuerdo de mi oficio.

No puedo estenderme mas; mis lágrimas me impiden ver lo que escribo. ADios mi querida mamá: de aqui á dos meses estaré á su lado y al de mi hermanita. Entonces podremos vernos á cualquiera hora del dia. Nuestros paseos y comidas las haremos juntos, veré á V. sonreirse por mis cuidados, pagándome con sus caricias. Podré abrir á V. mi corazon y decirle todos mis sentimientos. Escucharé sus consejos para reglar por ellos mi conducta. Oiré á V. tal vez, dar gracias al cielo por haberme dado el sér. ¡Oh, con qué alegría la abrazo con esta esperanza!

GUILLERMO D. \*\*\* Á SU MADRE.

*Londres 26 de noviembre.*

Eduardo ha llegado despues de medio dia, mi querida mamá. Su uniforme de oficial le sienta perfectamente; tiene tan buena presencia y figurá como Carlos. ¿No seria lástima que su corazon no acompañase á tan buen exterior? Parece por las cartas que ha traído del mayor Arthur y del Conde... que se ha conducido muy bien en su regimiento. El mayor Arthur le encargó presentar á Carlos en su nombre

una soberbia caja para el rapé. Está adornada con su retrato guarnecido de diamantes. El mayor se ha valido de una estratagema para que la acepte, diciéndole que como no puede mostrarle debidamente su profunda gratitud por haberle salvado la vida, le ha encargado á su retrato se la manifieste todos los dias.

Acaba de suceder en este país una funesta aventura que demuestra cuan imprudente es siempre hablar mal de otros. Lea V. mi querida mamá, la conversacion que acerca de este particular hemos tenido, por la que se enterará mejor de la historia.

*Eduardo.* ¿Ha oido V. hablar, papá, de la excena que acaba de pasar en Tunbridg?

*Mr. Grandisson.* No, ¿Cual es?

*Eduardo.* ¿Conocia V. al Coronel Brovvn, ese valiente oficial?

*Mr. Grandisson.* Sí.

*Eduardo.* Pues bien, este digno oficial ha sido muerto la semana pasada, por el Capitan Fierly.

*Mr. Grandisson.* ¡Muerto! ¿y cómo?

*Eduardo.* De una estocada en desafío.

*Mr. Grandisson.* ¿Sabes el motivo?

*Eduardo.* El hijo del coronel habló mal en una sociedad del Capitan Fierly y este se ofendió.

*Emilia.* ¿O cielos! ¡Es posible!

*Eduardo.* Dicen que el capitán es un mal sujeto y que nadie le aprecia.

*Mr. Grandisson.* Eso puede ser; pero no le incumbe á un joven hablar mal, y sobre todo en presencia de una reunion.

*Guillermo.* ¿Y como llegó la conversacion á oídos del capitán?

*Eduardo.* Alguno de la tertulia se dió prisa á decírselo.

*Emilia.* Eso es una grande imprudencia; ¿no es verdad papá?

*Mr. Grandisson.* Sin duda, hija mia.

*Cárlos.* Me parece que debe uno defender al sujeto de quien se habla, si hay algun medio, pero ir á contárselo es una accion indigna.

*Mr. Grandisson.* Tienes razon; y esto nos prueba cuan espuesto es abandonarse á la indiscrecion.

*Guillermo.* Pero el coronel, ¿cómo podia responder de la indiscrecion de su hijo? ¿La sostuvo él?

*Eduardo.* No; al contrario, la desaprobó.

*Guillermo.* ¿Por qué causa tomó parte en esta queja?

*Eduardo.* El capitán es el hombre mas bruto del mundo, exigió una satisfaccion, y como no podia pedirla á un joven de catorce años se dirigió á su papá. El coronel le aseguró castigaria á su hijo; pero el capitán no se creyó por esto satisfecho; diciendo que un padre debia espiar

las faltas de sus hijos. Estrechado el coronel por las imprudencias del capitán, se vió forzado á defenderse; él perdió la vida, y el capitán se ha huido.

*M. Grandisson.* ¡Bárbaro! ¿Qué fruto ha sacado de su ferocidad? Ha teñido sus manos en una sangre inocente, y se ve precisado á abandonar su patria, perseguido por la vergüenza y los remordimientos.

*Emilia.* ¡Cuán digno de lástima es el jóven Brown!

*Carlos.* ¡Cómo podrá vivir con la horrible idea de ser la causa de la muerte de su papá!

*Eduardo.* El desgraciado, es víctima de la desesperacion, pasa la noche y el dia llorando su funesta imprudencia. No le pierden de vista para impedirle que atente contra su vida. Ayer le sorprendieron en el momento en que iba á arrojarse por el balcon mas alto de la casa.

*Carlos.* La muerte le seria, ciertamente, mas dulce que la existencia. No puede ya gozar un dia de reposo.

*Mr. Grandisson.* ¡O hijos míos! ved que desgracias tan terribles atrae el hablar mal de otros.

*Eduardo.* Hay varias personas que lo disculpan, pretendiendo que no ha dicho mas que la verdad, al hablar de un hombre desconceptuado y mirado con desprecio en la sociedad.

*Mr. Grandisson.* ¿Qué importa, mi querido hijo? solo es permitido decir la verdad cuando no ofende á nadie, y mas cuando es uno libre de guardar silencio. Es siempre mucho mejor ocultar las malas acciones de sus semejantes, que darlas publicidad. ¿Quién es el que se halla exento de defectos? Nos pareceria ciertamente malo que publicasen las menores faltas que cometemos. ¿Por qué hablar mal de otros cuando no querriamos que lo hiciesen de uno mismo? ¿Qué hay mas peligroso que la murmuracion? Aquel que una vez habla mal de sus semejantes, se acostumbra á publicar muchos hechos falsos, cual si fuesen verdaderos. ¿Y entonces de qué crimines se hace uno culpable! Un calumniador es mas temible que un ladrón, porque los bienes de que nos despoja los podemos volver á adquirir por nuestra industria; pero el honor perdido una vez lo es regularmente para siempre.

*Emilia.* Pero, papá, ¿qué placer pueden encontrar en decir mal, verdadero ó falso, de lo que pasa en el mundo?

*Mr. Grandisson.* Estas indiscreciones son hijas de una falsa vanidad. Creen muchos parecer mas instruidos, ó hacer pensar que estan al abrigo de la crítica que dirigen á otros. Pero no hacen mas que atraerse el desprecio y el odio. Aquellos mismos que se divierten un momento en criticar á los demas, temen ser á su vez víctimas



de otros y detestan á aquel que funda su satisfaccion en gozar del mal que hacen á sus semejantes. Mas si no es insensible al placer de no inspirar jamas á su favor tan tristes sentimientos. ¿Cómo no temblar á los males que pueden resultar de las palabras indiscretas? ! Cuántas enemistades, venganzas y aun muertes puede producir una sola palabra; ¡ Y qué tranquilidad puede uno tener en su conciencia cuando causa desgracias que no puede reparar!

*Eduardo.* ¿Pero, papá, qué partido debo tomar si se habla delante de mi de un hombre de mala conducta?

*Mr. Grandisson.* Guardar silencio acerca de él como de una persona indigna de toda atencion. A tí no te toca dirigir su conducta, pues que no tienes ningun derecho sobre él. Y así tú hablas siempre con entusiasmo de un hombre de bien, y tu silencio condenará al malo.

*Carlos.* Sí, papá, debo tener lástima del malo y desear que conozca la virtud.

¡O mi querida mamá, que pensamientos tan nobles y generosos! Si el joven Brown hubiera pensado como mi amigo, no habria metido la espada de un furioso en el corazon de su padre. ¡Ah, en la flor de la juventud, que horroroso debe serle el mundo! Dar la muerte á aquel á quien uno debe la vida; este pensamiento me llena de espanto. Esta leccion no se borrará jamas de mi memo-

ria; y nunca hablaré de mis semejantes, sino cuando tenga que alabar su conducta y sentimientos.

GUILLERMO D. <sup>o</sup> A SU MADRE.

6 de diciembre.

He visto por su carta de V., mi querida mamá, que mi historieta ha causado mucho gusto á mi hermanita. Esto me hizo pensar ayer remitir á V. otra, pero Emilia me dijo que ella se encargaba de hacerlo. Subió en seguida á su habitación, y después de haber trabajado todo el día, vea V. el cuento que me ha entregado. Ruega á V. y á mi hermanita que le lean con indulgencia, por que es su primera obra, egecutada solo por agradar á VV. Espero que este ensayo estimulará á mi hermanita á formar y remitirme alguna bonita historia compuesta por ella.

*El nido de los mirlos.*

Marcelo y Cipriano eran dos niños los mas graciosos. Se querian tanto el uno al otro, que si Marcelo tenia frutas ó dulces, corria á ofrecérselos á Cipriano; y cuando este los tenia, no los tocaba

sin partirlos con Marcelo. Todos sus juguetes pertenecian lo mismo al uno que al otro. En una palabra, habrian creido que eran dos hermanos, mas bien que dos simples amiguitos.

Sus padres estaban sumamente contentos viendo crecer entre sus hijos esta dulce union, porque los padres eran verdaderos amigos. Cipriano no faltaba jamás, cuando iba á la escuela, de ir por Marcelo; y este no volvia nunca sin esperar que aquel hubiese concluido de jugar para volverse en su compañía. Estudiaban juntos sus lecciones, y todas sus disputas se reducian á cual de los dos estudiaría mas.

Los dias de vacaciones iban á dar un paseo por el campo. Se divertian en coger flores silvestres y haer ramos para sus hermanitas. Algunas veces se sentaban sobre la yerba, y se referian algunas historietas, ó bien cantaban alguna cancioncita que habian aprendido de sus madres.

Marcelo fué un dia á hacer una visita con su papá. Cipriano viéndose privado de la compañía de su amigo fué á pasearse por el campo, y pasando á lo largo de una calle de árboles descubrió en un bosquecillo un nido de mirlos. No era pue de estos niños que tienen una alegria en robar á los pobres pájaros sus hijitos. Resolvió esperar á que no tuviesen necesidad de los socorros de su madre, y que esta no necesitase de sus cariños. Sin embar-

go no faltó á dar parte, al otro día, de su buena fortuna á Marcelo. Díjole que queria enseñarle el nido, y que irian todos los días á hacer una visita á los pajaritos, hasta tanto que tuviesen pluma, y que entonces los partirian. Marcelo esperó con impaciencia la salida de la escueta, y Cipriano le condujo donde estaba el nido. Fueron muchos días juntos á ver como lo pasaba la pequeña familia.

Desde el primer momento que Marcelo vió el nido, concibió el proyecto de robárselo. Es difícil saber qué pudo inspirarle este infame pensamiento, pues que su amigo le habia ofrecido voluntariamente patirle con él. El mal se introduce con tanta facilidad en el corazon del hombre, que siempre debe uno estar atento para que no penetre. Los niños deben todavia tener mucho mas cuidado, porque su corazon es mas debil. Esta vigilancia les es tanto mas facil, quanto siempre tienen á su lado sus padres ó maestros para ayudarles con sus sabios consejos. Ignoran que una leve falta puede producir un vicio odioso, que no tarde en corromper su alma, muchas veces para el resto de su vida.

Marcelo habiendo salido un dia antes de la hora en que Cipriano venia á buscarle, se fué solo al sitio donde estaba el nido. Encontró que los pajaritos estaban ya en estado de llevarselos; y olvidan-

do de repente la dulce amistad que le unia á su compañero, y la generosidad que le habia demostrado, robó los pajaritos y se los llevó, aunque temblando.

Luego que anduvo la mitad del camino, se sentó bajo de un arbol para mirarlos y oírlos piar. Entonces fue por la primera vez cuando sintió los remordimientos de la indigna accion que acababa de ejecutar. Su imaginacion se hallaba en un grande compromiso. Si ocultaba el nido en su casa pronto seria descubierto, y su papá le castigaria severamente por haber engañado á su amiguito, y este no dejaria de negarle su amistad; si volvia el nido para colocarle en su lugar, temia encontrar á Cipriano. Le ocurrió la idea de arrojarle en un estanque que habia alli cerca, hechándole una piedra para que se fuese al fondo. Mientras que él estaba indeciso sobre el partido que debia tomar, vió pasar á otro niño de un pueblecito inmediato, que habiendo visto el nido entre las manos de Marclo, le ofreció en cambio una docena de bolas de marmol que llevaba en un saquito. Esta proporcion le pareció muy conveniente para sacarle de su compromiso. Se dió prisa á convenir con él para volverse á la escuela, afectando un aire tranquilo como sino tuviese ninguna cosa de que reconvenirse. Era preciso escusarse con su amigo, por no haberlo esperado como siempre. Cipriano, que no

tenia ninguna sospecha creyó todo lo que Marcelo quiso decirle. Le manifestó aquel que no habia escuela por la tarde, y que podian emplearla en ir á buscar los pajaritos y divertirse, y partieron en efecto despues de comer. Cipriano arreglaba ya el modo de partir el nido; ¡pero cual fué su tristeza cuando llegaron al bosquecito y vió que habia desaparecido el nido! Marcelo fingió estar tan sorprendido como Cipriano. Despues de haber gastado algun tiempo en lamentarse de su suerte se volvieron muy tristes. Marcelo para distraer á Cipriano de pensar por mas tiempo en su mala ventura, le enseñó las bolas de marmol, diciéndole que las habia encontrado por la mañana en un saco, al ir á la escuela, y que podian jugar con ellas. Ruego á VV., mis queridos amigos, consideren por un momento como los delitos de Marcelo se habian multiplicado en solo un dia. Por la mañana habia robado á su amigo, tomando el nido que aquel le habia enseñado para partirlo con él. En seguida tuvo el pensamiento de hacer perecer, con una muerte cruel á los pobres pajaritos. Despues habia hecho el hipócrita, á fin de que no se sospechase de él. Por último acababa de mentir diciendo, que él habia encontrado las bolas de marmol, cuando las habia recibido en cambio del nido. ¡Tal es la celeridad de los progresos del vicio! ¡Pensais por ventura no ser jamas descubiertos? Por mas que querais ocultar la mal-

dad por algun tiempo, la justicia del cielo la descubrirá al fin. Sucederá un incidente imprevisto que dará á luz vuestras faltas. Vosotros mismos sereis los primeros á divulgarlas, por que vuestra imaginacion no podrá crear tantas mentiras, cuantas sean necesarias para cubrir las unas á las otras. La primera falta de memoria os pondrá en un compromiso por el que todo se hará patente. Entouces, llegará la desgracia y la vergüenza con el castigo á que os hayais hecho acreedores.

Pero volvamos á nuestra historia. Cipriano que solo se habia alegrado de encontrar el nido para partirlo con su amiguito, luego que vió á este consolado se consoló él mismo, y se pusieron á jugar con las bolas. La partida fué bien por algun tiempo; pero otros niños que pasaban por alli se pararon á verlos jugar: uno de ellos despues de haber examinado con la mayor atencion las bolas las reclamó como suyas, diciendo que las habia perdido aquella mañana con un saquito en que iban metidas. Marcelo se riyó de esto y sostuvo descaradamente que él las habia comprado. Pero Cipriano que acababa de oirle que se las habia encontrado, le dijo que era uua infamia mentir; y así que volviese las lolas á su dueño. Marcelo rehusó hacerlo, diciendo que si se las habia encontrado no le pertenecian á él y que las guardaria. Sin embargo no le salió la cuenta, pues que el otro niño se arrojó sobre

él, le dió una puñada en las narices, tomó las bolas y se fué; dejando reflexionar tristemente á Marcelo las consecuencias de su mal modo de obrar.

Es necesario saber que el niño que reclamaba las bolas las habia en efecto perdido, como él decia, y el que se las habia dado á Marcelo se las habia encontrado. Pero como pensaba sacar mejor partido de los mirlos que de las bolas, hizo el cambio que queda referido.

Este muchacho era hijo de padres muy honrados, pero sumamente pobres. Se llamaba Lubin, y era muy conocido algunas leguas al rededor, porque iba á vender leña en todo el país, que recogia él mismo de los desperdicios que encontraba en el monte. Llevaba en seguida el dinero á su madre, para ayudarle á sostener la familia. Como sus padres no se hallaban en situacion de enviarlo á la escuela, tenia tiempo para hacer su corto comercio, que egercia con industria y actividad.

El jóven Lubin despues que tuvo el nido examinó los pajaritos, y encontrándolos crecidos, marchó hacia el pueblo donde vivian Marcelo y Cipriano para venderlos. La casualidad hizo que la primera persona á quien se dirigió fuese el padre de Marcelo, que le conocia por su reputacion, y que sabiendo que era pobre y honrado le dió un duro por el nido. Lubin que jamas habia tenido



tanto dinero á la vez, se dió prisa á llevarselo á su madre, quien lo recibió como un presente del cielo.

Marcelo no tardó en llegar á su casa, puesto el pañuelo en las narices, para contener la sangre que derramaba. Le preguntaron quien lo habia herido, y respondió que un muchacho ya grande le habia tirado una piedra, porque habia querido impedirle diese de golpes á un niño; lo que fue una nueva mentira. Su papá para consolarlo de su desgracia, le enseñó el nido de mirlos que acababa de comprar. Ninguna sorpresa puede igualarse á la de Marcelo cuando vió el mismo nido, que tan vilmente habia robado á su amigo Cipriano, y que él habia dado por las bolas que acababan de quitarle, habiéndole ademas dado de golpes. Se conocerá sin dificultad que la justicia divina se manifestaba claramente en toda esta aventura, y que escogia el camino mas directo para castigar al culpado. Marcelo conoció entonces que su primera falta respecto de su amigo, habia atraído las penosas circunstancias en que se iba á ver comprometido, y que él habia dicho un gran número de mentiras, que solo servian para atormentarle mas cruelmente. La vista del nido le hizo derramar mas lágrimas que el golpe que habia recibido en las narices. Su padre no sabia que hacer para consolarle. Vamos, hijo mio, le dijo, no tienes mas que un poco acardenalada la nariz. No estas herido; y voy

á decirte una cosa que te pondrá contento. Me has dicho que tu amigo Cipriano, te ha ofrecido partir contigo un nido que ha encontrado; no te quedarás atrás de él. Mañana al ir á la escuela le llevarás dos de estos pajaritos, que he comprado á un pobre muchacho; se alegrará de ver que eres tan generoso con él como quiere serlo contigo.

Este discurso fué un rayo que cayó sobre Marcelo. Veía que este era el medio mas seguro de patentizar su mala accion. Su corazon estaba atormentado hasta el extremo con esta idea. Entregado á la desesperacion no podia hablar, y á cada instante creía desmayarse. Al verlo su papá en este estado imaginó que estaba herido mas gravemente que parecia. Hizo se metiese en la cama y que tomase una bebida confortante. Marcelo se hallaba en efecto enfermo; y no pudo dormir en toda la noche. Una calentura ardiente encendia su sangre. Sus padres temieron que fuese alguna grave enfermedad. Le preguntaban á cada momento qué sentía, pero él habia resuelto decididamente no descubrir la verdadera causa aunque le costase la vida.

Al otro dia por la mañana, vino Cipriano, segun costumbre, á buscar á Marcelo para ir juntos á la escuela; le dijeron que su amigo estaba en cama con una fuerte calentura. Esta novedad llenó su corazon de tristeza. Pidió permiso para subir

á verle, y se le concedieron. Marcelo, al verle, le dió una congoja, porque imaginó que Cipriano habia visto ya el nido, y que venia á reconvenirle. Ved lo que es una conciencia criminal. ¿Cual es el insensato que quiere hacerse culpable de un delito, si piensa en las incomodidades y penas que debe atraerle? ¿Quien se atreverá á decir una mentira viendo que tarde ó temprano se descubre la verdad, para confundir al impostor? Reflexionad un momento sobre la vergüenza y desesperacion de Marcelo; y estoy seguro que jamas hareis cosa por la que tengais que avergonzaros.

Cipriano despues de haber pasado algun tiempo consolando á su amiguito, le dejó para ir á la escuela. Al bajar encontró en la sala al padre de Marcelo que le enseñó los pajaritos; manifestándole tenia un placer en que escogiese dos de los mas bonitos. Cipriano reconoció el nido á primera vista, y su primer movimiento fue exclamar. ¡Oh que indigno es Marcelo en haberme robado el nido, y sostenido vilmente que ignoraba quien lo habia quitado! ¡Como! Cipriano, respondió el padre de Marcelo; ¡como te atreves á acusar á mi hijo de una accion tan infame! No es capaz, te lo aseguro: he comprado ayer este nido á un muchacho llamado Lubin. Cipriano tuvo una gran alegría al oír decir que Marcelo era inocente. En efecto era su nido, y no era difícil reconocerle, pero bien podia otro haberle tomado. Se escusó de su precipitacion,

diciendo que conocia ser culpable en haber juzgado tan ligéramente á su amigo. El padre de Marcelo le preguntó; si él estaba con su hijo cuando le habian dado el golpe en las narices.

-- Sí, señor, estábamos juntos.

-- ¿Y que ha hecho para que lo traten así?

Cipriano guardó silencio; no queria mentir, pero temia al mismo tiempo que haciendo una relacion fiel comprometia á su amiguito, que sabia ciertamente era culpable acerca de este punto.

El padre de Marcelo sorprendido de la indecision de Cipriano, insistió con firmeza para que respondiese á su pregunta. Cipriano viendo que no podia volver atrás, tomó el partido de contar lo que habia pasado con las bolas de marmol, y el golpe que le habian dado á Marcelo aquel niño.

¡ Como, exclamó el padre, mi hijo ha sido capaz de engañarme! Me ha dicho que fué un muchacho grande el que le habia tirado una piedra, por haberle querido impedir diese de golpes á un niño. Ven conmigo, Cipriano, ven.

A esto llamaron á la puerta: abrió y vió entrar á Lubin que para demostrar su reconocimiento al padre de Marcelo, por el duro que le habia dado la tarde anterior, venia á regalarle un hermoso ramo de flores. ¡ Ah, eres tú amigo mio, exclamó el padre de Marcelo! Me alegro mucho que vengas tan á propósito. Mira, le dijo á Cipriano, este es el muchacho á quien yo

compré ayer el nido. Sí, yo soy sin duda, dijo Lubin. ¿Lo has encontrado tú? le preguntó Cipriano. No, respondió Lubin; fué un cambio que hice con un señorito vestido de encarnado, por una docena de bolas de marmol que yo me habia encontrado en un saco. Esta respuesta aclaró todas las dudas y sirvió para convencer al padre de Marcelo de la indigna accion de su hijo. Rogó á los dos niños subiesen con él á la habitacion del enfermo.

Luego que Marcelo vió entrar á los tres comprendió estar descubierto el misterio de su mala conducta. Se arrojó precipitadamente de su cama, y poniéndose de rodillas delante de su padre, le contó toda la historia pidiéndole perdon anegado en llanto. Protextó que su enfermedad la habia causado la violencia de los remordimientos que sentia de sus faltas; y que él no conocia otro remedio que un perdon generoso.

Su padre indignado guardaba silencio: Cipriano conmovido vivamente por el dolor de aquel que tanto queria, se abrazó á él, y le dijo: vaya amiguito mio, yo te perdono. Veo que estás bastante castigado por los remordimientos é incomodidades que has sufrido. ¡ Ah, exclamó Marcelo, no querria sufrirlas otra vez por todo el universo! Cipriano se juntó á él para obtener su perdon, y el padre de Marcelo accedió á las vi-

vas instancias de Cipriano; contentándose con dar á su hijo los mas sabios consejos para reparar sus faltas, y precaverle de cometer otras en lo sucesivo logrando todo el efecto que se habia prometido. Marcelo despues de esta memorable leccion, se distinguió por sus sentimientos nobles y generosos, dignos de la amistad que Cipriano le profesó toda su vida.

### GUILLERMO D.\*\*\* Á SU MADRE.

16 de diciembre.

Perdone V. mi querida mamá, por no haberla escrito en tanto tiempo. ¡Ah, qué podria decir á V.! no tenia que comunicarle sino noticias muy desagradables. Reina aquí la mas profunda tristeza, mi querido bienhechor, el digno Mr. Grandisson está enfermo de peligro, todas las diversiones, todos los placeres se hallan desterrados de esta casa. No se oye mas que lloros y suspiros. El temor reina en todos los corazones, y los mismos médicos han perdido la esperanza. De un momento á otro se espera el golpe fatal. ¡Es posible que yo este aquí para ver el último dia de un hombre á quien amo tanto y á quien debo tan grandes obligaciones! No puedo ser superior á tan horrorosa idea. No, no; espero que el cielo alejará esta desgracia de nosotros. Mada-

ma Grandisson está inconsolable; la tierna Emilia no hace mas que llorar, y postrada de rodillas al pie de la cama de su papá ruega al cielo por su salud. ¡Oh, temo que no pueda resistir mas tiempo su dolor. Eduardo está abismado en la desesperacion. ¿Qué diré á V. de Carlos? No sé qué deba admirar mas en él, si su amor filial, ó su paciencia y firmeza en la desgracia. Permanece noche y dia en la habitacion, sin separarse un momento de la cabecera de la cama de su papá, que recibe de su mano todas las medicinas y refrescos. Cuando descansa algun momento, parece que Carlos retiene la respiracion para no despertarle; cruza los brazos y se queda inmovil. Tiene la firmeza de ocultar sus lágrimas y sofocar sus suspiros, principalmente delante de su mamá que sabe consolarla y sostener un poco por sus tiernos cariños.

¡Qué fuerza de espíritu y caracter! ¡Ah! lo conozco, me seria imposible sobreponerme así á mi tristeza. Despues de seis dias no ha dormido una hora seguida, y sin embargo no parece abatido. Su ánimo suple á sus fuerzas. ¡Oh mi querida mamá, que lejos estoy de poseer tantas virtudes! Pero no puedo extenderme mas; voy á ver si mi presencia es necesaria á mi amigo; y continuaré mañana.

GUILLERMO D.<sup>COO</sup> Á SU MADRE.

17 de diciembre.

!Oh mi, querida mamá, que vivas emociones sentí ayer tarde! En el momento en que yo concluí precipitadamente mi carta, me dirigí como dije á V. á la habitacion del enfermo para hacer compañía á mi amigo. Abrí con cuidado la puerta; mas en lugar de Carlos solo ví á madama Grandisson y su hija sentadas á los pies de la cama. No quise incomodarlas y salí á ver si Carlos necesitaba de mí. No lo encontré en toda la casa; nadie sabia adonde habia ido. Mr. Bartlet, Eduardo y algunas otras personas se paseaban en el salon; pero no me atreví á preguntarles por mi amigo. Corrí á buscarle en el jardin y le ví desde lejos bajo del emparrado. Me acerqué á él poco á poco sin que me oyese. ¡Oh, mi querida mamá, cómo me enternecí! Estaba de rodillas; el sombrero en tierra á su lado: las lágrimas caian de sus ojos; sus manos elevadas y fijos los ojos en el cielo; oraba. ¡Ah, si hubiera podido entender su súplica! Llegué tarde y no oí mas que el fin, del que me acordaré toda mi vida; lea V. lo que decia.

“¡Oh Dios mio, te ruego salves á mi papá y



que en cambio tomés mis días por los suyos! Hace la dicha de mi mamá, de mi hermanita y hermano: su vida les es precisamente necesaria y la mía no. Perdona Dios mio estos votos de mi amor y dignate escucharlos. Pero si dispones de otra manera, dame fuerzas para someterme á tus irrevocables decretos.”

Se levantó en seguida dejando caer un torrente de lágrimas. No pude por mas tiempo guardar silencio y volé hácia él con los brazos abiertos: se admiró de verme. ¡Oh amigo mio, le dije, con una voz ahogada, el cielo te conservará tu papá. La súplica de un hijo como tú, no puede dejar de atraer la bendicion del cielo. Espero en el Dios de bondad, me dijo. Pero demos una vuelta por el jardin para secar mis lágrimas, no quiero que mamá advierta que he llorado; se afligiria mucho.

Nuestro paseo, como puede V. conocer, fué triste y silencioso. Yo le hacia mas caricias que palabras le decia. Quise llevarle un momento al campo, para hacerle respirar un aire puro. No, me dijo, he estado bastante tiempo separado de mi papá: permíteme que vuelva á su lado. Es preciso que le preste todos los socorros que están á mi posibilidad para contribuir á su alivio. Tengo que consolar á mamá y á mis hermanitos.

Entonces seguí en la casa. Aunque

Mr. Grandisson no habia descansado mas que una corta hora, se encontraba mucho mejor. Cuando vió entrar á Carlos le llamó con una voz débil y lastimosa. Mi amigo se acercó á la cama poniéndose de rodillas, tomando la mano de su papá, que besó muchas veces. Sus lágrimas corrían por sus mejillas, y suspiraba de una manera que me partía el corazón. No sabré pintar á V. mi querida mamá, la espresion que animaba su fisionomia, parecia un angel del cielo. ¿Que quiere V. de mí, mi querido papá, le dijo? ¿Que quiero, hijo mio, le respondió M. Grandisson? Quiero espresarte mi satisfaccion por el cuidado con que me asistes desde que estoy malo, segun tu mamá me ha dicho. ¿Que consuelo llevaré al sepulcro, si es preciso que muera, dejando á mi amada esposa un hijo como tú! Seras en mi lugar el amigo de tu hermano y el protector de tu hermana. Tu amor, tu obediencia, tu exactitud en llenar tus deberes; todo lo que me ha hecho el mas dichoso de los padres, me sirve de consuelo y esperanza para quando no exista. Conserva siempre la paz con Eduardo: principia á hacerse digno de mi cariño, y sin duda merecerá el tuyo. Tienes una madre virtuosa; sigue sus consejos y serás feliz. No dejarás de amar el bien si te acompañas con gentes honradas. Me fio en los sentimientos de tu corazón, que te conduciran por el camino del honor y de la virtud. Por otra parte, hijo mio, te queda un padre en el

cielo que no te abandonará siempre que seas fiel á sus mandatos. Si él quiere llamarme para sí, sufre con constancia nuestra separacion; no te precedo mas que algunos pasos. Teme á Dios, llena tus deberes respecto á tus semejantes, y esperarás sin temor el último momento que debe reunirnos para siempre. Mi debilidad me impide seguir, y tal vez me presagia mi próximo fin. Aun cuando este llegue, hijo mio, sometete sin murmurar á la voluntad del ser supremo que dispone de nosotros segun su voluntad.

Carlos se levantó; parecia querer salirse el corazon, se arrojó sobre una silla juntando sus manos sin proferir una palabra.

El médico que hacia seis dias que no habia salido de la casa, entró en este momento con M. Bartlet y encontró mucho mejor al enfermo y nos dió esperanzas. El bueno de M. Bartlet lleno de alegria corrió en seguida hacia Carlos, y cogiéndole de la mano le rogó fuese á descansar un rato; tanto mas que hacia tres dias y tres noches que no se habia desnudado: no señor, le dijo, no puedo dormir mientras que mi papá sufra. Duermo cerca de su cama, cuando descansa y esto es bastante para mi. Un padre no puede tener mejor criado que su hijo. ¿Quién puede amarlo tanto como yo? ¿Y quién le debe tantas obligaciones? A mis manos pertenece servirlo, y á mis ojos velar sobre sus necesidades. Debo con-

solarlo y reanimar sus fuerzas con mis socorros. Es preciso que yo caliente sus manos entre las mías cuando se resfrien. En fin es mi deber sacrificar mi vida por conservar la suya.

El médico le aseguró que en aquel momento no habia ningun peligro, que podia ir á descansar por dos ó tres horas, y que le llamarían en el instante que su presencia fuese necesaria; pero todas estas instancias fueron inútiles. Carlos persistió siempre en decir, que los pocos momentos que le fuese permitido servir aun á su papá, le eran demasiado preciosos para separarse de él, y que no se marcharia de su lado mientras que una vida tan querida estuviese en el menor peligro.

¡Qué digno hijo, mi querida mamá! ¡Qué es Eduardo en su comparacion? Se entrega á la tristeza y se aleja del lecho de su papá. ¿Qué hace la tierna Emilia? Llora, suspira y desconsuela mas á su mamá, todos tres demuestran un gran interés y cariño por el autor de sus dias. Pero la sensibilidad de Carlos no se limita á vanas lágrimas: está mezclada con la fuerza, el valor y la razon. ¡Oh, el cielo se digne aliviar á su papá, y conservar tambien los dias de mi mamá!

GUILLERMO D. <sup>o</sup> A SU MADRE.

22 de diciembre.

Alégrese V. mi querida mamá, Mr. Grandisson está fuera de todo peligro y principia ya á levantarse. No he escrito á V. hace algunos dias con la esperanza de darle mejores noticias: y en fin tengo esta satisfaccion. Los disgustos y lágrimas se han cambiado en alegría. ¡Cuántas gracias debemos dar al cielo por haber conservado tan buen padre á sus hijos! Es un beneficio de la providencia que los hombres de bien gozen una larga vida; pues que sirven para hacer la dicha de todos los que les rodean. ¡Ah! ¿Qué hubiera sucedido si hubieramos tenido la desgracia de perder á Mr. Grandisson? El tiempo de mi partida se acerca; ¿Pero habria yo podido abandonar á mi amigo en su dolor? ¡Oh, no, lo conozco, este esfuerzo me hubiera sido imposible! Me pongo en el lugar de Cárlos. ¿Cuándo uno está triste, no desea que los amigos estén cerca de él? ¿Y entonces no los apreciamos mas? Es muy cierto, á lo menos á mi me sucede, mi querida mamá. Si puedo decirlo, creo que yo amo con mas interés que nunca á mi amigo Cárlos cuando está triste. Quisiera participar de la mitad de sus penas por con-

solarlo. Si el desgraciado momento de perder á su papá hubiera llegado, habria suplicado á V. con el mayor encarecimiento me dejase permanecer aqui algun tiempo mas; pero gracias á Dios no ha sucedido asi; y yo volveré al lado de V. mas tranquilo. No habrá cosa que turbe el placer de abrazar á V. y á mi querida hermanita, despues de un año de ausencia. Este tiempo me ha parecido á la vez largo y corto: me parecia eterno cuando pensaba en el de reunirme á V.; y corto cuando imaginaba cuanto tenia que hacer para complacerla á mi vuelta. ;Cómo puede uno quejarse de la pesadez del tiempo, al considerar la rapidez con que pasa! Solo es pesado para aquellos que no saben emplearle. Sucede bien al contrario en esta casa feliz. Ocupaciones útiles, diversiones instructivas, ejercicios saludables, é inocentes plácemes hacen parecer corto el dia. He aprendido de Cárlos á repartir con utilidad todas mis horas; y con el beneplácito de V. mi querida mamá, continuaré haciendo lo mismo cuando esté en esa. No estaré mas triste como lo estaba otras veces cuando me encontraba solo en mis horas de recreo. Sabré hacerlas agradables leyendo en su compañía algunas cosas interesantes, escuchando sus sabias lecciones, sobre todo hablando á V. sin cesar de mi amor y del deseo de complacerla, haciéndola dichosa. Esta dulce esperanza hace ya mi felicidad, esperando el mo-

mento de realizarla. A Dios, mi querida mamá, abrazo á V. con estos tiernos sentimientos, y si yo no me engaño V. debe sentirlos en su corazón.

GUILLERMO D.\*\*\* A SU MADRE.

28 de diciembre.

El jueves próximo, mi querida mamá, es el día determinado para mi partida: esta carta será la última mia que recibirá V. Creí encontrarme aquí en el cumpleaños de Emilia, que es dentro de ocho días; pero como un amigo de la casa debe regresar á Holanda pasado mañana, Mr. y madama Grandisson quieren decididamente que me aproveche de esta ocasion, para hacer mi viaje mas divertido y seguro. ¿Pero por qué mi querida mamá, estoy tan triste? Me parece que me alejo de esta casa con pena, cuando solo la dejo para volver al lado de V. que es lo que mas quiero en el mundo. Amo á Mr. y madama Grandisson como á mis bienhechores; amo á mi amigo Carlos como á mí mismo: pero á V.; á V. la amo como á mi mamá, es decir, sobre todo. Ignoro lo que pasa en el fondo de mi corazón: estoy impaciente por partir y querria quedarme. Cuando estoy con mi amigo Carlos no hago mas que

llorar. Le tomo la mano, la aprieto entre las mias, la estrecho contra mi corazon, y exclamo: ¡Oh mi querido amigo, si pudiese estar siempre á tu lado! Entonces sus ojos se llenan de lágrimas, y procura consolarme, diciéndome que me hará pronto una visita: y que mientras tanto nos escribiremos todos los correos. Estas dulces promesas calman por un instante mi dolor, pero pronto se despierta con mas fuerza. Es cierto que á mi debe costarme mas nuestra separacion. ¿Dónde encontraré yo un tan buen amigo? No lo he conocido mas que para echarlo de menos. ¡Mi querida mamá, la amistad causa tanto placer! ¿Por qué causa tambien tantas penas? Me hallaba tan unido á Cárlos que nuestros ejercicios, estudios, y diversiones eran comunes; todo reunia nuestras ideas y sentimientos. ¡Y es preciso romper lazos tan dulces! ¡Y es forzoso separarse quizá para siempre! No puedo pensar en esto sin estremecerme. Pero oigo que sube á mi habitacion; permítame V. deje un momento la pluma para recibirle,

*Una hora despues.*

¿Sabe V. mi querida mamá, por qué el amable Cárlos ha venido á verme? Voy á decirselo a V.: entró muy risueño y como si estuviese ale-



gre; pero me parecia que tenia todavía las lágrimas en sus párpados. ¿Escribes Guillermo, me dijo? volveré: no quiero interrumpirte. ¡Oh no te iras, amigo mio, le respondí! El correo no marcha tan pronto, y concluiré mi carta despues que hayamos hablado. ¡Ah! tengo tan poco tiempo para gozar de tu conversacion. Dimos algunos paseos por la habitacion sin hablarnos una palabra: en fin me agarró la mano con precipitacion, preguntándome si seria siempre su amigo, si le escribiria á menudo, y si seria gustoso en que viniese á hacernos una visita á Holanda. Puede V. imaginarse lo que habré contestado á tan cariñosas preguntas. Entonces me abrazó con el mayor cariño, diciéndome: sé feliz y quiere á tu amigo Carlos: no encontrarás jamás persona que te ame tanto como yo. Continúa ahora tu carta y no bajas hasta que ya la hayas concluido. Quiso responderle, pero no me dió tiempo y se retiró tan apresuradamente que me sorprendió. Pero creció mi admiracion cuando vi sobre la mesa una caja de oro con su retrato. Voy á bajar para darle las gracias, pero... ¡Ah, qué sé yo si le volveré á ver! Me acuerdo que al salir sacó el pañuelo para enjugarse los ojos. ¡Oh cielos, sino le veré mas antes de partir! No puedo permanecer en esta incertidumbre; es preciso que yo baje para no dejarle mas; quiero tenerle abrazado para que no pueda escaparse.

*Una hora despues.*

¡Ay de mí! Lo adiviné, mi querida mamá. Era el último abrazo que debía recibir de mi amigo Carlos. Bajé á la sala y encontré allí á M. y madama Grandisson, Eduardo y Emilia; pero Carlos no estaba. Me quedé pálido y temblando; mis rodillas se doblaban y no podia andar. Madama Grandisson lo conoció y vino hacia mí, haciéndome sentar á su lado; en seguida me preguntó si me parecia bien el retrato de su hijo; la besé la mano sin responderla. Me volvió á hacer la misma pregunta, y entonces la contesté sollozando, que me parecia muy semejante, y que era el regalo mas precioso que podia haberme hecho. ¿Luego, me replicó, llevas á Carlos á tu patria? espero que podrá servirte de consuelo. ¡Oh, mi amable bienhechora, la respondí, este Carlos que yo llevo no me hablará, y en seguida dejé caer un torrente de lágrimas! Estoy conmovida, me dijo, por los sentimientos que demuestras por mi hijo. Conozco lo que debe costar á tu corazon esta separacion; pero tranquilízate, le veras en Holanda antes de lo que piensas, y despues que haya pasado algun tiempo en tu compañía, rogaré á tu mamá te deje venir con él aqui. Vuestra amistad es demasiado bella para dejar de cultivarla; y estoy encantada de la eleccion que mi hijo ha hecho de tan buen ami-

go. Me arrodillé delante de ella, pero no tuve fuerza para pronunciar una sola palabra. Este pacto debe tranquilizarte, me dijo Mr. Grandisson, levantándose y tomándome de la mano; ¿por qué aumenta tu dolor? Un jóven tan juicioso como tú debe tener bastante valor para someterse sin murmurar á las leyes de la necesidad. Toma este billete de mi hijo que ha querido hacerte ver por su ejemplo, que uno puede expresar sus sentimientos en una carta tan bien como de palabra. Tomé el billete temblando. ¿Que, no veré? ¿no veré mas á mi amigo exclamé, anegado en llanto? Acaba de partir, me respondió M. Grandisson, para ir á pasar algunos dias en casa de su tio Campley. Temia no os causase demasiada afliccion el momento de su partida. Caí en tierra como si hubiera sido herido de un rayo. Eduardo, Emilia, M. y madama Grandisson emplearon á porfia los mas tiernos consuelos para aliviar mi tristeza, pero yo me affigia mas y mas. M. Grandisson para distraerme de mi pena se hizo traer una caja: la abrió. mi querido Guillermo, me dijo, he visto con placer tu aficion al estudio de las matematicas; hé aqui algunos instrumentos que podrán servirte para estudiarlas. Esta ciencia, ocupando tu imaginacion, aliviará la pena de una separacion momentanea de tu amigo, hasta que él pueda ir á buscarte y asegurarse contigo en el mismo estudio. ¿Como podré agradecer tanta bondad, mi querida

mamá! He encontrado en la caja, no solo un surtido completo de instrumentos de gran precio, sino tambien una coleccion de los mejores libros sobre la geometría elemental, y sobre los principios de la astronomía. ¿Qué estudiaré para agradar á V.? ¡Oh si pudiese tener á Cárlos conmigo! Mi mamá y mi amigo cerca el uno del otro; verlos á la vez y acariciarlos sin cesar. ¡Oh, lo conozco, seria entonces demasiado dichoso.

Luego que pude retirarme corrí á leer la carta de Cárlos. Envío á V. una copia de ella; y guardo la original para leerla y reléerla sin cesar en mi viaje, y tener á lo menos á cada instante que me separe de él, una causa para penetrarme más y más de su amistad, y para manifestar á su retrato todos los sentimientos que sabrá inspirarme.

A Dios mi querida mamá, no puedo decir á V. la agitacion que siente mi corazon cuando pienso que esta es la última carta que escribiré á V. desde este país. ¡Ah! sin escribirla no me ocuparé menos de su memoria hasta el último momento de mi estancia en esta. ¿Pero cómo combinar las emociones diversas que yo siento en un minuto? Estoy impaciente por volar hácia V. y sin embargo lloro al abandonar esta casa. ¿Me perdonará V. que esté tan triste cuando marchó para estrechar entre mis brazos una mamá que amo tanto? Sí, V. me perdonará, estoy seguro. V. mamá cuyo corazon es tan sensible, se pondrá en lugar de su hi-

jo cuya situación es tan dolorosa. ¡No ver mas á M. y madama Grandisson, cuyas bondades han sido tan excesivas conmigo! ¡No oír la dulce voz de Emilia; esta amable compañera de mis trabajos y de mis juegos! ¡Abandonar á Eduardo en el momento en que le veo merecer mas y mas el amor de sus tiernos padres! ¡Habermé arrancado de los brazos de mi amigo Carlos que llena la mitad de mi corazón, á quien debo todo lo que podrá hacerme mas digno del cariño de V.! ¡Oh quanto es preciso que yo la ame para que me consuele de pérdidas tan grandes!

Esta carta debe ir delante de mi, pero yo estaré ya en camino cuando llegue á manos de V. De consiguiente á cada palabra, á cada linea que lea me acercaré á V. ¡Ah, si yo pudiese llegar al fin de su lectura para acabar de decirle lo que ella no puede explicar! A Dios por la última vez, mi querida mamá, antes de ocho dias estaré en sus brazos, recibiré sus caricias y las de mi hermanita. Diré á la una y á la otra... V. lo conocerá mejor por mis transportes, que yo no puedo respirar mas que para amarlas, para consagrar á su dicha todos mis sentimientos, todas mis ideas y todos los instantes de mi vida.

P. D. Incluyo á V. la copia de la carta de mi amigo Carlos.

## COPIA DE LA CARTA DE CARLOS GRANDISSON

A GUILLERMO D.\*\*\*

Te admiras acaso mi querido Guillermo, de que no me haya aprovechado hasta el último instante del poco tiempo que tenemos para estar juntos; pero si supieras que triste idea me he figurado del momento de nuestra separacion, no te sorprenderia el partido que abrazo con consentimiento de mi papá. ¡Reprimir aun mismo tiempo mi dolor y el de mi amigo, era un esfuerzo penoso para mi corazon, y me atrevo á creer que tambien para el tuyo! Hubiera tenido que participar tambien de la tristeza de todas las personas de la casa, que no te verian partir sin lágrimas. De unos dias á esta parte has debido conocer un sentimiento general por la aproximacion de tu partida. Tú te hallabas tambien en el mismo estado y yo no sabia consolarte. Nuestra ausencia, habia en alguna manera principiado, pues que solo nos ocupaba el pensamiento de nuestra separacion. Por tanto rogué á mi papá me permitiese pasar precipitadamente á casa de mi tio. No creas sin embargo que esta resolucion no me haya costado algun esfuerzo. ¡Si supieses qué violenta me ha sido esta determinacion! ¿Pero por qué hablar de nuestras penas cuando podemos tratar de conso-

¡arnos? Mi papá debe haberte dicho que me permitirá el año próximo ir á pasar algunos días contigo, y traerte en seguida con nosotros. En este intervalo podemos escribirnos todos los correos y comunicarnos de este modo el uno y el otro los tiernos sentimientos de que estamos animados. ¿Quién nos impide dar á esta correspondencia el mismo tiempo que dabamos á nuestras conversaciones? De este modo nos figuraremos que estamos aun juntos, y creeme que esta ilusion no carece de placer. He experimentado varias veces, cuando estabamos separados algunas horas, que mis ideas y pensamientos se dirigian hácia tí con nueva fuerza. Me parecia amarte mas, y que yo tendria mas gusto que antes en volverte á ver y oír. Es cierto que nada alteraba este goce, porque el momento de disfrutarlo estaba próximo, pero si esta vez debemos estar separados por mas tiempo, á lo menos no es para siempre ni por un gran espacio de tiempo. Piensa en la desgracia de aquellos que se ven obligados á abandonar á sus padres, parientes y amigos para trasladarse á lugares desconocidos adonde no pueden tener noticias de ellos. Gracias á Dios nuestra separacion no será tan dolorosa. Si tú me dejas es para volar á los brazos de una mamá que te ama y de una hermana querida; tienes el consuelo de saber que yo quedo con personas que me hablarán de tí sin cesar; llevas en tu corazon mi amistad y cariño, y es-

tás seguro de haber dejado los mismos sentimientos en el mio.

A Dios querido Guillermo, amame siempre. Pronuncia de cuando en cuando mi nombre en tus conversaciones con tu mamá y hermanita. Hazced juntos algunos cariños á cierto retrato que yo te ruego aceptes. Le he prevenido los recibas en mi nombre hasta tanto que yo mismo vaya á devolvértelos.

A Dios otra vez, te abrazo con los sentimientos mas puros de una verdadera amistad, y soy tuyo hasta la muerte.

*Cárlos Grandisson.*

#### CONCLUSION.

El jóven Guillermo partió el dia señalado para Holanda. No sin muchas lágrimas se separó de Mr. y madama Grandisson, de Eduardo y Emilia, encargando á todos mil cariñosos afectos para su tierno amigo.

Su viaje fué feliz. Su mamá le recibió con una alegría inesplicable; por lo que respecta á su hermanita, estuvo largo rato como una loca por el placer que gozaba de volver á ver á su hermano.

Se estableció entre Cárlos y Guillermo una correspondencia deliciosa que servia no sólo pa-



ra alimentar su tierna amistad, sino tambien para instruir su talento adquiriendo un estilo suelto y natural.

Cárlos no fué á Holanda como prometió á su amigo, porque al año siguiente tuvo el placer de verlo volver á Inglaterra con su mamá, que siendo inglesa de nacimiento tomó el partido de trasladarse á su patria para fijar allí su residencia.

A poco tiempo despues de marchar Guillermo, Carlos fué colocado al lado de los príncipes. Supo hacerse digno de su estimacion y amistad, como de la benevolencia de todos los cortesanos.

Al fin de algunos años, casó con una señorita de un nacimiento elevado y de considerable fortuna. Aunque las gracias de su persona la hacian en extremo interesante, lo era todavía mas por sus cualidades naturales y por su talento. Cárlos encontró pronto en esta union la felicidad mas perfecta que un corazon tierno y generoso puede gozar en el mundo.

Eduardo animado con el ejemplo de su hermano se distinguió tanto en su carrera que obtuvo ascensos rápidos; señalándose en muchas circunstancias por una prudencia é intrepidez dignas del mayor elogio.

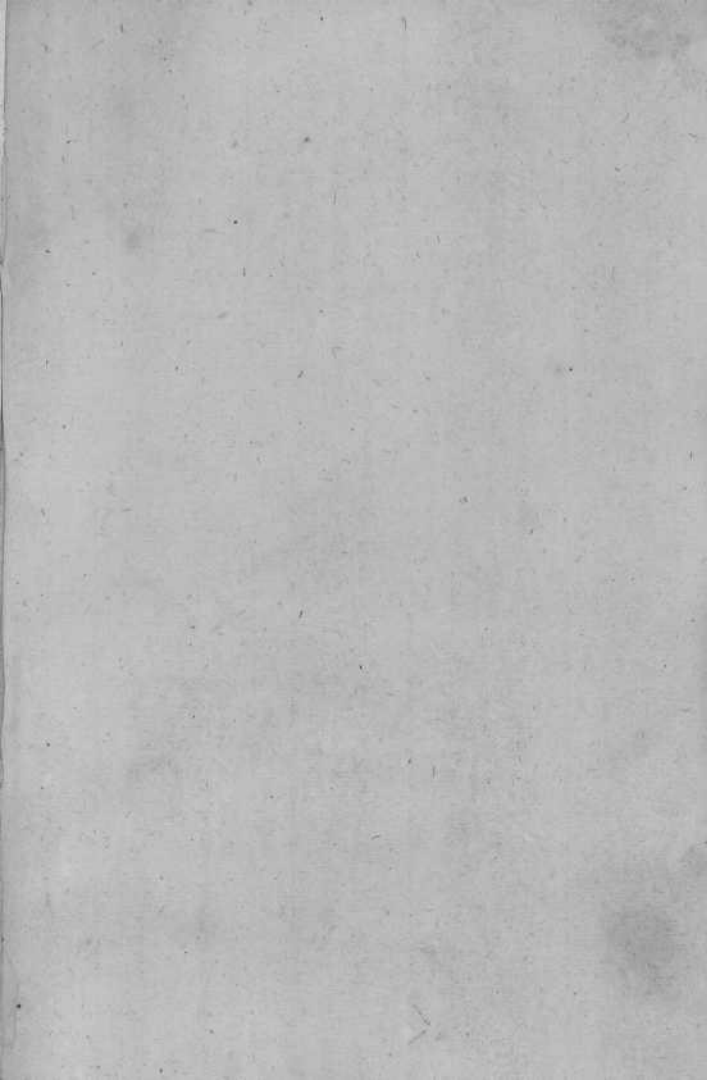
La dulce y amable Emilia adornada de todas las gracias que hacen interesante á una señorita fué buscada en matrimonio por una porcion

de jóvenes. Pero ni el rango, las riquezas ni las gracias de la figura fueron capaces de seducirla. Deseaba para esposo un jóven de una conducta prudente y que se distinguiese por sus sentimientos nobles y bellas cualidades. Tuvo la dicha de encontrarlo en el amigo de su hermano. Guillermo D.\*\*\* llegó á ganar su corazon, quien por su inteligencia, aplicacion y rectitud logró una colocacion bastante brillante que llenaba su ambicion y hacia á su esposa feliz.

Su hermanita no está todavía casada; y vive en compañía de su mamá y en la mas dulce armonía con Emilia que emplea todos sus cuidados en buscarla un partido digno de ella.

¡Ojalá que el ejemplo de esta amable juventud excite una generosa emulacion en mis jóvenes lectores, inspirándoles el amor al honor y á la virtud, y convenciéndoles de que aquellos son los únicos bienes en que pueden fundar su felicidad.

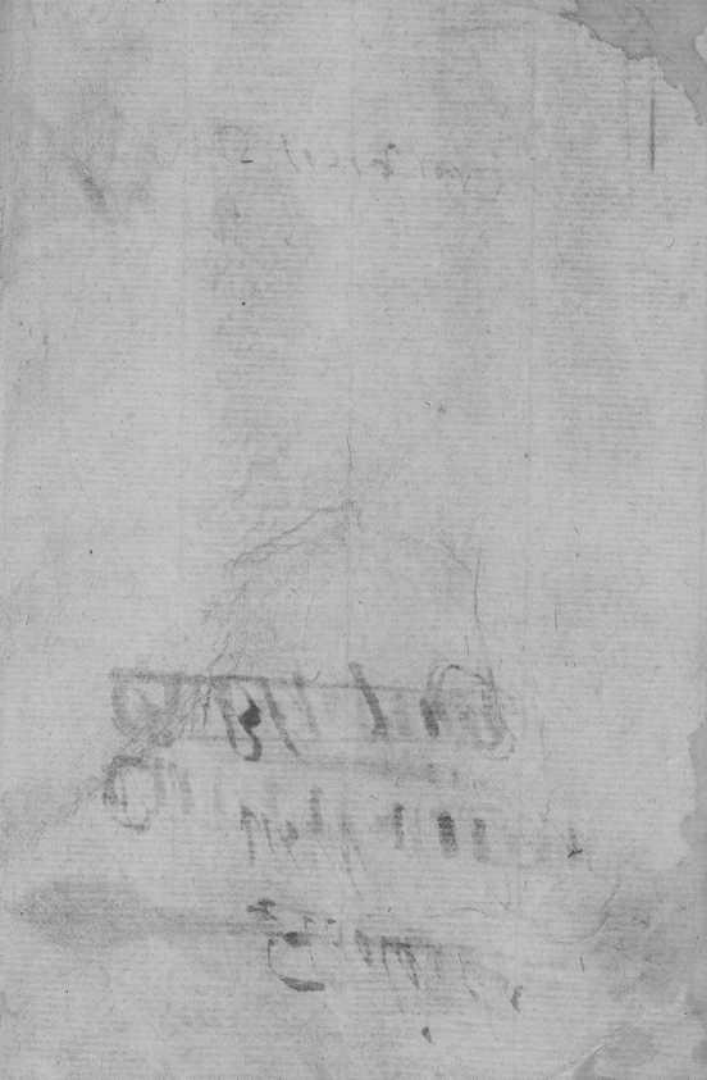
FIN.



de un alma que se eleva al cielo, la esperanza de un  
bien mayor que el que se disfruta en la tierra.  
Llegada por fin a su patria, se encuentra con  
padres que ya no son los mismos, y con un mundo  
que ya no es el mismo. Pero en medio de  
esta tristeza, se encuentra con un amigo que  
le recuerda el camino que ha recorrido. Con  
él se encuentra con el amor que le ha dado  
su vida, con el amor que le ha dado su  
bienestar, con el amor que le ha dado su  
salvación. Este amor es el amor que le ha  
dado su vida, y que le ha dado su felicidad.

Se encuentra con un mundo que vive y  
en compañía de su alma y con la más dulce  
armonía con el amor que le ha dado su  
bienestar, con el amor que le ha dado su  
salvación, con el amor que le ha dado su  
felicidad.

Este amor es el amor que le ha  
dado su vida, y que le ha dado su  
felicidad. Este amor es el amor que le ha  
dado su vida, y que le ha dado su  
felicidad. Este amor es el amor que le ha  
dado su vida, y que le ha dado su  
felicidad.



Wortbuch 11. 1711

~~Einleitung~~

~~Abkürzung~~

~~Einleitung~~







REQUEN  
BRANCOSSA

ANT  
526